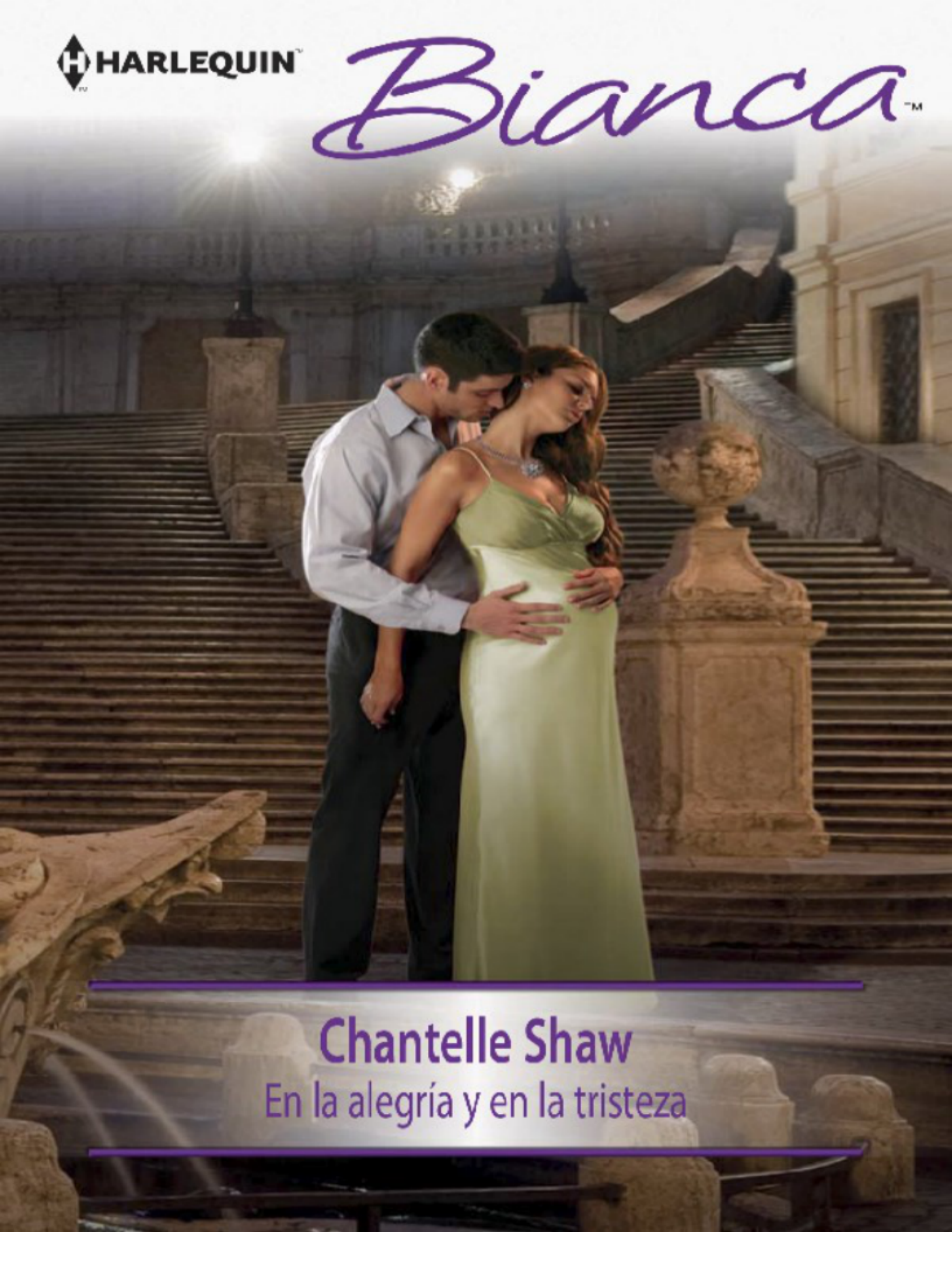

HARLEQUIN
Bianca
Chantelle Shaw
En la alegría y en la tristeza



Chantelle Shaw

En la alegría y en la tristeza



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2011 Chantelle Shaw
© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.
En la alegría y en la tristeza, n.º 2287 —enero 2014
Título original: The Ultimate Risk
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2014

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4019-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Sin duda todas las mujeres recuerdan a su primer amante», reflexionó Gina.

No iba a ser ella la única en sentir que el corazón se estrellaba contra las costillas al divisar al otro lado de la sala al hombre del que una vez estuvo locamente enamorada...

La breve relación había tenido lugar diez años atrás, pero Lanzo seguía siendo uno de los más codiciados solteros de Europa. Sus fotos aparecían con regularidad en las revistas del corazón. Gina no podía dejar de mirarlo, consciente del cosquilleo que sentía en la boca del estómago, el mismo que había sentido a los dieciocho años.

¿Se había percatado él de su presencia? Casi dejó de respirar cuando Lanzo se giró hacia ella. Durante unos segundos sus miradas se fundieron, pero Gina la desvió rápidamente, fingiendo estar observando a los demás invitados de la fiesta.

La habitual tranquilidad de Poole Harbour se había visto alterada por el campeonato internacional de fueraborda que se celebraba allí ese fin de semana. Considerado el deporte acuático de mayor riesgo, las carreras se habían desarrollado durante todo el día en la bahía, pero en esos momentos las potentes embarcaciones descansaban en el muelle.

Era sin duda un deporte que atraía a la gente guapa. El restaurante donde se celebraba la fiesta estaba repleto de bellas modelos, bronceadas, rubias, luciendo generosos pechos y minúsculas faldas. A su alrededor revoloteaban los hombres, pilotos, mecánicos y demás miembros de la tripulación de los equipos de fueraborda.

Gina nunca había comprendido que alguien quisiera arriesgar su vida por diversión y no le interesaban las carreras. Tampoco se encontraba a gusto en la fiesta y si había acudido a ella había sido únicamente porque su viejo amigo, Alex, acababa de ser nombrado gerente del exclusivo restaurante Di Cosimo, y le había pedido su apoyo moral.

Y aun así era ella la que necesitaba ese apoyo moral. Le temblaban las piernas y la cabeza le daba vueltas, sin tener nada que ver la copa de champán que se había tomado.

Le había impresionado profundamente volver a ver a Lanzo. No se le había ocurrido que siguiera en el mundo del fueraborda, ni que pudiera asistir a la fiesta. Cierto que era el dueño del restaurante, pero no era más que uno de tantos repartidos por el mundo y pertenecientes a la cadena Di Cosimo. Tampoco había estado

preparada para la reacción que había experimentado al verlo. El estómago se le había agarrotado y el vello se le había puesto de punta al observar el dolorosamente familiar perfil.

Su aspecto era impresionante: piel olivácea, rasgos esculpidos, cabellos negros y sedosos sin el menor atisbo de gris a pesar de sus treinta y cinco años. Lanzo di Cosimo parecía un modelo, alto y musculoso, impecablemente trajeado.

Pero no era solo el físico. Lanzo exudaba un magnetismo sensual que llamaba la atención. Haciendo gala de una enorme seguridad en sí mismo, devastadoramente sexy, era imposible de ignorar. Y las mujeres que revoloteaban a su alrededor no hacían nada por ocultar la fascinación que despertaba en ellas.

El multimillonario playboy sentía la misma pasión por los deportes de riesgo que por las rubias de largas piernas, ninguna de las cuales compartía su vida durante mucho tiempo antes de ser sustituida por la siguiente. Diez años atrás, Gina no había acabado de entender qué había visto en ella, una morena del montón, pero con dieciocho años se había sentido demasiado embelesada como para reflexionar seriamente sobre ello. A Lanzo no le había supuesto ningún esfuerzo llevársela a la cama. Para él no había sido más que una compañera de colchón para aquel verano que había pasado en Poole y seguramente no había sido su intención romperle el corazón, de eso solo podía culparse ella misma.

El tiempo había sanado las heridas de aquel primer amor. Ya no era la chiquilla ingenua de una década atrás. Resistiéndose al impulso de volver a mirar a Lanzo, se dirigió hacia el enorme ventanal que se asomaba a la bahía.

Lanzo se giró levemente para poder seguir observando a la mujer del vestido azul que había llamado su atención. La conocía, pero no conseguía recordar de qué. Estaba vuelta de espaldas hacia él, lo que le permitía admirar la sedosa mata de cabellos color castaño que casi alcanzaba su cintura. Quizás había llamado su atención porque era muy diferente de las rubias que solían asistir a las fiestas después de las carreras. Con evidentes muestras de irritación se apartó de la que intentaba llamar su atención pegándose a su cuerpo.

Era una chica muy joven y estaría mucho más guapa sin tanto maquillaje. Llevaba una ajustada minifalda y unos tacones ridículamente altos que le hacían parecer una cría de jirafa. No debía tener mucho más de dieciocho años, pero su mirada invitaba claramente a que se la llevara a la cama. Años atrás se habría sentido tentado, admitió para sus adentros, pero ya no era aquel veinteañero dominado por la testosterona. Se había vuelto más selectivo y ya no le

interesaban las colegialas.

—Felicidades por ganar la carrera —exclamó la rubia casi sin aliento—. Los fuerabordas me parecen de lo más excitantes. ¿Qué velocidad alcanzan?

—La embarcación tiene una velocidad punta de unos ciento ochenta y cinco kilómetros por hora —contestó Lanzo intentando controlar su impaciencia.

—¡Madre mía! —la joven sonrió con expresión inocente—. Me encantaría probarlo.

Lanzo no pudo reprimir un respingo. El Falcon era una maravilla de la ingeniería marítima y valía un millón de libras.

—Los barcos de carreras no son lo más ideal para hacer turismo. Están hechos para la velocidad —explicó—. Te divertirías mucho más en un crucero. Tengo un amigo que podrá darte una vuelta por la costa —murmuró mientras soltaba la mano de la joven, que lo tenía agarrado de un brazo, y se alejaba de su lado.

Gina observaba la puesta de sol que teñía de oro el mar y las copas de los árboles de la isla Brownsea. Se alegraba de estar en casa. Había pasado la mayor parte de los últimos diez años viviendo y trabajando en Londres y casi había olvidado la sensación de paz que le invadía cuando se acercaba a la costa.

Sin embargo, pensar en su hogar, y más concretamente en el piso ultramoderno con vistas al mar, le producía más ansiedad que placer. Tras perder su empleo en una empresa local, era incapaz de seguir pagando la hipoteca. La situación era horriblemente similar a la vivida con la casa que Simon y ella habían comprado en Londres. Él había perdido su trabajo y ella se había convertido en la única fuente de ingresos del hogar.

Tras abandonar a Simon, la casa había sido vendida, pero, a causa de las deudas, no le había quedado nada de dinero. La falta de ahorros le había obligado a pedir un crédito para comprar el piso. Y en esos momentos, parecía que su única opción era venderlo antes de que el banco la desahuciara.

Su vida no estaba resultando tal y como la había planeado: al terminar la carrera se casaría, tendría dos hijos, un niño llamado Matthew y una niña, Charlotte. Había conseguido la carrera y el matrimonio, pero también había descubierto que los embarazos no se generaban a la carta, y que los matrimonios no eran siempre eternos.

Su mano acarició inconscientemente la cicatriz que le atravesaba la mejilla, junto a la oreja y seguía hasta el cuello, y sintió un escalofrío. Jamás había pensado que a los veintiocho años estaría divorciada, desempleada y, al parecer, estéril. Sus grandes planes se habían

derrumbado y la perspectiva de perder el piso que había comprado tras regresar a Poole con la esperanza de empezar una nueva vida lejos de los amargos recuerdos del matrimonio fracasado, era la gota que colmaba el vaso.

Perdida en sus pensamientos, dio un brinco al oír una voz a su lado.

—¿Qué te parece? —preguntó Alex cargado de tensión—. ¿Crees que hay suficiente variedad de canapés? Pedí al cocinero que los preparara de distintos tipos, incluyendo vegetarianos.

—La fiesta es estupenda —le aseguró Gina a su amigo—. Deja de preocuparte. Eres demasiado joven para que te salgan canas.

—Admito que he descubierto unas cuantas desde que me ocupo del restaurante —Alex soltó una carcajada—. Lanzo di Cosimo exige lo mejor para sus restaurantes, y es importante que le impresione esta noche.

—Pues opino que tu trabajo ha sido brillante. Todo es perfecto y los invitados parecen contentos —Gina hizo una pausa y continuó en un tono intencionadamente casual—. No pensé que el jefe de la cadena Di Cosimo fuera a venir.

—Pues sí. Lanzo visita Poole dos o tres veces al año. Si hubieras regresado a casa más a menudo en lugar de vivir en Londres, seguramente te lo habrías encontrado alguna vez —bromeó él—. Suele venir para las carreras fueraborda, y hará un año compró una casa en Sandbanks —rio—. Parece increíble que una pequeña franja de arena en Dorset se haya convertido en uno de los lugares más caros del mundo para vivir —de repente se puso tenso—. Y hablando del rey de Roma...

Gina sintió que el estómago le daba un vuelco. Lanzo se dirigía hacia ellos y no servía de nada que se recordara que era una mujer adulta y que hacía tiempo que había superado lo suyo. El corazón galopaba con fuerza y volvió a ser aquella camarera en ese mismo restaurante, diez años atrás.

Lanzo poseía una mirada hipnótica, quizás debido al sorprendente color de sus ojos. Unos ojos marrones hubieran encajado más con su complexión olivácea, pero los suyos eran de un vívido verde, bordeados por unas espesas pestañas negras.

El tiempo había hecho lo imposible mejorando la perfección. A los veinticinco había sido elegante y muy atractivo, con un cierto aire infantil, pero una década después se mostraba como un hombre robusto, sexy y desmesuradamente hermoso. En el rostro anguloso y de mandíbula cuadrada, los labios destacaban carnosos y sensuales.

Algo se removió en su interior, algo más profundo que la mera atracción sexual. La reacción física fue intensa y Gina se sonrojó al sentir la mirada de Lanzo sobre sus pezones, claramente marcados bajo el vestido.

Muchos años antes, ese hombre la había acunado en sus brazos y ella había estado convencida de que sería el hombre de su vida. Pero desde entonces habían sucedido muchas cosas. Había huido de un matrimonio violento, sabiéndose fuerte e independiente. Sin embargo, en un instante de locura, deseó que Lanzo la volviera a abrazar y le hiciera sentirse segura, como solía hacer hacía diez años.

Rápidamente recordó que él nunca la había querido. La idea de que pudiera enamorarse de ella, tal y como ella se había enamorado de él, solo había sido una ilusión.

—Una fiesta estupenda, Alex —Lanzo saludó al gerente del restaurante sin apartar la vista de Gina—. La comida es excelente, tal y como se espera de un restaurante Di Cosimo.

—Gracias —sonrió Alex—, me alegra que le guste —de repente fue consciente de la atención que despertaba Gina en su jefe—. Permítale presentarle a mi buena amiga, Ginevra Bailey.

—Ginevra, un nombre italiano —Lanzo la miró intrigado mientras le estrechaba la mano.

Tenía la piel suave y pálida, en contraste con la suya y, de repente, en su mente se formó la erótica imagen de esa mujer desnuda con las piernas enlazadas entre las suyas. Besó el dorso de la mano con delicadeza y sintió un inmediato ataque de lujuria.

—Mi abuela era italiana —Gina recuperó la mano de un fuerte tirón —, me pusieron el nombre por ella —murmuró con frialdad, agradecida de su capacidad para ocultar sus sentimientos. Al parecer, nadie se había dado cuenta de que el corazón le latía con tal fuerza que apenas podía respirar. Rápidamente apartó la vista.

Los ojos verdes emitieron un destello y Lanzo la estudió con el ceño fruncido. Gina era consciente de intrigar a ese hombre, pero no tenía la menor intención de recordarle que en una ocasión habían sido amantes. Afortunadamente no parecía haberla reconocido. Seguramente no había vuelto a pensar en ella desde que le había anunciado el regreso a su casa en Italia al finalizar el verano. Ella, en cambio no lo había olvidado.

Lanzo entornó los ojos. Algo en esa mujer apelaba a un lejano rincón de su memoria. Recorrió con la mirada la perfecta figura, resaltada por un vestido de seda azul marino que se abrazaba a sus curvas. De haberla visto anteriormente, jamás la habría olvidado.

Su rostro era un perfecto óvalo de piel sedosa como la porcelana. Los ojos, de un intenso color azul, eran casi del mismo tono que el vestido. De nuevo, algo se encendió en su mente, un lejano recuerdo de una mirada azul como el mar. Seguramente le recordaba a alguna amante del pasado cuyo nombre se le escapaba.

Alex hizo un leve movimiento y Lanzo comprendió que estaba mirando fijamente a la hermosa joven. Resistiéndose a la tentación de

hundir los dedos en la mata de sedosos cabellos castaños, respiró hondo. Hacía mucho tiempo que no se excitaba con tanta rapidez, y la reacción le sorprendió aún más puesto que sus preferencias solían dirigirse hacia las rubias espigadas. Esa mujer era un conjunto de voluptuosidad que estaba ejerciendo un profundo impacto en su libido, y a Lanzo no le cabía duda que intentaría llevársela a la cama a la primera ocasión.

—Espero que te guste la fiesta, Ginevra —murmuró—. ¿Eres aficionada a los fueraborda?

—No, no le encuentro el menor atractivo a los deportes de riesgo —contestó ella secamente.

Su empeño en disimular el efecto que le producía ese hombre resultó algo exagerado y Alex se vio obligado a intervenir.

—Gina es la responsable de los arreglos florales. Los centros de mesa son preciosos ¿verdad?

—Desde luego —Lanzo admiró el despliegue de rosas rojas y blancas entrelazadas con hiedra—. ¿Eres florista, Gina? —de nuevo frunció el ceño ante lo familiar que le resultaba el diminutivo de su nombre.

—Solo como aficionada —contestó ella.

Su marido la había animado a asistir a un carísimo curso de arreglos florales, y también a otro, aún más caro, de alta cocina francesa, para que fuera la perfecta anfitriona en las innumerables recepciones de negocios que ofrecía. Las clases de cocina no le servían de gran cosa en esos momentos, dado que solo cocinaba para sí misma, pero había disfrutado con la decoración del restaurante aquella noche.

—La florista que tenía contratada se puso enferma —explicó Alex—. Por suerte, Gina se ofreció a decorar las mesas —uno de los camareros llamó su atención al otro lado de la sala—. Parece haber algún problema en la cocina —murmuró—. ¿Me disculpan?

Gina sintió aumentar la tensión a medida que Alex se alejaba de ellos. No es que estuviera a solas con Lanzo, el restaurante estaba abarrotado de invitados, pero tenía la sensación de estar metida en una burbuja con ese hombre.

«Sin duda todas las mujeres recuerdan a su primer amante», insistió. Su reacción ante Lanzo era la normal cuando se vuelve a encontrar a alguien del pasado. Sin embargo, en el fondo, sabía que había algo más. Antes de casarse había tenido un par de parejas, pero ningún hombre, ni siquiera Simon en los mejores momentos de su matrimonio, había despertado el descontrolado deseo que sentía, violento y casi primitivo.

Lanzo había sido muy especial para ella. Aunque su aventura no había durado mucho tiempo, saberse deseada por un playboy internacional, había supuesto una inyección de autoconfianza. Gracias

a él, la tímida adolescente se había convertido en una mujer segura de sí misma, dueña de una exitosa carrera y que más tarde había llamado la atención de un banquero londinense, igual de exitoso que ella.

Pero si Lanzo le había insuflado confianza, Simon se la había arrancado a golpes. Por culpa del desastroso matrimonio, ya no confiaba en su juicio sobre los demás. Se avergonzaba de no haberse dado cuenta de la personalidad que ocultaba Simon bajo su encantadora superficie. Y en esos momentos se sentía dolorosamente vulnerable ante la fuerte masculinidad de Lanzo.

Afortunadamente, un camarero se acercó a ella y le ofreció otra copa. Normalmente solo bebía una, consecuencia de las embarazosas borracheras que solía protagonizar Simon en los actos sociales. Pero esa noche necesitaba distraerse de la abrumadora presencia de Lanzo y se apresuró a tomar un trago de champán.

—De manera que no te gustan las carreras de fueraborda —murmuró él con su fuerte y sexy acento—. ¿Hay algún deporte acuático que sí te guste?

—De niña, me gustaba navegar por la bahía. Es una actividad mucho más pacífica que surcar el mar a una velocidad imposible —señaló ella.

—Pero no libera tanta adrenalina —Lanzo sonrió divertido al ver cómo Gina se sonrojaba—. ¿Vives aquí, Gina?

—Sí, nací aquí —la manera en que Lanzo pronunciaba su nombre le hacía estremecerse—. Soy la cuarta generación de Bailey en nacer en Poole, pero también me temo que seré la última. No tengo ningún hermano que transmita el apellido —era consciente de estar parloteando, pero siempre era mejor que el incómodo silencio que permitiría a Lanzo oír el fuerte latido de su corazón. Respiró hondo e invocó a su habitual calma—. ¿Se quedará mucho tiempo en Poole, *signor* di Cosimo?

—Lanzo —le corrigió él—. Tengo asuntos de negocios que tratar, pero espero regresar pronto —estudió el arrebolado rostro y sonrió—. Quizás antes de lo que había pensado.

Gina se sintió atrapada por una poderosa fuerza que le impedía desviar la mirada del rostro de Lanzo. Estaban solos en una habitación llena de gente, unidos por una fuerte química que les mantenía bajo su poder.

Lanzo observó los profundos y oscuros ojos y sintió hervir la sangre. Esa mujer lo había intrigado desde que la había descubierto mirándolo desde el otro extremo de la sala. Le sucedía constantemente. Las mujeres se lo quedaban mirando desde que era adolescente. Pero era la primera vez que él había reaccionado con tanta fuerza.

El estruendo de una bandeja de copas estrellándose contra el suelo devolvió a Gina a la realidad. Estaba peligrosamente cerca de Lanzo y

comprendió, por el brillo en los verdes ojos, que había estado mirándolo boquiabierta como una impresionable adolescente. La vergüenza volvió a incendiarle las mejillas.

—Iré a buscar una escoba —murmuró antes de alejarse, agradecida a la pobre camarera que intentaba recoger los cristales con las manos.

Lanzo la vio marchar y se puso duro al contemplar el vaivén del redondo trasero bajo el ajustado vestido de seda.

¡Gina! De repente la había recordado, a pesar de que su aspecto era muy distinto del de la tímida camarera que lo había seguido a todas partes con la devoción de un cachorrillo, ansiosa por complacerle durante ese verano que había pasado en Inglaterra.

No sabía que su nombre completo fuera Ginevra, pero encajaba a la perfección con la mujer en la que se había convertido. Normal que no la hubiera reconocido, se dijo a sí mismo. Esa elegante mujer de figura torneada y una larga mata de cabellos castaños no se parecía en nada a la chica que lo había encantado con su inesperada naturaleza apasionada durante las pocas semanas en que fue su amante aquel verano años atrás.

¿Seguiría siendo una amante tan generosa y sensual como la que se le había aparecido en sueños durante meses después de haber regresado a Italia? La vida le había enseñado a no revivir el pasado, pero estaba dispuesto a hacer una excepción, decidió. Sus ojos emitieron un brillo de determinación que habría preocupado seriamente a Gina de haberlo visto.

Capítulo 2

A pesar de ser casi las once de la noche, aún no había oscurecido del todo. El cielo color índigo aparecía salpicado de estrellas cuando Gina salió del restaurante. El agua de la bahía estaba en completa calma y la salada brisa resultaba relajante. Le encantaban los días largos y las noches templadas de junio.

—No sabía que aún vivieras en Poole —una figura surgió de entre las sombras y el corazón de Gina falló un latido al reconocer a Lanzo—. Vengo a menudo y no te he visto nunca.

Gina lo miró sobresaltada al saberse reconocida. La expresión en los ojos verdes le aceleró el pulso. Era la mirada de la pantera acechando a la presa. «Solo es un hombre», se recordó. Pero su trémulo cuerpo le indicaba que Lanzo nunca era «solo», lo que fuera.

—A lo mejor me viste, pero no me reconociste —contestó ella secamente.

—Te recordaría perfectamente, Gina —susurró Lanzo—, aunque debo admitir que no lo hice de inmediato esta noche. Has cambiado mucho desde que nos conocimos.

Lanzo deseaba hundir los dedos en la mata de sedosos cabellos, pero había percibido una tensión en la joven, un destello de desconfianza en los ojos azules. Sabía que Gina era tan consciente como él de la tensión sexual, pero por algún motivo se empeñaba en ignorarla.

—Tus cabellos, sobre todo, están muy distintos —observó.

—No me lo recuerdes —gruñó Gina, mortificada ante el recuerdo de la permanente que había tenido como objetivo hacerle parecer más mayor y elegante que con la cola de caballo que llevaba desde los seis años, y que había transformado sus cabellos en una indomable maraña con la textura del acero. En lugar de mayor y sofisticada, lo que había parecido era un caniche obeso—. No entiendo cómo has podido reconocerme.

Lo cierto era, pensó Lanzo, que no se había fijado mucho en ella en su primera visita a Poole para la inauguración del restaurante Di Cosimo. Gina era una empleada más, una camarera a tiempo parcial que ayudaba en las noches de mucho trabajo.

La recordaba como una chiquilla tímida con la irritante costumbre de mirar al suelo cada vez que la hablaba, hasta que le había tomado la barbilla y levantado el rostro para encontrarse con unos ojos del azul más intenso que hubiera visto jamás.

La insulsa camarera había resultado ser mucho más interesante de lo que había esperado. Poseía una piel inmaculada y unos carnosos

labios que invitaban a ser besados. Desde entonces había empezado a fijarse más en ella, siendo correspondido, a pesar de que se sonrojaba violentamente cada vez que sus miradas se cruzaban.

Aquel verano de hacía diez años había supuesto un respiro en su vida. Alfredo había fallecido en primavera y aún no había conseguido aceptar la muerte de la persona a quien consideraba un segundo padre, el hombre que se habría convertido en su suegro de no haber sido por el incendio que había arrasado la residencia di Cosimo cinco años antes.

El rostro de Cristina ya no era más que un lejano recuerdo, como una foto desenfocada, y el dolor ante su pérdida ya no se clavaba como un cuchillo en su corazón. Sin embargo, jamás olvidaría a la dulce chiquilla de quien se había enamorado.

Alfredo, que era viudo, y los padres de Lanzo se habían mostrado encantados cuando les había anunciado el compromiso con Cristina. Pero la tragedia se había cebado con ellos una semana antes de la boda.

La habitual punzada de culpabilidad le agarrotó el estómago y dirigió la mirada hacia el horizonte, perdido en sus lúgubres pensamientos. Jamás debería haberse marchado en ese viaje de negocios a Suecia. Cristina le había suplicado que no lo hiciera porque necesitaban hablar. Lanzo estaba conmocionado con el anuncio del embarazo. No estaba preparado para ser padre. Ambos habían decidido esperar al menos cinco años.

Su juventud, veinte años, y el empeño en hacer que su padre se sintiera orgulloso de él al verlo al frente de la empresa familiar, no era excusa. Sabía que había herido a Cristina con su falta de entusiasmo por la llegada del bebé. Lanzo se había negado a hablar de ello y había insistido en proseguir con el viaje de negocios e, ignorando las lágrimas de Cristina, había subido a ese avión rumbo a Suecia.

En menos de veinticuatro horas había comprendido su error. Amaba a Cristina y amaría a su hijo. Impaciente por regresar a su casa, la reunión le había resultado insufrible, y su excesiva duración le había obligado a pasar otra noche fuera. A la mañana siguiente había sido recibido en Italia por Alfredo quien le había comunicado la terrible noticia de que sus padres y Cristina habían fallecido en el incendio que había destruido la villa Di Cosimo.

Lanzo encajó la mandíbula al revivir la agonía del momento. Había optado por no informar a Alfredo sobre el embarazo de Cristina. El pobre hombre estaba destrozado ante la pérdida de su única hija y no tenía sentido agravar aún más su dolor. Además, no quería que nadie supiera cómo le había fallado a su prometida, y a su hijo nonato. Cristina había muerto creyendo que él no quería a su hijo, y Lanzo jamás había logrado perdonarse por no estar a su lado cuando más lo

había necesitado.

Alfredo nunca había superado la muerte de su hija, pero sí se había convertido en un gran consejero, y en su figura paterna. Tras la muerte de su padre, y con veinte años, Lanzo se había convertido en el propietario de las empresas Di Cosimo. Cinco años después, la muerte de Alfredo había supuesto otro duro golpe, pero lo había superado igual que había superado la pérdida de Cristina y de sus padres: enterrando su dolor en el corazón.

La inauguración de un nuevo restaurante en Inglaterra le había proporcionado la excusa para alejarse un tiempo de Italia y sus recuerdos. Se había zambullido en el trabajo y en las carreras de fueraborda que le habían servido para alimentar una necesidad de empujarse hasta el límite y más allá. Le gustaba la velocidad, el peligro y la adrenalina y, sobre todo, no le importaba lo que le pudiera suceder. Inconscientemente había esperado encontrarse algún día con la muerte. Pero durante quince años había burlado a esa muerte. En ocasiones se preguntaba si no sería su castigo.

—Me fijé en ti —exclamó bruscamente. Gina había sido un bálsamo para él aquel verano. Una chica discreta con una dulce sonrisa que había calmado su atormentada alma.

Durante los dos primeros años tras la muerte de Cristina, no había mirado a ninguna otra mujer y, cuando al fin volvió a hacerlo, sus relaciones se habían limitado a encuentros puramente sexuales. Había cerrado la puerta de sus emociones y elegido amantes que aceptaran sus condiciones. Pero Gina había sido diferente. Algo en su juvenil entusiasmo le había recordado su propia juventud, una época en la que el sol brillaba todos los días. Únicamente tras descubrirse dispuesto a pedirle que regresara con él a Italia, había comprendido que corría el peligro de empezar a sentir algo por ella y de inmediato había dado por finalizada la relación. Para él, el amor siempre estaría asociado al dolor.

—Eras dulce y tímida, y solías mirarme cuando creías que no me daba cuenta.

Dulce era una descripción poco acertada, pues conjuraba la imagen de una adolescente enamoradiza, exactamente lo que había sido diez años atrás, pensó Gina con amargura. Recordó el martilleo de su corazón cada vez que sentía a Lanzo cerca de ella, algo parecido a lo que le sucedía en esos momentos, pero con la salvedad de que era una mujer adulta, profesional, aunque sin trabajo, y en perfecto control de sus emociones.

—Reconozco que estaba loca por ti —asintió ella—, pero era normal, dado que asistí a un colegio femenino y tenía muy poco contacto con chicos, sobre todo con exóticos italianos.

—¿Por qué no me recordaste esta noche que ya nos conocíamos? —

preguntó Lanzo.

—Aquello fue hace mucho —Gina se encogió de hombros—, y apenas me acordaba de ti.

Por su sonrisa burlona, era evidente que Lanzo sabía que mentía. Gina agradeció la oscuridad que ocultaba el intenso rubor de sus mejillas. Habían llegado al bonito edificio de seis plantas junto al muelle, donde vivía.

—Sé que no me olvidaste del todo durante estos últimos diez años —insistió él con arrogancia y una voz aterciopelada que desató un estremecimiento en Gina—. ¿Tienes frío?

—Sí —mintió ella de nuevo—, pero ya hemos llegado a mi casa. Bueno... —hizo un intento desesperado por alejarse de Lanzo antes de quedar como una completa idiota—, me alegra haberte visto de nuevo.

Gina dio un paso atrás, pero Lanzo sonrió y se acercó hasta acorralarla junto al portal.

—No puedes llevar mucho tiempo viviendo aquí. Estos pisos seguían en construcción cuando vine el año pasado —observó él.

—Me mudé desde Londres hace cuatro meses.

—Menudo cambio —murmuró Lanzo contemplando los barcos atracados en el muelle.

—Trabajaba en la City —Gina asintió—, y se me había olvidado esta tranquilidad.

—¿En qué trabajas? Supongo que no seguirás siendo camarera.

—Hasta hace poco era la secretaria personal del presidente de la cadena Meyers.

—¡Vaya! —Lanzo parecía impresionado—. Las tiendas Meyers están presentes en casi todas las grandes ciudades del mundo, aunque supongo que no vas desde aquí a la City a diario.

—No. Decidí dejar la empresa cuando mi jefe se jubiló. Además, había otros motivos por los que deseaba abandonar Londres —sobre todo las acosadoras llamadas telefónicas de su exmarido a altas horas de la noche—. Mi padre sufrió un infarto en Navidad. Por suerte se recuperó, pero decidí vivir más cerca de mi familia. Nadie sabe lo que nos puede suceder.

—Cierto —contestó Lanzo en un tono extrañamente neutro—. A menudo damos por sentada la presencia de nuestros seres queridos.

—Regresé a Poole para ser la secretaria personal del jefe de una empresa de construcción. Desgraciadamente, el mercado de la vivienda nueva está en recesión y Harman Homes quebró el mes pasado. He estado buscando trabajo, pero no hay gran cosa. Tal y como va todo, quizás tenga que regresar al oficio de camarera —le explicó ella mientras intentaba no dejar traslucir el pánico que le invadía al pensar en la hipoteca.

—Ven a verme al restaurante mañana por la mañana. Quizás pueda ayudarte.

—Bromeaba sobre lo de volver a trabajar de camarera —ella lo miró sobresaltada, aunque en el fondo estaría dispuesta a considerar casi cualquier trabajo para pagar la casa.

—Lo digo en serio. Necesito urgentemente una secretaria personal que sustituya a la mía que está de baja por maternidad. Luisa tenía pensado trabajar hasta el momento del parto, pero le dio una subida de tensión y el médico le ha ordenado que deje de trabajar. Su ausencia me está creando un sinfín de problemas —añadió Lanzo.

—La hipertensión puede ser muy peligrosa para una embarazada y su bebé —observó Gina—. No me extraña que el médico le haya aconsejado reposo. De todos modos, al final del embarazo no podría haber viajado contigo. Las mujeres embarazadas no pueden viajar en avión después de la semana treinta y seis.

—¿En serio? —Lanzo se encogió de hombros—. Yo no sé mucho de embarazos, no me interesan especialmente —seguía obsesionado con haber fallado a su bebé y se había jurado no tener hijos jamás—. Pero tú sí pareces muy puesta —frunció el ceño—. ¿Tienes hijos?

—No —contestó ella secamente—. Algunas de mis amigas, y mis dos hermanastras, tienen hijos, de ahí mi familiaridad con los embarazos. Espero que tu secretaria se cuide bien —murmuró con una punzada de tristeza. Todas las mujeres, salvo ella, parecían poder quedarse embarazadas sin problema.

Lo cual no era cierto, se recordó. La endometriosis era una bien conocida causa de infertilidad femenina. Durante años había ignorado que sus dolorosas reglas fueran indicativas de una enfermedad que pudiera afectar a sus posibilidades de concebir.

El ginecólogo le había explicado que existían diversos tratamientos posibles, pero que debería quedarse embarazada antes de los treinta para tener más posibilidades. Recién divorciada y con veintiocho años, se enfrentaba al hecho de que quizás jamás sería madre.

—¿Dónde estabas?

La voz de Lanzo la arrancó de sus pensamientos. Encontrarse con él le había hecho regresar en el tiempo. A los dieciocho años, el futuro le había parecido optimista y lleno de posibilidades, pero los últimos años habían estado plagados de desilusiones.

El verano que había compartido con Lanzo ya no era más que un bonito recuerdo que atesoraba, e incluso la tristeza sentida cuando él había regresado a Italia había servido para un fin. Desesperada por apartarle de sus pensamientos, había decidido marcharse de Poole, donde cada rincón le recordaba a las semanas compartidas y, en lugar de matricularse en la Universidad de Bournemouth, había hecho un curso de secretaria y se había mudado a Londres, forjándose una

exitosa carrera.

Sin embargo, Lanzo tenía razón cuando sugería que ella no lo había olvidado jamás. Cierto que lo había superado, tras un tiempo. Había madurado y pasado página, y él había quedado relegado a un segundo plano en su nueva y ajetreada vida. No obstante, la noche anterior a su boda, había soñado con Lanzo, no con Simon.

—Tengo que irme —murmuró con un hilo de voz.

—¿Por qué? —la dulce sonrisa dejó a Gina sin aliento.

—Bueno... —buscó en su mente una buena respuesta—. Es tarde y debería irme a la cama.

¿Cómo se le había ocurrido decir algo así? la palabra «cama», dibujó en la mente de Gina un sinfín de imágenes de un cuerpo bronceado y desnudo, de las manos de Lanzo acariciándola, separándole los muslos para poder hundirse en ella. Sintió una punzada de deseo en el vientre y cerró los ojos en un intento de liberarse de su hechizo.

—Quédate un rato más y háblame —susurró Lanzo—. Me he alegrado de volver a verte, Gina.

Las palabras de Lanzo resultaban seductoras, y Gina abrió los ojos desmesuradamente. Ella también se alegraba de volver a verlo. Durante los últimos amargos meses de su matrimonio, y el posterior divorcio, se había sentido atrapada en un oscuro túnel, pero ver de nuevo a Lanzo había sido como la aparición del sol tras una tormenta.

Las miradas de ambos se fundieron. A Gina no le apetecía hablar. Tenía la piel de gallina y los pezones tan duros que presionaban contra el tejido del sujetador. Lanzo la miraba con los ojos entornados y, para su mayor espanto, agachó la cabeza.

—¿Lanzo? —el corazón de Gina galopaba tan fuerte que estaba segura de que él lo oiría.

—*Cara* —murmuró él con voz aterciopelada. Deseaba besarla durante toda la noche.

A pesar de que ella lo había evitado cuidadosamente durante la fiesta, Lanzo no le había quitado la vista de encima mientras recordaba la sensación de los dulces labios contra su piel diez años atrás. La tensión sexual entre ellos era tan intensa que el aire parecía a punto de quebrarse. El ardiente deseo lo quemaba, y el instinto le decía que ella sentía lo mismo. La anticipación guio su mano hacia el bonito rostro.

Gina se puso tensa ante el contacto e, instintivamente, echó la cabeza hacia atrás. Había ocultado la cicatriz con maquillaje, pero le horrorizaba pensar que él pudiera notarla.

—No lo hagas —la súplica escapó de sus labios y se sonrojó ante la perplejidad de Lanzo.

Segundos antes, se había inclinado hacia él, esperando sentir los labios de Lanzo sobre los suyos, pero en cuanto la había tocado, había

regresado bruscamente a la realidad.

No soportaría ver la expresión de deseo en los ojos verdes convertirse en repulsión, y eso sucedería si viera la cicatriz. Peor aún sería si le preguntaba cómo había resultado herida. Por nada en el mundo se sometería a la humillación de admitir que su exmarido era el responsable de esa cicatriz.

Le ponía enferma recordar que, una vez, había estado convencida de amar a Simon, y de que él la amaba a ella. Únicamente tras la boda se había dado cuenta de que no conocía a ese hombre que ocultaba su impredecible temperamento bajo una encantadora fachada. Le avergonzaba haberse dejado engañar, y se había jurado que jamás volvería a ser tan confiada. ¿Y qué sabía realmente de Lanzo? Su relación no había durado más que unas pocas semanas. Ese hombre era prácticamente un extraño.

Lanzo entornó los ojos mientras Gina se apartaba de él, física y mentalmente y, durante unos segundos sintió una oleada de ira y frustración. Estaba seguro de que ella había deseado que la besara. No se lo había imaginado. ¿Por qué se había echado atrás?

La Gina que recordaba se había mostrado abierta y sincera, respondiendo con un entusiasmo que le había resultado extrañamente conmovedor. Pero, al parecer, la más madura y sofisticada Gina había aprendido a jugar el juego de las mujeres. En el pasado había tenido amantes que habían dejado bien claro que sus favores sexuales tenían un precio en forma de joyas, ropa de diseño, quizás un piso de lujo. Gina era igual que ellas, pero descubrirlo le había defraudado.

—Me preguntaba si te apetecería cenar conmigo en mi casa de Sandbanks.

El éxito estaba asegurado. Ese lugar era el cuarto más caro del mundo para vivir y jamás había conocido a una mujer que no supiera del valor de sus propiedades. Sin duda Gina estaría más dispuesta a besarlo tras comprender lo rico que era.

La invitación había sido formulada en un tono muy correcto, pero algo en su voz hizo que Gina se alegrara de no haberse dejado besar. La calidez había desaparecido de la mirada y sintió un escalofrío. No era más que un extraño, se recordó, y no debía confiar en él.

—Eres muy amable —ella sonrió—, pero me temo que la semana que viene estaré ocupada todos los días, y dado que tu visita será corta, dudo que podamos encajar una cena en nuestras respectivas agendas.

Lanzo la miró perplejo, apenas capaz de creerse que lo hubiera rechazado. Jamás le había sucedido algo así. Estaba acostumbrado a que su físico y su fortuna se aliaran en una poderosa e infalible combinación que le garantizaba la atención femenina. No necesitaba más que chasquear los dedos para conseguir a la elegida. Diez años

atrás, Gina se había enamorado de él, lanzándose a su cama sin que tuviera que esforzarse apenas por conseguirlo y, en cierto modo, había dado por hecho que seguiría siendo así.

Sin embargo, su apariencia física no era lo único que había cambiado. A los dieciocho se había mostrado tímida al principio, pero tras intimar con ella había descubierto su pasión por la vida y su carácter alegre. En un momento muy oscuro de su vida, había supuesto un soplo de aire fresco y una celebrada distracción de los amargos recuerdos del pasado.

¿Qué había sucedido en los diez años transcurridos? ¿Qué le había robado su juvenil exuberancia? La mujer que tenía ante él, sofisticada y segura de sí misma durante la fiesta, se mostraba tensa, desconfiada, como si temiera que él… ¿qué? *Dio*, esa mujer le tenía miedo. No se había apartado de él por coqueteo, sino porque no se fiaba de él.

De repente se le ocurrió que había sido algo, o alguien, del pasado el responsable de la transformación de una chica amante de la diversión en una mujer que intentaba desesperadamente disimular el hecho de que él le ponía nerviosa. Quiso preguntarle quién había sido, qué le había sucedido.

Contempló el hermoso rostro cargado de tensión y se sorprendió ante el impulso protector que despertaba en él.

—Debes tener una vida muy ocupada para no disponer siquiera de una noche libre —murmuró él—. ¿Dejamos lo de la cena para mi siguiente visita a Poole? Dame la llave.

—¿Para qué? —Gina era incapaz de ocultar la desconfianza que sentía. ¿Qué quería de ella? ¿Esperaba que lo invitara a tomar un café y quizás algo más? Desde su divorcio había salido a cenar un par de veces, pero nunca a solas con un hombre. Simon había causado un tremendo daño en su autoestima. Deseaba pasar página, cultivar otras relaciones y, quizás, enamorarse, pero temía que jamás podría volver a confiar en un hombre.

—Solo quería abrirte la puerta —explicó Lanzo con calma, arrancando la llave que Gina sujetaba con fuerza.

Gina percibió un extraño brillo en los ojos verdes y se quedó sin respiración. Se preguntó si él ignoraría su súplica y la besaría, y comprendió que parte de ella deseaba arrojarse en sus brazos y fundir los labios con los suyos. Quería olvidar la crueldad de Simon y perderse en el fuerte magnetismo de ese hombre. Inconscientemente, se humedeció el labio inferior y oyó la respiración entrecortada de Lanzo.

—*Buona notte*, Gina —se despidió él y, para espanto de Gina, se dio media vuelta y se marchó por el muelle sin mirar atrás. Su imponente figura fue engullida por la oscuridad, y el sonido de sus pisadas se fue apagando, dejándola extrañamente sola.

Durante unos segundos mantuvo la vista fija en el vacío, y luego entró en su apartamento y cerró la puerta tras de sí. Y solo entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. ¿Por qué sentía esa incontrolable necesidad de llorar? ¿Era por el temor de no volver a ver a Lanzo nunca más tras rechazar su invitación a cenar? Un playboy multimillonario que podía conseguir a cualquier mujer no era probable que se molestara por ella de nuevo.

Demasiado nerviosa para irse a la cama, y tras repasar los canales de la televisión sin encontrar nada de su agrado, decidió darse un baño. Con un suspiro, se hundió entre las olorosas burbujas y permitió que su mente regresara diez años atrás.

Le había llenado de júbilo recibir una oferta de trabajo como camarera en el nuevo restaurante italiano de moda del muelle. Acababa de terminar los estudios y estaba desesperada por ganar algo de dinero para comprarse ropa durante el verano. Mientras estudiaba había recibido una pequeña asignación de su padre, pero la granja familiar apenas conseguía beneficios y el dinero siempre escaseaba.

Lanzo había llegado a Poole para asistir a la inauguración del restaurante Di Cosimo y se había quedado todo el verano. Exótico, de piel dorada e imposiblemente sexy, estaba tan lejos de los chicos con los que Gina había salido que se había quedado prendada de su atractivo y encanto personal.

Tenía una merecida fama de playboy y siempre llevaba a alguna mujer colgada del brazo. Gina recordó cómo había envidiado a esas mujeres, cómo había soñado con ser igual de rubia, delgada y hermosa que ellas. Para Lanzo parecía no existir, hasta ese día en que le había hablado y ella se había bloqueado, mirando fijamente el suelo para que él no descubriera su rostro teñido de púrpura.

—No te encorves —le había reprendido él—. Deberías mantener la cabeza alta y mostrar un aire de confianza, no escabullirte como un ratoncillo. Cuando miras al suelo, nadie puede ver tus ojos, lo cual es una pena porque son preciosos —había añadido lentamente antes de sujetarle la barbilla y obligarla a alzar el rostro.

Gina apenas había podido respirar, y cuando Lanzo le había sonreído, casi se había derretido a sus pies, devolviéndole tímidamente la sonrisa. Y ahí había empezado todo. A partir de ese día, Lanzo le saludaba a diario, y se despedía de ella por las noches al final de su turno. Al saber que salía corriendo del restaurante en cuanto cerraban para poder alcanzar el último autobús que la llevara a su casa, había insistido en llevarla en coche. Aquellos paseos hasta la granja en el coche deportivo habían sido la luz de su vida.

Lanzo conducía a una velocidad de vértigo y, la primera noche,

Gina se había aferrado al asiento mientras circulaban por pequeñas carreteras y caminos.

—Relájate, soy un buen conductor —le había asegurado él en tono divertido—. Háblame de ti.

Aquello había conseguido distraerla del miedo a estrellarse en la siguiente curva. ¿Qué demonios podía contarle? Estaba segura de que los mundanos detalles de su vida no serían de ningún interés para un playboy multimillonario, pero, obedientemente, le contó cómo había crecido en la granja con su padre, su madrastra y dos hermanastras.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía ocho años, y cuando papá se casó con Linda unos años después, ella trajo a sus dos hijas, Hazel y Sara, a vivir a la granja.

—¿Y qué hay de tu madre? —preguntó Lanzo—. ¿Por qué no te fuiste a vivir con ella?

—Papá pensó que sería mejor para mí que me quedara con él. Mi madre había mantenido una relación a sus espaldas y un día, al regresar de la escuela, encontré una nota en la que nos decía que nos dejaba por uno de los trabajadores de la granja. Mamá nunca se quedaba demasiado tiempo en un mismo sitio, ni con el mismo hombre —admitió Gina—. De vez en cuando la visitaba, pero era más feliz viviendo con papá y con Linda.

Testigo directo de la caótica vida de su madre, Gina había decidido que su futuro sería muy diferente. Un matrimonio, un hogar feliz y unos hijos no parecían un objetivo muy excitante, pero para ella era más importante que una carrera.

Lanzo la acompañó a su casa varias veces cada semana, y ella se fue relajando cada vez más en su presencia. Siempre se mostraba encantador con ella, pero en ocasiones creía percibir cierta oscuridad tras sus sonrisas. Siempre había cierta tensión en torno suyo, y cierto aire de tristeza que la inquietaba. Sin embargo, nunca hablaba de su vida y ella era demasiado tímida para interrogarle.

—Me gusta tu compañía, Gina —le anunció en una ocasión—. Me resulta relajante.

—¿Es esa una manera educada de decir que me encuentras aburrida? —balbuceó ella, lamentando no ser hermosa y sexy. «Relajante», le sonaba a monja.

—Por supuesto que no. No te encuentro aburrida en absoluto —le había asegurado él, mirándola con ese brillo en sus ojos verdes que hacía que Gina se derritiera—. Eres encantadora —murmuró antes de rozar sus labios en un dulce y breve beso—. He comprobado tu cuadrante. Mañana libras. ¿Te gustaría salir a navegar en mi barco?

Gina apenas durmió aquella noche y, a la mañana siguiente, al oír el coche de Lanzo pararse frente a la puerta, corrió a su encuentro con una excitación que, a los dieciocho años, era demasiado joven e

ingenua para disimular.

Habían pasado un día maravilloso, recordó Gina mientras se hundía en la bañera. El cielo había brillado en un cielo sin nubes y Lanzo había pilotado la lujosa nave alquilada en el puerto. La sombra de tristeza había desaparecido, y se había mostrado encantador y muy sexy. Gina lo había contemplado con avaricia y el corazón se le había desbocado cuando la había tomado en sus brazos para besarla.

Bordearon la costa, comieron en una apartada cala y después le había hecho el amor en el camarote. El sonido de las olas contra el barco, y el grito de las gaviotas se había mezclado con los murmullos de placer de Lanzo mientras acariciaba el tembloroso cuerpo.

—¿Es tu primera vez? —había preguntado, preocupado ante la reticencia de Gina.

—No —había mentido ella, temerosa de que fuera a detenerse si admitiera la verdad.

Lanzo no se había detenido. La había besado con pasión, y acariciado con dulzura hasta que ella estuvo tan excitada que cuando la penetró, no sintió ninguna molestia, solo una maravillosa sensación, como si llevara toda la vida esperando ese momento, a ese hombre.

El agua de la bañera se había enfriado y Gina se estremeció mientras se cubría con una toalla. No solo le había entregado a Lanzo su virginidad aquel día, también le había regalado su corazón, ingenuamente ignorando que, para él, el sexo no era más que una experiencia placentera. Con los años había comprendido que el deseo y el amor no iban necesariamente de la mano.

Jamás volvería a mostrarse tan descuidada con su corazón, decidió mientras contemplaba su reflejo en el espejo empañado. Después del craso error que había supuesto su matrimonio con Simon, había perdido toda confianza en su capacidad de juicio y se preguntaba si alguna vez volvería a enamorarse.

Ya no era aquella adolescente con la cabeza llena de sueños imposibles. Era consciente de que Lanzo la había deseado y no podía negar la atracción que ejercía sobre ella. No podía permitir que las desastrosas experiencias vividas con Simon arruinaran el resto de su vida, y quizás un apasionado revolcón con un playboy endemoniadamente sexy era justo lo que necesitaba para recuperar la autoconfianza que el matrimonio le había arrebatado.

Sin embargo, más tarde, cuando seguía sin conseguir dormir, admitió que solo un estúpido jugaba con fuego y esperaba de no quemarse.

Capítulo 3

El *Queen of the East* era un yate de lujo de sesenta metros de eslora, propiedad de un adinerado jeque árabe, y en esos momentos se encontraba atracado en el puerto de St. Peter, frente a la isla de Guernesey. Lanzo detuvo la lancha a su lado y se quitó la chaqueta impermeable mientras admiraba la nave desde fuera.

—Me alegra que pudieras venir, amigo mío —lo recibió el jeque Rashid bin Zayad Hussain.

—Quiero disculparme una vez más por llegar tarde —murmuró Lanzo mientras aceptaba una copa de champán que le ofrecía un camarero y echaba una ojeada al resto de los invitados—. La renovación ha sido espléndida, Rashid.

—Yo también he quedado impresionado con la calidad de la mano de obra y el detallismo de Nautica World. La empresa es pequeña, pero Richard Melton ha cumplido. Es ese de ahí —el jeque inclinó levemente la cabeza—. Un tipo agradable, casado y con dos hijos pequeños, creo. Ha levantado su empresa de la nada, y eso no es poca cosa.

Lanzo siguió la mirada del jeque y se quedó de piedra. No había sido capaz de quitarse a Gina de la cabeza durante las últimas veinticuatro horas. La deseaba, pero sobre todo le intrigaba y sentía una gran curiosidad por descubrir por qué había cambiado tanto.

—¿La mujer que está con Melton es su esposa? —preguntó cargado de tensión.

—¿Esa bonita morena del vestido blanco? —el jeque Hussain volvió a contemplar al joven inglés que abrazaba por la cintura a su bella acompañante—. No. Conozco a la señora Melton. Está embarazada —en la mente del jeque solo cabía una explicación—. Al parecer el buen gusto de Richard Melton se extiende también a sus amantes.

Lanzo encajó la mandíbula mientras contemplaba a Gina y a su acompañante masculino. La noche anterior se había preguntado el motivo de su desconfianza hacia él, y le había preocupado que alguien de su pasado le hubiera infringido un gran daño. Sin embargo, echando un vistazo al vestido de diseño y el exquisito collar de perlas que lucía, se preguntó si no lo habría rechazado por un amante casado.

—¿Qué te parece el yate?

—Es impresionante —Gina se volvió hacia su cuñado—, pero un

poco excesivo para mi gusto. Mucho oro. ¿Sabías que hasta la grifería de los cuartos de baño está bañada en oro? Pues claro que lo sabías, tu empresa llevó a cabo las obras de renovación. Supongo que lo importante es que le guste al jeque Hussain.

—Le ha encantado —Richard sonrió—. Por eso celebra esta fiesta para presumir de barco. Y lo mejor es que varios de sus amigos, también propietarios de yates, están interesados en realizar obras similares, lo cual es una excelente noticia para Nautica World —hizo una pausa—. Gracias por acompañarme esta noche, Gina. Esta fiesta es una oportunidad fantástica para hacer negocios. Normalmente me acompaña Sarah, pero el final del embarazo la tiene agotada y sé que te está muy agradecida por venir en su lugar.

—Me alegra poder ayudar —contestó ella—. No debe ser fácil vivir tres embarazos en cuatro años.

—Si te soy sincero, este último bebé ha sido un pequeño fallo —admitió Richard—. Basta con que mire a Sarah para que se quede embarazada —bromeó.

«Una chica con suerte», pensó Gina. Su hermanastra no tenía ni idea de lo que era no poder concebir, que tus sueños se hicieran añicos cada mes, sentir una punzada de tristeza cada vez que veías a un bebé.

Su familia se habría sorprendido de saber que Simon y ella habían intentado tener un bebé durante más de un año.

—Gina vive para su trabajo —decían cuando alguien mencionaba el tema de los niños.

Ella jamás les había hablado de su infertilidad. Ya se sentía bastante fracasada como para soportar las simpatías de su familia. De modo que se limitó a sonreír a su cuñado.

—¿Ves a ese hombre de ahí? —Richard le señaló a alguien al otro lado del salón—. Es uno de los primos del jeque Hussain, dueño de un crucero. Creo que tendré una charla con él.

—Espero que le convenzas de que necesita los servicios de Nautica World —Gina rio. Sentía un gran cariño por su cuñado. Richard trabajaba duro y se merecía triunfar.

—Estás espléndida esta noche, *cara*.

La voz, sexy y familiar, le provocó a Gina un sobresalto. Su mirada se cruzó con un destello verde. De nuevo le había sorprendido la aparición de Lanzo y no había tenido tiempo de disimular su reacción. Las mejillas se tiñeron de un rojo profundo al admirar el atractivo de ese hombre vestido con traje de etiqueta.

—A tu novio debe irle muy bien si puede permitirse el lujo de comprarte perlas y ropa de diseño, aparte de mantener a sus hijos y una esposa embarazada.

—Yo no tengo novio —ella lo miró perpleja—, ni casado ni de ninguna otra clase.

—¿Me estás diciendo que no eres la amante de Richard Melton?

—¡No! —exclamó ella espantada—. Quiero decir, sí, eso es exactamente lo que te estoy diciendo —la ira tiñó de escarlata las mejillas de Gina—. Por supuesto que no soy la amante de Richard. ¿Cómo se te ha ocurrido tal cosa?

—El jeque lo ha sugerido ¿Por qué iba a pasearte colgada de su brazo si no eres su amante?

—Es mi cuñado —explicó ella furiosa—. Richard está casado con mi hermanastra, Sarah, que dará a luz en unas pocas semanas y que se sentía demasiado cansada para venir a la fiesta.

Gina recordó las noticias que había leído en la prensa sobre las numerosas amantes de Lanzo, historias muy parecidas a las publicadas sobre el jeque. Richard le había contado que tenía una esposa en Dubai, pero que mantenía un apasionado romance con la pelirroja que no se despegaba de su lado.

—Tú y tu amigo el jeque sois unos reputados mujeriegos, pero no deberíais juzgar a todo el mundo por vuestros bajos raseros —ella soltó una amarga carcajada—. Richard adora a Sarah y a los chicos, y yo jamás... —repentinamente consciente de que había elevado la voz atrayendo la atención de los demás invitados, se interrumpió para continuar en un tono más bajo—. Yo jamás mantendría una relación con un hombre casado. El collar es herencia de mi abuela, para que lo sepas —continuó con frialdad.

Lanzo deslizó los dedos por las perlas y terminó posándolos sobre su cuello.

—Las perlas fueron el regalo de boda de mi abuelo a *nonna* Ginevra.

Sus abuelos habían vivido felizmente casados durante sesenta años antes de morir en un intervalo de un mes. Para Gina, ese collar simbolizaba la esperanza de que los matrimonios podían ser duraderos, aunque el suyo hubiera terminado al cabo de dos años.

—Discúlpame, necesito un poco de aire fresco —espetó antes de girarse para alejarse de él.

Apenas había dado dos pasos cuando alguien la llamó por su nombre.

—Gina, justo la persona a la que quería ver. Te he encontrado unos inquilinos para el piso.

—Qué buena noticia —Gina sonrió a Geoffrey Robins, dueño de una inmobiliaria en Poole.

—Les gustaría mudarse a finales de mes, si a ti te viene bien. El alquiler que han acordado pagarte cubrirá las letras de la hipoteca. ¿Es verdad que tienes pensado trasladarte a la granja de tu padre hasta que encuentres trabajo? —le preguntó Geoffrey—. Había oído que Peter había puesto la propiedad en venta tras sufrir el infarto.

—Sí —ella asintió—. Papá va a vender la granja, pero Sarah y Hazel

me han invitado a vivir con ellas y, con suerte, pronto encontraré trabajo —sus dos hermanastras tenían familias grandes y casas pequeñas. Mudarse a casa de cualquiera de ellas no era lo ideal, pero Gina era consciente de que alquilar su piso era la única posibilidad para conservarlo.

—La semana que viene te contaré más detalles —concluyó Geoffrey cuya mirada se iluminó ante la llegada de un camarero—. Creo que me tomaré otra copa de ese excelente borgoña.

Alargó una mano hacia la bandeja en el preciso instante en que el camarero tropezaba y las copas salían disparadas hacia el vestido blanco de Gina que quedó empapado de rojo.

—*Scusi! Mi dispiace tanto, signora!* —se disculpó horrorizado el camarero en su idioma natal.

—*E'bene, Non si preoccupy*. Está bien, no se preocupe —le tranquilizó ella con calma.

—Según dicen, la mejor manera de quitar la mancha de vino tinto es cubrirla de vino blanco —le aconsejó Geoffrey mientras le ofrecía un pequeño pañuelo.

—Creo que ya estoy bastante empapada, gracias —contestó Gina secamente.

Lo peor era que el vestido seguramente había quedado arruinado. Los días en que podía permitirse el lujo de adquirir ropa de diseño, imprescindible para su trabajo en Meyers, habían terminado y no iba a poder sustituir ese vestido. Y peor aún era el hecho de que estaba siendo el centro de atención. Buscó desesperadamente a Richard, pero seguía hablando con un cliente potencial.

—Acompáñame —le ordenó Lanzo con voz grave y, antes de que ella pudiera discutir, la agarró del brazo y la arrastró hasta la cubierta.

—No —murmuró Gina mientras intentaba limpiarse la mancha con el pañuelo—. La cena se servirá en unos minutos. Quizás el jeque tenga algo que me pueda poner.

—Lo dudo. Rashid seguramente guarda una colección de diminutos saltos de cama para sus amantes, pero no creo que te sientas cómoda llevando uno puesto para la cena.

—Tienes razón —masculló ella, furiosa por el destello que emitían los ojos verdes.

—Solo hay una cosa que se pueda hacer. Te llevaré a tu casa.

—Una brillante sugerencia —Gina contempló el ancho mar que se extendía ante ellos—. El único problema es que no me siento capaz de nadar tan lejos.

—No te hará falta, *cara*. Mi lancha está amarrada al costado del yate.

—No estoy segura... —Gina frunció el ceño mientras se asomaba por la borda y contemplaba la lancha que Lanzo le señalaba.

—Vamos —Lanzo la miró con impaciencia mientras empezaba a descender la escalerilla—. Baja. Y no te preocupes, yo te atraparé si te caes.

Profundamente reticente a acompañarlo, Gina titubeó. El corazón le latía descontrolado desde el instante en que se había encontrado con él en el yate y le irritaba esa aparente incapacidad para controlar sus reacciones ante él. Sin embargo, el vino tinto empapaba el vestido y se sentía pringosa. Necesitaba una ducha.

—De acuerdo —accedió al fin—. Pero no iremos demasiado deprisa ¿verdad?

—Claro que no.

Bajar unas escalerillas con zapatos de tacón y vestido largo no era empresa fácil, y cuando Lanzo la sujetó por la cintura dio un respingo.

—No hay mucho espacio —se excusó él ante lo evidente mientras la acomodaba en uno de los dos asientos delanteros y se colocaba tras el timón—. Las lanchas motoras están diseñadas para la velocidad, no para el confort. Échate esto sobre los hombros —Lanzo le ofreció su chaqueta—. Te protegerá de las salpicaduras.

—No olvides que prometiste no ir demasiado deprisa —gritó ella infructuosamente, pues la voz quedó ahogada por el rugido del motor.

—¿No te ha parecido estimulante? —preguntó Lanzo media hora después mientras atracaba la lancha en un pequeño embarcadero privado en el puerto de Poole.

Gina desencajó, no sin dificultad, los dedos del borde del asiento y se llevó una mano temblorosa al rostro para retirar un mechón de cabellos que le cubría los ojos. Habían surcado el mar a tal velocidad que el viento le había arrancado la pinza que le sujetaba el moño y sus cabellos caían en una enredada maraña sobre su espalda.

—Yo no lo describiría así —contestó secamente—. Me he sentido aterrorizada.

—Pues no había ningún motivo para ello —Lanzo frunció el ceño al comprobar lo pálida que estaba—. Sé lo que hago. Estás en buenas manos conmigo.

Gina no dudaba de la capacidad de Lanzo para manejar la lancha, pero no se sentía segura con él en ninguna circunstancia. No es que temiera que fuera a hacerle daño, del modo en que se lo había hecho Simon. Su desconfianza emanaba de los sentimientos que despertaba en ella. Del ardiente deseo sexual que hacía tiempo no sentía.

—¿Por qué estamos en Sandbanks? —Gina contempló las enormes casas frente al puerto y se puso tensa—. Creía que me llevabas a mi casa.

—Te he traído a la mía. Mi asistenta sabrá cómo quitar esa mancha de vino tinto —Lanzo saltó al embarcadero e, ignorando la expresión de rebeldía de la joven, la levantó en vilo y la depositó en el suelo—.

Quiero hablar contigo.
—¿Sobre qué? —preguntó ella con desconfianza.
—Tengo una propuesta que hacerte, y espero que nos convenga a los dos. Sube a casa y lo hablamos —ordenó mientras empezaba a caminar por el muelle.
Veinte minutos más tarde, Gina salía del cuarto de baño alicatado en mármol, sintiéndose mucho mejor después de haberse duchado. Se había secado el pelo con un secador y puesto un albornoz blanco. En medio del pasillo, titubeó sin saber qué hacer.
—¿Mejor? —Lanzo salió de una de las estancias que daban al pasillo —. Daphne nos ha preparado algo para comer. Ven conmigo.
Se había quitado la pajarita y desabrochado los primeros botones de la camisa, revelando una piel bronceada cubierta de un oscuro vello. Gina respiró hondo para calmarse.
—¿Quién es Daphne?
—Mi asistenta, cocinera, y una santa. Daphne viaja siempre conmigo y es la única mujer sin la cual no puedo vivir —le informó él con una resplandeciente sonrisa.
Daphne resultó ser pequeñita, de cabellos oscuros, piel morena y chispeantes ojos negros. ¿Por qué se alegraba tanto de que no fuera una rubia estupenda de kilométricas piernas? Gina siguió a Lanzo hasta un salón cuyos ventanales se asomaban al mar.
—Qué vistas tan maravillosas —exclamó ella—. Mi piso está frente al puerto, pero la vista no es tan espectacular como esta.
Unas puertas correderas daban paso a una terraza donde estaba dispuesta una mesa con una selección de ensaladas y panecillos. Se habían perdido la cena y Gina estaba hambrienta.
—No sabía que hablaras italiano —observó Lanzo tras sentarse a la mesa.
—Mi abuela me lo enseñó. Se trasladó a Inglaterra cuando se casó con mi abuelo, pero echaba mucho de menos Italia y le gustaba hablar en su idioma.
—¿De qué parte de Italia era?
—De Roma —Gina se sirvió una generosa ración de ensalada que cubrió con otra, no menos generosa, de queso—. He estado allí varias veces por motivo de trabajo, pero nunca he tenido la oportunidad de explorar esa ciudad. Algún día regresaré y buscaré la casa en la que solía vivir *nonna*.
—Las oficinas centrales de las empresas Di Cosimo están en Roma —Lanzo llenó dos copas de vino y le ofreció una a Gina—. Por las viejas amistades y los nuevos comienzos —brindó.
—Eso es —Gina dudó un instante—. Por las viejas amistades.
No estaba muy convencida de los nuevos comienzos y, para evitar la mirada de Lanzo, tomó un sorbo del exquisito chardonnay.

—Si aceptas trabajar para mí, prometo enseñarte la ciudad. Conozco bien Roma y estoy seguro de que seré capaz de encontrar la casa de tu abuela.

—No, creo que no —Gina lo miró perpleja. Había olvidado la propuesta que le había hecho la noche anterior para que fuera su secretaria personal temporalmente.

—¿Por qué lo has rechazado tan deprisa? —Lanzo se reclinó en el asiento y la estudió atentamente—. ¿Y por qué necesitas alquilar tu piso?

—¿Estabas escuchando mi conversación con Geoffrey? —preguntó ella furiosa.

—Estaba cerca y no pude evitar oírla.

Gina se sintió tentada de sugerirle que se ocupara de sus propios asuntos, pero al final se encogió de hombros y dejó el tenedor a un lado. Había perdido el apetito, como siempre le sucedía cada vez que pensaba en sus problemas financieros.

—Al regresar a Poole pedí una hipoteca muy alta para comprar mi piso —admitió—. No debía suponer ningún problema, puesto que ganaba un buen sueldo en Hartman Homes, pero desde que perdí mi empleo, me he empezado a retrasar en el pago de las letras.

—Te ofrezco un contrato de seis meses con un generoso sueldo, más elevado que el que ganabas en Meyers.

—Es una propuesta un poco arriesgada —Gina arqueó las cejas—. Tú no sabes cuánto ganaba en Meyers.

—Me hago una idea. Una buena secretaria personal es como el oro, y yo me honro en pagar unos buenos sueldos para así asegurarme a los mejores empleados.

—¿Y cómo sabes que soy buena en mi trabajo?

—Comprobé tus referencias —Lanzo se encogió de hombros—. ¿Creías que te iba a ofrecer un puesto tan esencial para mí sin asegurarme antes de que fueras capaz de hacerte cargo de las responsabilidades? —preguntó con frialdad—. Soy un hombre de negocios, *cara*, y jamás permito que las emociones gobiernen mis decisiones.

Antes de que ella pudiera decir nada, Lanzo continuó.

—Hablé con tu anterior jefe, Frank Wallis, y él me aseguro que eras la secretaria personal más eficiente y dedicada que hubiera tenido jamás, casi obsesiva con los detalles —añadió divertido—. Al parecer utilizabas un complejo sistema de códigos de colores.

—Me gusta ser organizada —Gina se sonrojó. Quizás fuera un poco obsesiva, pero no tanto como Simon la acusaba de ser. Simplemente le gustaba que las cosas funcionaran.

—A mí no me disgusta que seas organizada —le aseguró Lanzo—. Es más, lo considero necesario. Trabajo muchas horas y viajo mucho.

Espero que me acompañes en los viajes de negocios y también que ejerzas como mi anfitriona en las ocasiones en que celebre algún acto social.

Iba demasiado deprisa, pensó ella. Parecía dar por hecho que habían llegado a un acuerdo.

—Eso si acepto el puesto —murmuró.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo?

Había muchos motivos, siendo el principal la fuerte atracción que sentía hacia Lanzo, una atracción que no iba a permitir que fuera más lejos. Ya le había roto el corazón en una ocasión, y no iba a arriesgar su tranquilidad volviendo a tener una aventura con él.

Por otro lado, solo sería un trabajo para seis meses. La oferta era una oportunidad fantástica para solucionar sus problemas financieros y conservar el apartamento que tanto le gustaba. Si se marchaba a Italia a trabajar para Lanzo no tendría que molestar a sus hermanastras mientras tuviera el piso alquilado, y el alquiler de los seis meses serviría para pagar las letras de la hipoteca. Además, durante esos seis meses cobrando un buen sueldo, podría ahorrar algo de dinero para pagar la hipoteca mientras regresaba a Poole y buscaba un nuevo trabajo.

Sin embargo, trasladarse a Roma, estar tan cerca de Lanzo todos los días, y viajar por todo el mundo con él era correr un gran riesgo. Estaba atrapada entre su necesidad de resolver los problemas financieros y el miedo de lo que podría pasarle si aceptaba el trabajo.

¿Qué haría si intentaba besarla de nuevo como había estado a punto de hacer la noche anterior? Tragó saliva con dificultad y miró los verdes ojos donde brillaban inconfundibles las llamas del deseo. Se sentía atraído por ella. ¿Tan malo sería si ella le correspondía?

El aire escapó de sus pulmones cuando los ojos de Lanzo se dirigieron a sus pechos. El tiempo pareció detenerse y era muy consciente de que el vestido blanco, que estaba siendo limpiado por la asistenta de Lanzo, no había requerido llevar sujetador. Sentía los pechos hinchados y pesados, y a su mente acudió la imagen de Lanzo abriéndole el albornoz, agachando la cabeza y tomando un pezón y luego otro entre sus labios.

—Sería una estupidez rechazar mi oferta, Gina.

La voz de Lanzo devolvió a Gina a la realidad y sus mejillas se sonrojaron violentamente.

—Tú necesitas el trabajo y yo necesito encontrar una secretaria personal lo antes posible. Tengo muy buenos contactos, y cuando Luisa se reincorpore al trabajo te recomendaré a algunos directores de empresas que necesiten emplearte.

Nadie en su sano juicio rechazaría la oferta. Era la oportunidad para conservar su casa, mucho más que un hogar, su refugio tras dos años

viviendo con los nervios a flor de piel por culpa de Simon. La compra del piso había significado el inicio de una nueva vida, un signo de independencia tras escapar de un violento matrimonio. Estaba dispuesta a aceptar cualquier empleo que le permitiera afrontar el pago de la hipoteca. Tenía veintiocho años y ya no era una chiquilla ingenua, estaba más que capacitada para hacer frente a la incómoda atracción que sentía hacia Lanzo.

—De acuerdo —contestó apresuradamente, antes de cambiar de idea—. Acepto tu oferta.

Lanzo se cuidó mucho de ocultar la profunda satisfacción que lo embargó. El deseo que sentía por Gina era demasiado fuerte para dejarlo estar. Además, su instinto le decía que ella tampoco era inmune a sus encantos, como pretendía hacerle creer. Su recelo era evidente, e incomprensible para él, y sabía que tendría que ser muy paciente y ganarse su confianza antes de poder llevársela a la cama.

—Bien —contestó secamente—. Te recogeré en tu casa mañana a las nueve de la mañana. Mi avión privado nos trasladará desde el aeropuerto de Bournemouth hasta Roma. Luisa acudirá al despacho un par de horas para ponerte al corriente de todo.

—Necesito unos cuantos días para organizarme —Gina lo miró sobresaltada—. Para empezar, tengo que encontrar un sitio en Roma para alojarme.

—Puedes quedarte en mi casa. Sería lo mejor —insistió Lanzo al ver que ella abría la boca para protestar—. A menudo trabajo hasta tarde por las noches y me vendrá bien tenerte a mano. Espero que no pensaras que esto iba a ser un trabajo de nueve a cinco —continuó—. Teniendo en cuenta el dinero que te pagaré, espero que estés a mi disposición las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana.

—¿Al menos las noches serán para mí? —espetó ella con frialdad. Era consciente de que ser secretaria personal del director de una empresa multinacional significaba trabajar horas extra, incluyendo tardes y fines de semana, pero ¡al menos le permitiría dormir!

—Desde luego, si así lo deseas, *cara* —Lanzo se reclinó en la silla y la miró con expresión traviesa mientras se preguntaba si ella se habría dado cuenta de las miradas hambrientas que le dirigía desde el otro lado de la mesa.

En circunstancias normales, jamás mezclaba el trabajo con su vida personal. Las relaciones con compañeros de trabajo siempre eran fuente de problemas. Sin embargo, en ese caso, las circunstancias no eran las normales.

El anuncio de su secretaria de los últimos cinco años de que iba a casarse había sido toda una sorpresa. Y pocos meses después le había comunicado que estaba embarazada. Se alegraba por Luisa, aunque le había sorprendido el que ella nunca hubiera manifestado el menor

interés en sentar la cabeza. El embarazo había alterado su vida diaria. Había incorporado a su oficina a dos secretarias más, pero echaba de menos la callada eficacia de Luisa, que le aseguraba que todo funcionara como la seda.

La conversación mantenida con el antiguo jefe de Gina le había convencido de que era la persona ideal para sustituir a Luisa. Además, era una oportunidad para volver a conocerla. Mucho tiempo después de regresar a Italia, diez años atrás, aún había seguido recordándola. Habían sido amigos además de amantes, y por eso se sentía intrigado por ella, se dijo.

No hacía falta añadir que cualquier relación que pudiera mantener con esa mujer dejaría al margen los sentimientos. El incendio de la casa familiar le había arrebatado a todos sus seres queridos y le había congelado por dentro. Su corazón se había convertido en un bloque de hielo y no pensaba que hubiera manera de descongelarlo.

Capítulo 4

Cómo se llamaba ese pequeño pub en New Forest al que solíamos ir? —preguntó Lanzo.

A Gina no se le había olvidado. Recordaba todos y cada uno de los lugares que había visitado con Lanzo diez años atrás.

—El Hare and Hounds, famoso por el pastel de carne a la cerveza —le recordó ella—. Solías llevarme a comer allí los días que libraba en el restaurante.

—Eso es, y después dábamos un paseo por el bosque.

En realidad se habían adentrado en el bosque y hecho el amor en un pequeño claro.

—Sí, esos paseos eran adorables —Gina respiró hondo para intentar disimular su turbación.

—Hicimos el amor en una pequeña hondonada oculta entre los árboles —Lanzo estiró las piernas y sonrió a Gina con sensualidad—. ¿Te acuerdas, *cara*?

—Vagamente —mintió ella—. Fue hace mucho tiempo —miró por la ventanilla del avión privado de Lanzo e intentó ignorar la tensión que sentía teniéndolo tan cerca.

Solo habían pasado tres horas desde que la hubiera recogido en su casa aquella mañana y ya sentía que perdía la batalla de mantenerse inmune a sus encantos. Una vez acomodados en el avión, ella supuso que se pondría a trabajar inmediatamente con el portátil, pero lo que había hecho era pasarse todo el vuelo charlando y rememorando el pasado.

Le sorprendió lo mucho que recordaba Lanzo de su aventura. Solo habían sido amantes unas pocas semanas, pero parecía recordar los lugares que habían visitado juntos, y las apasionadas sesiones de sexo en el bosque.

—¿Cuánto falta para aterrizar? —preguntó ella alegremente.

Quizás una vez que estuvieran en las oficinas Di Cosimo en Roma podría meterse en el papel de la eficaz secretaria y el corazón dejaría de dar brincos cada vez que él sonreía.

—No mucho. El piloto acaba de indicar que nos abrochemos el cinturón.

A finales de junio hacía mucho calor en Roma y Gina se alegró de sentarse en el fresco interior de la limusina de Lanzo.

—Iremos directos a la oficina —le explicó él mientras el coche avanzaba hacia el centro de la ciudad—. Luisa te espera para instruirte. Esta tarde tengo una reunión de la junta y necesitaré que

tomes notas.

El pitido del móvil llamó su atención e interrumpió la conversación para atender los mensajes que aparecían en pantalla, así como los que descargaba en el portátil. El playboy piloto de fuerabordas había sido reemplazado por el poderoso empresario multimillonario. Vestido con un bonito traje gris, camisa de seda azul y corbata a juego, estaba imposiblemente sexy. Gina suspiró y apartó los ojos. Apenas había dormido por culpa de las dudas sobre su decisión de trabajar para él. Confiaba en su capacidad para ocupar el puesto de secretaria personal, pero se sentía menos confiada en cuanto a su capacidad para controlar el devastador efecto que su jefe ejercía sobre ella.

—Me temo que mi italiano está un poco oxidado —observó Gina con preocupación—. Estuve seis meses trabajando para una empresa italiana en Milán, pero eso fue antes de que... —se interrumpió antes de concluir la frase, «antes de casarme». Intentaba olvidar ese periodo de su vida y no deseaba hablar de Simon—. Fue hace unos cuantos años. Tendrás que pedirles a los miembros de la junta que sean pacientes conmigo.

—No te preocupes. Di Cosimo es una empresa multinacional y los miembros de la junta no son todos italianos. Las reuniones suelen celebrarse en inglés —explicó Lanzo.

Personalmente, no creía que los miembros de la junta fueran a fijarse en las habilidades lingüísticas de Gina, sino más bien en sus curvas. Era evidente que había intentado aparentar eficiencia, y por eso se había puesto un traje gris claro con una blusa color lila. Sin embargo, la ajustadísima falda tubo marcaba su trasero, que se bamboleaba deliciosamente a cada paso que daba, y el corte de la chaqueta resaltaba la fina cintura y generosos pechos. Las largas y torneadas piernas estaban cubiertas por unas finas medias y los zapatos negros de tacón completaban el conjunto. El efecto era de una discreta elegancia que no lograba ocultar el hecho de que Gina era una mujer sexy y deseable.

Lanzo respiró hondo. Había dedicado el vuelo a fantasear con llevársela a la parte trasera del avión y desabrocharle esa bonita blusa cuyo escote dejaba adivinar el borde del sujetador de raso. Le arrancaría los tirantes para liberar los rotundos pechos en sus manos. La paciencia estaba muy bien, pero su decisión de tomarse las cosas con calma empezaba a flaquear.

—Estoy seguro de que te adaptarás enseguida —murmuró él—. ¿Te gusta la pizza?

—Me encanta, pero... —Gina hizo una mueca—. Mis caderas se ensanchan con demasiada facilidad.

—A mí me parece que tus proporciones son perfectas —Lanzo la sometió a un profundo repaso que le hizo ruborizarse—. Cierto que no

se te puede clasificar como un montón de huesos, que muchas mujeres encuentran atractivo, pero aquí en Italia, nadie protestará, *cara*. A los italianos les gusta que sus mujeres tengan curvas. Al menos... —hizo una pausa y clavó su verde mirada en los ojos de Gina—. Al menos a este italiano.

Irritada por la reacción de su propio cuerpo Gina comprendió que estaba coqueteando descaradamente con ella. Quiso pedirle a Lanzo que depusiera su actitud. El hambriento brillo de sus ojos verdes era inapropiado siendo ella uno de sus empleados.

¿Qué posibilidades tenía de resistirse a él cuando ponía en marcha todos sus encantos? Sin embargo, Lanzo no podía evitar coquetear con las mujeres, con todas. Para él era tan natural como respirar y no significaba nada.

—¿Por qué me preguntaste si me gustaba la pizza? —preguntó— ¿Vas a recomendarme un buen restaurante?

—Agnelli's es un pequeño local escondido en una callejuela, apartado de la ruta turística donde sirven la mejor pizza de Roma. Pensé que podríamos cenar allí esta noche.

—Por favor, no te sientas obligado a ocuparte de mí —se apresuró a aclararle Gina—. Estoy segura de que debes tener una intensa vida social y a mí me gusta ir a mi aire.

—Pero somos viejos amigos, Gina —la sonrisa de Lanzo provocó un vuelco en el corazón de Gina—. Quiero pasar algún tiempo contigo.

¡Demonios! ¿Tenía idea ese hombre de lo emotiva que resultaba la expresión «viejos amigos»? Le oprimía el corazón y llenaba su mente de los recuerdos de aquellas felices semanas. «Quizás las más felices de tu vida», le susurró una vocecilla en la cabeza.

La atmósfera en el interior del coche se tornó repentinamente tensa. El ruido del tráfico desapareció y Gina sintió dolorosamente el agónico rugido de su respiración. Acompañar a Lanzo a Italia había sido un error.

Incapaz de apartar la mirada de la sensual boca de Lanzo, rememoró los apasionados besos de años atrás. Recordó la ternura con la que la había tratado al hacerle el amor por primera vez. Su exmarido casi nunca había sido tierno y siempre se ocupaba de obtener su propio placer sin considerar el de ella. La insatisfactoria vida sexual había supuesto una de las primeras decepciones, aunque jamás habría podido imaginarse lo mala que llegaría a ser su relación.

Su instinto le gritaba que Lanzo no se parecía en nada a Simon, y que jamás le haría daño, al menos no físicamente. Lo que le preocupaba era la amenaza que suponía para su salud emocional. Cuando sus labios se curvaban en esa sonrisa tan sensual, en su mente solo cabía el deseo de ser besada hasta hacer desaparecer todos sus miedos.

El corazón se le paró cuando Lanzo se inclinó hacia ella, y la sensación pasó a ser de pánico al comprender que se había fijado en la cicatriz. Aquella mañana había tenido tanta prisa por preparar el viaje que había descuidado el maquillaje.

—Qué herida tan profunda —observó él con calma—. ¿Qué te pasó?

—Sufrí un accidente hará un año —mintió ella mientras intentaba ocultar la cicatriz con el pelo—. Es horrorosa y me hace sentir muy fea.

—¿Qué clase de accidente? ¿De coche? —él la miró perplejo. La cicatriz atravesaba el bonito rostro y solo se le ocurría que podría haber sufrido un corte, quizás con un trozo de cristal de la ventanilla del coche.

—Eso no importa —Gina sacudió la cabeza. El origen de la cicatriz no era tema de conversación. Jamás hablaba de ello. Ni siquiera con su familia.

—Casi no se ve —concluyó Lanzo tras un instante de duda—, y desde luego no te hace parecer fea, *cara*. Nada podría apagar tu belleza.

Gina se sonrojó, recordándole a la tímida camarera que se había enamorado de él años atrás, la que le había correspondido con dulce pasión cada vez que la había besado. Se preguntó qué pasaría si la besara en esos momentos. Seguramente se apartaría de él como un cervatillo asustado, tal y como había hecho la noche frente a su apartamento en Poole.

El coche se detuvo y Gina suspiró temblorosa mientras el chófer abría la puerta. Minutos después, siguió a Lanzo al interior de las oficinas de Di Cosimo. En el ascensor, camino de la última planta, fue agudamente consciente de su presencia y la mano se posó instintivamente en la cicatriz oculta bajo los cabellos.

Quizás, pensó, no era tan extraña la fijación que tenía por Lanzo. A fin de cuentas había sido su primer amante, y el sexo con él había sido de lo más satisfactorio. ¿Qué había de malo en querer volver a experimentar ese placer, deleitarse con el firme y atlético cuerpo y corresponderle plenamente como dos iguales, ascendiendo juntos a la cima del éxtasis?

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió, obligándola a relegar los eróticos pensamientos al fondo de su mente. No era el momento de imaginarse el cuerpo desnudo y excitado de Lanzo. ¿Acaso había algún momento que fuera el adecuado? Se había trasladado a Italia para trabajar, y estaba decidida a hacerlo con profesionalidad.

—Bienvenida a las oficinas Di Cosimo. Te presentaré al equipo —anunció Lanzo.

Haciendo acopio de toda su capacidad para el arte dramático, Gina sonrió fríamente y lo siguió hasta su despacho.

Luisa Bartolli, una mujer muy elegante a pesar del embarazo, era simpática y cariñosa, y estaba visiblemente contenta de conocer a sus sustituta temporal.

—A Lanzo no le alegró saber que iba a darme de baja unos meses —confesó Luisa mientras le enseñaba a Gina la oficina—. Llevo más de cinco años como su secretaria y sé lo mucho que le disgusta que se altere su rutina. Sin embargo, no he podido evitarlo —se encogió de hombros—. Hasta que conocí a mi esposo, no tenía idea de casarme o tener hijos. Pero Marco siempre quiso tener familia y estoy muy emocionada con la llegada del bebé. Tengo treinta y seis años y sé la inmensa suerte que he tenido de quedarme embarazada la primera vez que lo intentamos. Aún no me he atrevido a decírselo a Lanzo, pero estoy pensando que quizás, cuando regrese al trabajo, lo haga a tiempo parcial —añadió mirando fijamente a Gina—. Estoy segura de que con tu experiencia, te irá bien trabajando para él. Quizás te interese compartir conmigo el puesto cuando se me acabe la baja...

—No creo —se apresuró a responder Gina. Ya empezaba a tener dudas sobre la conveniencia de trabajar para Lanzo durante los siguientes seis meses y, desde luego, no tenía ninguna intención de prolongar ese tiempo—. Tengo un piso en Inglaterra y necesito trabajar a tiempo completo para pagar la hipoteca —sonrió a Luisa—. ¿Cuándo sales de cuentas?

—Aún me quedan seis semanas —Luisa hizo una mueca—. Me encuentro bien, pero el médico me ha aconsejado reposo, y Marco no me deja hacer nada. Hoy le tuve que prometer que pasaría el resto del día con los pies en alto.

Gina sofocó una pequeña punzada de envidia. Su matrimonio con Simon había empezado a tener problemas a los pocos meses de la boda. El encantador hombre que le había invitado a cenar durante seis meses antes de llevársela a París para un romántico fin de semana donde se le había declarado en lo más alto de la torre Eiffel, se había transformado de la noche a la mañana en un marido posesivo, de humor impredecible, celoso de los amigos y que le dirigía los peores insultos cada vez que estaba bebido.

Seguramente había sido lo mejor no quedarse embarazada. La dependencia de Simon del alcohol le habría imposibilitado para ser un buen padre. Había intentado ayudarlo, pero era imposible ayudar a alguien que se negaba a reconocer que tenía un problema y, al final, y por el bien de su salud mental y su integridad física, lo había abandonado.

Cuando Luisa se hubo marchado, Gina se puso a trabajar de inmediato sumergiéndose en un montón de papeleo. No era una

persona ociosa por naturaleza y no le habían gustado las semanas de forzosa inactividad tras perder su empleo en Poole.

Asistió a la reunión de la junta, aliviada al comprobar que, en efecto, todo el mundo hablaba inglés. Lanzo tenía otras reuniones programadas para el resto del día, pero a las cinco la llamó al despacho y le informó de que el chófer la esperaba.

—Ya has trabajado suficiente por hoy —le indicó cuando ella protestó por tener que irse tan pronto—. Descansa un par de horas. Te veré más tarde en casa.

Intentando no obsesionarse con el hecho de que compartirían casa durante los siguientes seis meses, llegó al ático, cerca de la famosa escalinata de la Plaza de España, donde fue recibida por Daphne.

—Ya he deshecho su equipaje —le comunicó la asistenta mientras la conducía hasta el dormitorio que, como todos los demás, estaba decorado en tonos neutros. Aquello no resultaba hogareño, parecía más bien un hotel de cinco estrellas. La impresión de Gina debió reflejarse en su rostro, pues Daphne se apresuró a intervenir—. La verdadera casa de Lanzo está en la costa Amalfi. Solo vive aquí cuando necesita estar en la oficina. ¿Quiere una taza de té? Lanzo me pidió que comprara la marca que recordaba bebía siempre.

—Eso sería estupendo, gracias —Gina intentó no analizar el comentario de Daphne.

Cuando la asistenta se hubo marchado, inspeccionó brevemente el dormitorio y el cuarto de baño antes de desnudarse y darse una ducha. Diez minutos después se puso un vestido de algodón, fue a la cocina en busca de la taza de té y salió a la terraza, un oasis de macetas que ofrecía una espectacular vista de Roma.

Aprovecharía su estancia allí para encontrar la casa de su abuela. Resultaba muy emocionante estar en esa ciudad cargada de historia, y tenía ganas de hacer turismo. Por primera vez en varios meses se sentía optimista y si, principalmente, se debía al hecho de que pasaría los siguientes meses con Lanzo, lo aceptaría. Sabría cuidar de sí misma.

Una hora más tarde, alguien la llamó por su nombre y, abriendo los ojos, descubrió a Lanzo junto a la tumbona donde se había quedado dormida.

—Deberías haberte sentado bajo la sombrilla —le reprendió Lanzo sentándose a su lado—. En esta época del año el sol aún es muy fuerte a última hora de la tarde, y tu pálida piel podría quemarse fácilmente.

—No pretendía quedarme dormida —murmuró ella mientras se sentaba bruscamente—. Quería terminar de transcribir las notas tomadas durante la reunión de la junta —lo miró aún aturdida por el sueño y el corazón se le aceleró cuando lo vio vestido con unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra ajustada que marcaba el

musculoso torso. Los cabellos seguían húmedos de la ducha y la hipnótica mirada verde brillaba con un deseo que ni siquiera intentaba disimular—. ¿Cuándo has vuelto? —preguntó.

—Hace diez minutos.

El sencillo vestido veraniego le hacía parecer de nuevo aquella chiquilla de dieciocho años, pensó él mientras contenía las ganas de hundir los dedos en la sedosa mata de cabellos castaños e inclinarle la cabeza hacia arriba para tomar esos deliciosos labios.

Sin embargo, el reflejo desconfiado que emitían los ojos azules le aconsejó esperar. Gina no podía ocultar el deseo que sentía hacia él, por mucho que lo intentara, pero algo la frenaba y Lanzo estaba dispuesto a esperar hasta que hubiera vencido a sus demonios.

—Y ahora que estás despierta ¿estás preparada para probar la mejor pizza de Roma? —preguntó en tono desenfadado mientras le ofrecía una mano que ella, finalmente, aceptó tras un instante de duda—. Vamos a cenar, *cara*. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

Tal y como había asegurado Lanzo, la pizzería Agnelli's estaba situada lejos de la ruta turística, en una callejuela lateral a unos quince minutos a pie por Roma. El descuidado exterior no invitaba a entrar, pero una vez en el interior, fueron recibidos por unos amables camareros. El *signor* Agnelli en persona salió de la cocina a recibirles, con el delantal cubierto de harina, y saludó a Lanzo con un cálido abrazo antes de conducirles hasta una mesa dispuesta en un tranquilo rincón y que reservaba a sus mejores amigos.

—Enrico y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —le informó Lanzo a Gina.

Lo que no añadió fue que Enrico Agnelli había sido uno de los primeros bomberos en llegar a la residencia Di Cosimo en Positano la noche del incendio, y que casi había perdido la vida intentando salvar a Cristina y a los padres de Lanzo. Las heridas que había sufrido le habían obligado a abandonar el cuerpo de bomberos, y Lanzo le había apoyado económicamente en el traslado a Roma y la inauguración de la pizzería.

—Desde luego ha sido la mejor pizza que he comido en mi vida —exclamó Gina tras terminar la última porción.

—Se lo transmitiré a Enrico, le gustará saberlo.

La sonrisa de Lanzo casi hizo que a Gina se le parara el corazón y se apresuró a tomar un sorbo de vino, aunque nada pudo distraerla de la aguda consciencia de su presencia. Lanzo había comido la pizza con las manos, y su evidente deleite había resultado casi sensual.

Caminaron de regreso al apartamento en un relajado silencio y, al contemplar el oscuro cielo salpicado de estrellas, Gina sintió una

ligereza en el corazón que identificó con la pura felicidad. Llevaba todo el día sin dedicarle ni un segundo al recuerdo de Simon y los horribles meses del divorcio. Su mente había estado centrada únicamente en Lanzo. Sentada frente a él en Agnelli's, se había descubierto imaginándose a ambos desnudos sobre la cama, la formidable erección dirigiéndose hacia...

El ascensor se dirigía al ático y Gina se sintió incapaz de mirar a Lanzo a la cara, consciente de que las mejillas le ardían. Por el rabillo del ojo lo vio alargar una mano y se puso tensa cuando esa mano le rozó suavemente el brazo. Únicamente entonces comprendió que se le había caído el tirante del vestido, revelando una indecente porción del pecho, y que Lanzo se lo estaba colocando de nuevo sobre el hombro.

—Estoy seguro de que no querrás que se te caiga el vestido, *cara* —el comentario hizo que el rubor de las mejillas se intensificara.

Las piernas le flaqueaban cuando entró en el apartamento detrás de él. Era totalmente incapaz de controlarse. El deseo sexual había despertado en ella por primera vez en casi dos años y sentía una ardiente humedad entre los muslos.

—¿Te apetece beber algo? —preguntó Lanzo en el salón—. ¿Un brandy o un té?

¿Sabía esa mujer que era capaz de leer cada uno de los pensamientos que oscurecían los azules ojos hasta adquirir el color de la medianoche?, pensó Lanzo hirviendo de deseo y frustración cuando ella sacudió la cabeza en respuesta.

—Creo que me iré a la cama. Ha sido un día muy largo —y estaba a punto de hacer el más espantoso ridículo—. Buenas noches —murmuró mientras corría por el pasillo hasta el dormitorio, cerrando la puerta y, por fin, soltando el aire atrapado en sus pulmones.

No podía seguir así, decidió, mientras se ponía el camisón, cepillaba los dientes y se metía en la cama. Sin embargo, el sueño era imposible de conciliar mientras no dejara de imaginarse a Lanzo en el dormitorio al otro lado del pasillo, desnudándose y metiéndose en la cama. ¿Seguiría durmiendo desnudo como hacía diez años?

Una hora después seguía despierta, y además tenía sed. Salió del dormitorio a un pasillo sumido en la total oscuridad y supuso que Lanzo se habría acostado, pero al abrir la puerta de la cocina el corazón se estrelló contra sus costillas al verlo, relajadamente hojeando el periódico. Aparte de la toalla enrollada alrededor de la cintura, estaba desnudo, y unas brillantes gotas de agua resbalaban desde sus hombros. Acababa de ducharse.

¡Qué hermoso ejemplar de hombre!, pensó Gina mientras Lanzo se volvía hacia ella con un divertido brillo en la mirada al contemplar el gesto de espanto de la joven.

—¿Necesitas algo, *cara*? —preguntó arqueando una ceja.

—Un vaso de agua —contestó ella con voz ronca—. Suelo llevarme un vaso de agua a la cama.

—Qué suerte tiene el agua —susurró él en un tono de voz casi inaudible.

Llenó un vaso con agua del grifo y se acercó a ella para ofrecérselo.

—Aquí tienes.

—Gracias.

«Márchate», le ordenaba una vocecita en su cerebro. Pero Gina se sentía empapada de la presencia de ese hombre, del evocador aroma de la piel húmeda y limpia, de la almizclada loción de afeitar, y de algo más, masculino y primitivo.

—¿Necesitas algo más, Gina? —el verde se mezcló con el azul.

Gina sentía el aliento de Lanzo sobre sus labios y, sin poder evitarlo, abrió los suyos en una silenciosa invitación. Lanzo soltó un gutural gemido e inclinó la cabeza sobre ella.

Aquello era el paraíso. Él la saboreó a delicados sorbos hasta que la sintió estremecerse de placer e intensificó el beso. Los labios de Lanzo eran firmes y cálidos, y aun así increíblemente tiernos. Ella se apretó instintivamente contra su cuerpo y él hundió los dedos en sus cabellos.

De repente, la imagen de Simon surgió de la nada. Una imagen en la que le agarraba esos mismos cabellos, arrancándole varios mechones durante una de sus borracheras.

—¡No! —Gina se apartó con tal violencia que se golpeó la cabeza contra la puerta.

Lanzo frunció el ceño. En sus ojos se reflejaban miles de preguntas, pero ella sacudió la cabeza, indicándole en silencio que no podía explicarle su comportamiento.

—No puedo —la voz estaba cargada de pesar—. Lo siento.

Sin soltar el vaso de agua, corrió hasta el dormitorio a tal velocidad que el contenido desbordó el vaso y le empapó el camisón.

Lanzo observó la escena, a punto de correr tras ella, de exigirle una explicación. Había pasado de la más dulce disposición a la más feroz tensión y… miedo, en el espacio de unos segundos. Sin embargo, el recuerdo de la silenciosa súplica reflejada en sus ojos, lo detuvo. Apagó la luz de la cocina y se dirigió a su dormitorio, preguntándose qué le habría sucedido para diezmar así su confianza.

Capítulo 5

Gina temía el momento de enfrentarse a Lanzo a la mañana siguiente, pero, para su alivio, fue recibida con una sonrisa cuando se reunió con él en la terraza para desayunar y no hizo ninguna referencia al incidente de la noche anterior. De sentir alguna curiosidad sobre su violenta reacción al beso, no se traslució y, mientras degustaban el café y unas deliciosas *frittatas* a la parmesana que había preparado Daphne, se sumergieron de lleno en el trabajo y las reuniones programadas para aquel día.

Una semana después, Gina contemplaba la placita escondida en una callejuela de la zona de Campo di Fiori y la comparó con la descolorida foto que tenía en la mano.

—Estoy segura de que aquí vivió *nonna* Ginevra —exclamó emocionada—. La fuente es la misma y esa casa de la esquina se parece a la que tienen mis abuelos a sus espaldas en la foto. Es increíble que apenas haya cambiado en más de sesenta años.

—Tu abuelo lleva uniforme militar, o sea que la foto debió tomarse durante la Segunda Guerra Mundial —observó Lanzo.

—El abuelo estuvo destinado en Italia —Gina asintió—. Así se conocieron. Se casaron poco después de acabar la guerra y ella se mudó a la granja de Dorset con él, aunque hablaba a menudo de su hogar en Roma. Debió resultarle muy difícil abandonarlo, pero decía que amaba tanto a mi abuelo que se hubiera ido a vivir a la Luna de habérselo pedido él.

Hacía calor en el patio y Gina se sentó sobre el muro que rodeaba la fuente, agradecida por el frescor que proporcionaban las salpicaduras de agua.

—Se nota que querías mucho a tu abuela —Lanzo se sentó a su lado.

—Sí, estaba muy unida a mis abuelos. Después de que mi madre se fuera, empecé a pasar mucho tiempo con ellos. Murieron en el intervalo de un mes y, aunque estuve muy triste, me alegré de que volvieran a estar juntos —murmuró—. Ni siquiera la muerte los separó.

La relación de sus abuelos personificaba todo lo que significaba un matrimonio. Amor, amistad, respeto, todo con lo que ella había soñado al casarse con Simon, hasta que su afición a la bebida y el comportamiento cada vez más violento acabaron con ese amor.

—No me puedo creer que hayamos encontrado la casa de *nonna* —

insistió Gina, negándose a sucumbir a los oscuros recuerdos bajo ese bonito cielo azul—. Pareces conocer cada rincón de la ciudad. ¿Creciste en Roma?

—No —Lanzo sacudió la cabeza—. Nací en Positano, en la costa de Amalfi. Pero me gusta Roma y paso mucho tiempo aquí. Mi hogar es una villa sobre un acantilado frente al mar.

—He oído que la costa Amalfi es uno de los lugares más hermosos del mundo —Gina sonrió ante el entusiasmo de Lanzo—. ¿Tu familia sigue viviendo allí?

—No tengo familia. Mis padres murieron hace muchos años y yo era hijo único —el tono de voz de Lanzo era extrañamente neutro y las gafas de sol impedían ver la expresión de sus ojos, pero Gina presintió que no debía hacer más preguntas sobre su familia.

—Lo siento —murmuró.

Recordaba haber leído que se había hecho cargo de la empresa familiar a la temprana edad de veinte años, mucho antes de su llegada a Poole diez años atrás. Seguramente había tomado el control de la compañía a la muerte de su padre. Normal que pareciera tan desapegado. Al parecer no tenía ningún ser querido en el mundo.

Había un dicho según el cual ningún hombre es una isla. Pero Lanzo parecía valorar su independencia por encima de cualquier cosa y no daba la sensación de necesitar a nadie. Su asistenta, Daphne, se ocupaba de sus múltiples casas y una buena colección de estilizadas modelos rubias satisfacía sus necesidades sexuales. Gina se preguntó si alguna vez se habría enamorado, pero no se atrevió a preguntar, casi segura de saber la respuesta.

—Y ahora que hemos encontrado la casa de tu abuela ¿qué te apetece hacer? —preguntó unos minutos después—. Estamos cerca de Piazza Navona, y sus fuentes son bastante más espectaculares que estas —Lanzo hundió una mano en el agua y salpicó a Gina—. La plaza es famosa en el mundo entero y sus estatuas merecen una visita.

—No hace falta que hagas de guía turístico todo el fin de semana —le informó Gina.

La semana había sido fantástica. Superado el primer momento de turbación durante el desayuno de la primera mañana, se había sumergido en su papel de secretaria personal con sorprendente facilidad y entre ambos se había desarrollado un bonito compañerismo, aunque no dejaba de ser consciente de la química sexual que fluía entre ellos.

Por las noches regresaban al apartamento y daban buena cuenta de la deliciosa comida de Daphne, y después daban un paseo por la ciudad, admirando la exquisita arquitectura y descubriendo callejuelas y plazas escondidas donde bebían un buen chianti bajo los toldos a rayas de algún café.

Roma era un lugar mágico, pero en su corazón Gina sabía que, para ella, la magia emanaba de Lanzo que caminaba pegado a ella o sonreía con paciencia cuando se paraba ante un escaparate. No le resultaría nada difícil enamorarse de él, se dijo. Y era precisamente esa certeza la que le impedía responder a la tórrida invitación que se reflejaba en los ojos verdes cada vez que le daba las buenas noches antes de correr a su dormitorio para dormir. Sola.

Le sorprendía que, aunque no disimulara el hecho de que la deseaba, no había vuelto a intentar besarla. Debería sentirse tranquila, pero en realidad permanecía en vela todas las noches, agarrotada por un inquietante deseo mientras se imaginaba el desnudo y atlético cuerpo de Lanzo sobre ella.

—He disfrutado enseñándote la ciudad —la voz de Lanzo interrumpió la erótica fantasía y le hizo sonrojarse violentamente—. No podremos repetirlo durante un tiempo. Casi toda la semana que viene estaremos en St. Tropez, preparando la inauguración del nuevo restaurante Di Cosimo, y después me gustaría pasar un tiempo en Positano.

—Supongo que, mientras estés en la villa de Positano, querrás que yo me quede aquí en Roma ¿no? —murmuró Gina intentando disimular lo mucho que iba a echarle de menos.

—Por supuesto que no. Estaré trabajando y, naturalmente, necesitaré a mi secretaria.

Lanzo se puso en pie y contempló a Gina. De inmediato su cuerpo reaccionó al posar la mirada sobre el valle entre los generosos pechos. Tras fantasear toda la semana con las voluptuosas curvas que ocultaba bajo los bonitos trajes y blusas de cuello alto, verla con pantalones cortos y un top ajustado le había hecho subir la temperatura.

No recordaba haber deseado jamás a una mujer tanto como deseaba a Gina, admitió casi con rabia por el poder que esa mujer parecía tener sobre él. Se había dicho a sí mismo que podría esperar a que ella aceptara el único desenlace posible a su evidente atracción mutua, pero no había contado con su capacidad para alterar su tranquilidad de espíritu.

Lanzo tomó a Gina de la mano, pero, en lugar de conducirla fuera de la placita, se quedó parado muy pegado a ella, sin dejarle otra opción que contemplar fijamente el musculoso torso o la esculpida perfección de sus rasgos faciales.

—Quiero que vengas conmigo a Positano —insistió él con esa voz sensual que hacía que a Gina se le pusiera la piel de gallina—. Y no solo en calidad de secretaria personal, *cara*.

Gina lo miró fijamente a los ojos y se quedó sin respiración.

—No deberías decir esas cosas —susurró. Lanzo había roto el pacto silencioso establecido entre ellos de no referirse a la mutua atracción,

y se sentía expuesta y vulnerable.

—¿Por qué no, si es la verdad? —Lanzo le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra su cuerpo—. Ya sabes que te deseo —gruñó —. Y sé que tú me deseas también. ¿Crees que no me he dado cuenta de las miradas que me diriges, o del modo en que te humedeces los labios, en una clara invitación a que te bese?

—No es verdad… —Gina se interrumpió en seco, horrorizada, al comprobar que acababa de humedecerse los labios con la punta de la lengua.

La firme determinación en los ojos de Lanzo hicieron crecer el pánico en Gina. Debería moverse, se dijo, pero su cuerpo se negaba a obedecer los dictados de su mente, y la suave caricia de sus labios sobre la boca abrió las compuertas del deseo.

Su sentido común le advirtió de no corresponder al beso, pero ya era demasiado tarde. Posó unas temblorosas manos sobre el fuerte torso, con la intención de apartarlo, pero el temblor no era de miedo sino de deseo.

Lanzo continuó saboreándola con calma, con delicadeza, como si supiera que estaba a punto de huir. La suave presión contra sus labios despertaba los sentidos de Gina y, con un pequeño gemido, abrió la boca para recibir la erótica caricia de la lengua de Lanzo. Y, de repente, la presa se rompió y Lanzo ya no pudo contener más el torrente de su deseo, y la besó con feroz pasión mientras ella se aferraba a sus hombros.

Fue el propio Lanzo el que interrumpió el beso. La parte del cerebro que aún le funcionaba le recordó que estaban a plena vista de los habitantes de las casas que rodeaban la plaza. Era bastante conocido en Roma y jamás besaba a sus amantes en público, consciente de que podría haber fotógrafos escondidos en cualquier parte.

La tentación de regresar con ella al apartamento y pasar la tarde haciendo el amor resultaba insoportablemente atractiva, pero, una vez más, la desconfianza en los ojos de Gina lo detuvo. Tenía que ser por alguien de su pasado. No había conseguido que le hablara de su vida amorosa, pero tenía que haber algún motivo para que siguiera apartándose de él. La paciencia era una virtud, se recordó con amargura. Gina sería suya.

—Decide tú qué hacemos el resto de la tarde, *cara* —murmuró apartándose de ella—. Podemos volver a casa y descansar… —se imaginó a sí mismo desnudándola y acariciando las generosas curvas —. O podemos visitar el panteón, como habíamos planeado.

Gina lo miró perpleja, aún recuperándose del beso. Parte de ella deseaba que Lanzo tomara la decisión por ella, que ejerciera su poderío y la arrastrara al apartamento para pasar el resto del día en la cama. Temía admitir que deseaba que él le hiciera el amor. Era más

que un paso. Era un salto al vacío. Y el valor la abandonó.

—No quiero una aventura contigo —contestó. Ella no era material para un revolcón.

—¿Por qué no? —Lanzo entornó los ojos en un visible intento de controlar su frustración—. No te molestes en negar la química que había entre nosotros hace unos segundos, cuando me correspondiste tan apasionadamente. Ya hicimos buena pareja una vez —le recordó.

—Hace diez años solo me buscabas por el sexo —observó ella con voz temblorosa.

—No es verdad —aunque era cierto que había comenzado así, admitió Lanzo en silencio.

Se había sentido atraído hacia Gina, pero había dado por hecho que, tras saciarse de ella en la cama, pronto se aburriría, como le sucedía con todas sus amantes. Pero, para su sorpresa, el deseo no había hecho más que aumentar cada semana que fueron amantes. Hasta que empezó a querer pasar todo el tiempo con ella, y las alarmas habían saltado en su cabeza, motivo por el que había dado por finalizada la relación. El amor dolía y no estaba preparado para volver a vivir el dolor que había experimentado al perder a Cristina.

—No fue solo sexo. Significabas algo para mí —puntualizó.

—Tanto que no volví a saber nada de ti tras tu regreso a Italia —espetó Gina con amargura—. Si te importaba algo ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque estaba hecho un lío —Lanzo suspiró—. No me encontraba en un buen momento para una relación. Tú eras joven y llena de vida, y te merecías a alguien que te hiciera feliz.

—¿Por qué estabas hecho un lío? —susurró ella—. En ocasiones me parecía ver una expresión atormentada en tus ojos, pero nunca querías hablar de ti mismo —y por la expresión de su rostro, comprendió que nada había cambiado—. No llegué a conocerte en realidad —continuó con tristeza—, y no quiero volver a ser tu amante durante unas semanas.

—Si solo pretendiera satisfacer una urgencia carnal, podría recurrir a numerosas mujeres —Lanzo la miró fijamente. Diez años atrás habían sido amigos, además de amantes y no veía por qué no podía volver a ser así. Apretó la mandíbula al percibir el pánico en los ojos azules—. ¿De qué tienes miedo, Gina?

—Yo no… —la negativa se atascó en su garganta ante la expresión de incredulidad en el rostro de Lanzo.

—¿Se debe a alguna relación anterior? —Lanzo manifestó en voz alta lo que llevaba tiempo sospechando, y supo que había acertado cuando ella desvió rápidamente la mirada.

—No quiero hablar de ello —murmuró Gina con obstinación mientras se apartaba con una mano temblorosa un mechón de cabellos

del rostro.

—Quizás ambos deberíamos sincerarnos un poco más —sugirió él con dulzura.

Deseaba abrazarla con fuerza hasta que confiara en él. Pero Gina dio un paso atrás.

—¿Para qué? La única relación que deseo tener contigo es la de ser tu secretaria personal con carácter temporal.

—Mírame a los ojos y repítelo —le ordenó Lanzo, frustrado al no lograr comprender por qué estaba tan empeñada en resistirse a la química que fluía entre ellos.

—Es lo único que deseo —Gina se puso las gafas de sol y lo miró fijamente, esperando convencerle, y convencerse a sí misma también. Antes de que él pudiera responder, se dio media vuelta y salió de la plaza.

Existía el lujo, y luego existía la desmesurada opulencia ajena a este mundo, pensó Gina mientras contemplaba estupefacta el nuevo restaurante Di Cosimo, en St. Tropez. Situado sobre las colinas que dominaban la ciudad, ofrecía una espectacular panorámica de la bahía y el puerto donde los enormes yates y lanchas motoras, propiedad de los más ricos entre los ricos que pasaban el verano en la Riviera francesa, estaban amarrados.

Los suelos eran de mármol blanco, el papel pintado estaba estampado con hojas doradas y las mesas cubiertas de manteles blancos con cubertería dorada. Unos impresionantes centros de mesa con lirios y orquídeas impregnaban el ambiente con su intensa fragancia.

—¿Estás impresionada?

—Estoy sin habla —Gina se volvió, quedándose también sin aliento al verlo tan majestuoso y atractivo con su traje de gala—. La decoración es increíble. Y la vista desde la terraza, esas buganvillas rosas con el mar azul al fondo… es lo más hermoso que he visto nunca.

—Estoy de acuerdo —asintió Lanzo, pero no mirando por la ventana sino a Gina.

Gina llevaba un vestido de gasa color brezo, sin tirantes y que llegaba hasta el suelo, abrazándose por el camino a sus curvas y remarcando la fina cintura. Los cabellos estaban recogidos en un moño y algunos mechones colgaban sueltos, enmarcándole el rostro. El único adorno era el collar de perlas heredado de su abuela.

—La vista desde donde yo estoy es exquisita —murmuró él, contemplando las pálidas mejillas teñirse de escarlata.

Desde el beso en Roma, su relación había cambiado drásticamente y

la tensión era tangible. Llevaban una semana en St. Tropez y Gina se había mostrado exasperantemente correcta con él, quizás temerosa de que si regresaban al trato amistoso que habían disfrutado en Roma él pudiera pensar que estaba dispuesta a vivir una aventura.

Sin embargo, a pesar de la frialdad en el trato, Lanzo era muy consciente de la atracción sexual que bullía, deseando explotar. Su cuerpo, permanentemente excitado, y su paciencia llegaban al límite. Era incapaz de concentrarse en nada y solo podía pensar obsesivamente en el deseo de acostarse con Gina. Y, por el modo en que sus ojos se oscurecían cada vez que lo miraba, sabía que ella sentía lo mismo.

—Ya, bueno, pues todo listo para la gran inauguración —ella cambió de tema y desvió la mirada hacia el reloj—. Los invitados deberían empezar a llegar pronto.

Apenas había concluido la frase cuando una elegante limusina negra se detuvo frente a la puerta y una célebre artista de Hollywood se bajó de ella.

La lista de invitados estaba plagada de celebridades y no se había reparado en gastos para la inauguración del restaurante Di Cosimo, un evento que sería titular en la prensa de todo el mundo. Luisa había empezado a organizar la fiesta antes de darse de baja, pero Gina había tenido que ultimar todos los detalles y ocuparse de los problemas de última hora. Además, había tenido que soportar los habituales dolores del período menstrual. Los dolorosos calambres eran indicativos de que su endometriosis empeoraba, lo que aumentaba la tristeza que sentía ante las pocas probabilidades que tenía de ser madre.

El único aspecto positivo era que estaba demasiado agotada para pensar en Lanzo, si bien no había podido ignorar del todo la creciente tensión sexual entre ambos. No sabía qué pensar sobre la afirmación que había hecho Lanzo de que no era solo sexo lo que buscaba en ella. Si no la quería solo como amante ¿qué buscaba? Hubiera deseado tener el valor suficiente para preguntárselo, pero el matrimonio y posterior divorcio de Simon había sido una experiencia devastadora, y no solo emocionalmente, pensó mientras se acariciaba la cicatriz oculta bajo el maquillaje. Tenía miedo de confiar en Lanzo y parecían haber quedado atrapados en un extraño punto muerto.

—Hora de trabajar —Lanzo la rodeó con un brazo, sustrayéndola de sus pensamientos—. Recibiremos a los invitados en la puerta.

—Pero, yo pensaba que los recibirías tú solo. ¿Estás seguro de querer que yo...? —Gina se interrumpió ante la sonrisa burlona de Lanzo.

—Estoy completamente seguro de lo que quiero, *cara* —sonrió ante el sonrojo de Gina.

La fiesta de inauguración había sido todo un éxito. Gina suprimió un bostezo y consultó el reloj. Era casi medianoche. La comida había sido excelente, acompañada de una selección de los mejores vinos y, después de cenar, todo el mundo se había deleitado con las vistas desde la terraza, y el suministro ininterrumpido de champán.

En consecuencia, algunas personas habían bebido demasiado, sobre todo un famoso presentador de televisión inglés que solía aparecer con regularidad en las revistas del corazón por su escandaloso comportamiento. A medida que la velada había progresado el tono de la voz y las groserías de Finn O'Connell había aumentado. Apenas se mantenía en pie junto al grupo con el que charlaba, y en el que se encontraba también su bonita esposa, la famosa actriz de teatro, Miranda O'Connell. Como muchas otras personas, Gina se preguntó qué habría visto en ese hombre.

Finn llamó a un camarero y le pidió otro whisky. Su esposa apoyó una mano sobre su brazo, en un gesto suplicante para que no bebiera más, pero Finn reaccionó violentamente, empujando a Miranda con tal fuerza que la tiró al suelo. La escena despertó unos desagradables recuerdos en Gina.

Corrió hacia la terraza mientras se imaginaba a Miranda caída sobre un montón de cristales rotos con el rostro ensangrentado. Finn O'Connell vociferaba y los dos fornidos guardas de seguridad lo sujetaban por los brazos. Su esposa seguía caída en el suelo y Gina casi ni se atrevía a mirar, segura de que se había cortado.

Lanzo llegó primero. Arrodillado junto a Miranda le habló en un susurro antes de ayudarla a ponerse en pie. No había sangre, observó Gina aliviada. La joven actriz estaba pálida y conmocionada, pero por lo demás parecía ilesa.

—Quédate con la señora O'Connell mientras dispongo un coche para que la lleve a ella y a su esposo al hotel —ordenó Lanzo a Gina —. Le pediré a un camarero que le traiga agua, y un café bien cargado para O'Connell —añadió—. Parece que necesita algo para despejarse.

—Estoy bien, de verdad —susurró Miranda con voz débil mientras Gina la ayudaba a sentarse en una silla—. En ocasiones, Finn pierde los estribos.

—Y no pocas veces, si la información que publica la prensa es cierta —observó Gina sin que Miranda se lo refutara—. No es usted la responsable de que su marido beba en exceso. Y él no tiene ninguna excusa para maltratarla, ni siquiera el haber bebido demasiado whisky.

—Parece saber de lo que habla —Miranda la miró sobresaltada.

—Y lo sé —Gina asintió—. El alcohol afecta a las personas de maneras diferentes, a algunas les relaja y a otras les hace sentirse

malhumoradas. Mi exmarido solía volverse iracundo y agresivo —miró fijamente a Miranda—. Le supliqué que buscara ayuda, pero Simon se negaba a admitir que tenía un problema. Cuando empezó a volverse violento, supe que tenía que abandonarlo por mi propia seguridad —se interrumpió y sonrió a la otra mujer—. No soy yo quien debe decirle cómo vivir su vida, pero necesita pensar en usted misma.

—El coche aguarda —Lanzo interrumpió la conversación—. Me he tomado la libertad de enviar a su marido de regreso al hotel en otro coche, acompañado de dos empleados míos. Parece haber recuperado el control —no añadió que Finn O'Connell había dejado de pavonearse en cuanto se había visto sentado en el coche con los enormes guardaespaldas.

—Espero que no le pase nada a Miranda —murmuró Gina mientras la veía marcharse.

—Los guardas de seguridad se asegurarán de que O'Connell se comporte durante el resto de la noche. De todos modos, está tan borracho que seguramente se habrá quedado dormido. Aunque eso no le excusa. El hombre que pega a una mujer es un patético cobarde —añadió Lanzo en tono asqueado antes de fruncir el ceño al volverse hacia Gina—. ¿Estás bien?

—Estoy cansada —se apresuró a aclararle ella—. Ha sido un día muy largo.

—Vuelve al hotel y acuéstate. Le pediré al chófer que te lleve —Lanzo sacó el móvil del bolsillo—. Yo aún tengo que terminar algunas cosas aquí.

Lo cierto era que estaba agotada, no se lo había inventado. El desagradable incidente entre Finn y Miranda había sido la gota que había colmado el vaso. Por eso no discutió, recogió su estola y permitió que Lanzo la acompañara hasta la limusina.

Se alojaban en un impresionante hotel de cinco estrellas frente al mar, a las afueras de St. Tropez. Luisa había reservado la lujosa suite Ambassador para Lanzo meses atrás, pero no había dispuesto ningún arreglo para un posible acompañante. Gina había intentado reservar una habitación, pero no quedaba ninguna libre. No le hubiera importado alojarse en otro hotel, pero Lanzo había insistido en que compartieran la suite.

—Tiene dos dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, además de un enorme salón. Es ridículo que te vayas a otra parte. A fin de cuentas, es igual que en Roma —señaló ante las protestas de Gina.

El destello en los ojos verdes había dejado muy claro que no estaba dispuesto a aceptar otro arreglo y, para trabajar con mayor comodidad, tenía sentido compartir la misma suite. Al entrar en el espacioso dormitorio, tuvo buen cuidado de cerrar la puerta con llave,

como hacía cada noche, aunque no estaba segura de si lo hacía para mantener a Lanzo fuera, o para no sucumbir a la tentación de ir ella misma en su busca.

La noche era sofocante y al otro lado de la bahía se oía el retumbar de los truenos. Gina abrió la puerta que comunicaba con la terraza, con la esperanza de que soplara una refrescante brisa marina, pero el aire no se movía.

No dejaba de recordar el incidente sucedido en el restaurante, pero finalmente arrinconó el recuerdo al fondo de su mente, junto con todos los demás que le despertaba, colgó el vestido en el armario, se lavó el rostro y se puso un bonito camisón de seda color melocotón antes de meterse en la cama. Se había levantado a las seis y media de la mañana y en pocos minutos estuvo profundamente dormida.

Una hora más tarde, Lanzo entró en la suite y se dirigió directamente al bar, sirviéndose una generosa copa de brandy. Era la primera copa que tomaba aquella noche pues jamás bebía cuando trabajaba. Salió a la terraza y contempló el cielo negro, sin estrellas ni luna. La electricidad en el aire advertía de la proximidad de una tormenta.

Un relámpago desgarró el cielo e iluminó durante un instante la espuma blanca del mar. Lanzo encajó la mandíbula. Había sido un día insoportablemente caluroso y una buena tormenta refrescaría el ambiente. Sin embargo, odiaba las tormentas.

No dejaba de resultar irónico. Ese mismo día se cumplían quince años de otra tormenta, aquella en la que un rayo había desatado un incendio en la casa de sus padres. El fuego había sido tan intenso y devastador que los ocupantes de la casa no habían tenido la menor oportunidad. Sus padres y Cristina habían fallecido por la inhalación de humo mientras dormían. Los bomberos habían encontrado sus cuerpos aún en la cama.

Apuró la copa de un trago. Hacía tiempo que la imagen de Cristina ya no aparecía con nitidez en su mente. El tiempo la había ocultado tras un tupido velo y era el rostro de Gina, con sus ojos color zafiro y sus carnosos labios, el que la había sustituido.

Un grito lo arrancó de sus pensamientos. Era un alarido de terror, un grito agudo, mezcla de pánico y dolor, y provenía de la habitación de Gina. Parándose únicamente para dejar la copa sobre la mesa, Lanzo corrió por la terraza mientras la tormenta se formaba amenazadora sobre su cabeza.

Capítulo 6

Todo estaba cubierto de sangre. Caliente y húmeda, empapando su vestido blanco y formando un charco alrededor de su cabeza. Gina se agitó bajo las sábanas.

Soltando un grito, se incorporó y apoyó una mano en la mejilla. Estaba oscuro, tanto que no veía nada, pero comprendió que no estaba en el duro suelo de la cocina, y que no había un vaso roto bajo su rostro, ni sangraba.

Con una mano temblorosa, buscó a tientas el interruptor de la luz de la lámpara de la mesilla y respiró hondo. Hacía mucho tiempo que no había tenido ese sueño y estaba convencida de que lo había desatado el suceso ocurrido en el restaurante. Miranda, por suerte, no había sufrido ningún corte, pero el incidente había despertado el recuerdo de Simon, borracho y violento, golpeándola cuando intentaba quitarle la botella de whisky de las manos. La botella se había caído al suelo derramándose entera. Aún en esos momentos, el olor a alcohol le ponía enferma.

Después, Simon había insistido en que no había sido su intención golpearla, pero ya fuera accidente o agresión, el golpe en la sien había sido tan fuerte que había caído al suelo sin tiempo para colocar las manos. Había aterrizado con el rostro directamente sobre los cristales rotos que le habían lacerado la cara y el cuello.

Apartó las sábanas y salió de la cama. Necesitaba salir a la terraza. No había luna y al chocar contra algo duro, soltó un grito. Unas manos la agarraron de los brazos.

—¡Gina! —gritó Lanzo, espantado ante la expresión de terror de Gina—. ¿Qué sucede, *cara*?

La palabra «*cara*», la desarmó. La voz de Lanzo era grave y cálida, fuerte y tierna a la vez y, de inmediato se sintió a salvo. Instintivamente supo que Lanzo moriría antes que causarle daño físico a una mujer. Era un hombre de valores sorprendentemente anticuados, un hombre que sujetaba la puerta y cedía el asiento, y que consideraba que un hombre debía proteger al sexo más débil. La emancipación femenina estaba bien, pero en esos momentos Gina se dejó abrazar y acariciar.

—¿Qué pasó? —insistió él.

—Nada. Una pesadilla, eso es todo —susurró Gina estremeciéndose al recordar el sueño.

—¿Quieres hablar de ello? —Lanzo la miró atentamente, sintiendo una extraña opresión en el estómago al ver las lágrimas inundar los

azules ojos.

—No —ella apartó la mirada.

Lanzo suspiró y la abrazó con más fuerza, apoyando la barbilla sobre su cabeza. De ninguna manera iba a permitir que volviera a la cama sola en ese estado. Él sabía unas cuantas cosas sobre pesadillas. Seguía sufriéndolas de vez en cuando. Eran imágenes de Cristina gritando su nombre envuelta en llamas mientras él era incapaz de salvarla. Sabía lo que era despertar temblando y sudoroso, con miedo a volverse a dormir.

Los cabellos de Gina olían a limón y no pudo resistir la tentación de besarlos, sonriendo cuando ella dio un respingo, aunque no le impidió continuar. Delicadamente deslizó los labios por la mejilla y sobre la cicatriz. Ella se puso tensa de inmediato.

—¿La pesadilla tuvo algo que ver con el accidente de coche? —preguntó.

—¿Qué accidente de coche? —Gina se echó hacia atrás y lo miró perpleja.

—Supuse que te habías cortado con el cristal de la ventanilla en un accidente de coche —era la única explicación que se le había ocurrido—. ¿Cómo te hiciste eso, *cara*? —frunció el ceño y, de repente recordó algo, la imagen aterrorizada de Gina al presenciar el incidente entre Finn O'Connell y su esposa.

Lentamente, una horrible certeza se abrió paso en su mente.

—¿Te lo hizo alguien, *cara*?

Lanzo acarició la cicatriz y Gina se mordió el labio. La compasión que destilaban los ojos verdes fue demasiado fuerte. La pesadilla seguía muy presente en su cabeza. Se sentía desesperadamente vulnerable y su primer impulso fue el de apartarse de Lanzo.

Él debió imaginárselo, pues deslizó la mano hasta la nuca y le dio un pequeño masaje.

—Yo jamás te haría daño, *cara* —susurró con voz profunda—. Quiero que lo sepas.

Gina recordó el noviazgo de un año con Simon, cuando ignoraba los problemas que tenía con la bebida y no había visto la menor señal de su carácter violento. La noche de bodas había resultado memorable, pero por los motivos equivocados. Simon parecía estar bien tras dos copas de champán, pero en el avión había pedido whisky y, con cada trago, se había revelado un aspecto de su personalidad totalmente indeseable.

¿Cómo podía conocerse la verdadera naturaleza de una persona? Aun así, con Lanzo se sentía segura. Confiaba en él. Había temido jamás poder volver a confiar en nadie, pero Lanzo era distinto de Simon, tanto que costaba creer que pertenecieran a la misma especie.

—¿Qué ocurrió? —insistió él mientras le acariciaba los cabellos y

apartaba un mechón que cubría la cicatriz. De inmediato sintió una profunda ira.

No estaba obligada a contarle nada. Entonces ¿por qué tenía tantas ganas de compartir con él los recuerdos que seguían provocándole pesadillas? La expresión de Lanzo era una mezcla de fuerza y dulzura. Se sentía segura con él. Así de sencillo.

—Fue... mi marido —a Gina le costó admitirlo y tuvo que respirar hondo varias veces—. Me golpeó durante uno de sus ataques de ira.

—¿Estás casada? —preguntó él bruscamente cuando al fin asimiló las palabras de Gina.

—Ya no —Gina consiguió dibujar una pequeña sonrisa—. Obtuve el divorcio justo antes de regresar a Poole, pero ya hacía un año que había abandonado a Simon. La noche que me hizo esto —se acarició la cicatriz—, fue la gota que colmó el vaso. Supe que tenía que alejarme de él antes de que me hiciera algo peor.

—*Dio mio* —rugió Lanzo—. ¿Cómo demonios acabaste casada con ese monstruo?

Gina se mordió el labio. Era la misma pregunta que le habían formulado los amigos que habían estado al corriente de la situación. Se sentía estúpida por haberse dejado engañar por Simon, y no le resultaba fácil hablar del matrimonio, pero sabía que jamás pasaría página del todo hasta que no estuviera en paz con su pasado.

—Simon era inversor bancario. Nos conocimos en una cena corporativa en Londres —inició su explicación—. Era atractivo, encantador y un triunfador, y enseguida congeniamos. Salimos juntos seis meses, y nos casamos seis meses después. La noche de bodas fue la primera vez que lo vi borracho, pero a la mañana siguiente estaba tan arrepentido que supuse que todo se había debido al estrés de la boda.

Gina suspiró antes de continuar.

—Inventarme excusas para el alcoholismo de Simon y su mal humor se convirtió en una costumbre, pero yo deseaba que nuestro matrimonio funcionase y por eso ignoraba sistemáticamente las señales de su creciente dependencia del alcohol.

—No entiendo cómo pudiste ignorarlo si se mostraba violento contigo —la censuró Lanzo. No entendía cómo había podido estar tan enamorada de su marido como para soportar ese comportamiento, y no estaba preparado para la punzada de celos que sintió.

—Me sentía avergonzada —Gina percibió el espanto en la mirada de Lanzo y se apartó un poco de él—. Creía que, de algún modo, yo era culpable de que bebiera, y de su mal humor. No sabía con quién hablar. La mayoría de las personas de nuestro círculo social eran socios de Simon y jamás podría haberles confiado, ni a sus sofisticadas esposas, que no éramos la bonita pareja que parecíamos ser.

Retorció los dedos, incapaz de mirar a Lanzo.

—Sé que fui una estúpida, pero seguía aferrada a mi sueño de formar una familia. Habíamos acordado intentar tener hijos en cuanto nos casáramos y yo pensaba que un bebé conseguiría, como por arte de magia, que Simon dejara de beber. Sin embargo, no conseguí quedarme embarazada, Simon perdió su empleo por la crisis bancaria, y las cosas empeoraron rápidamente porque se pasaba todo el día en casa, ahogando sus penas.

—Y aun así te quedaste a su lado.

—Quería ayudarlo. Me sentía culpable por no amar al hombre en el que se había convertido, pero seguía siendo su esposa, y sentía que mi deber era apoyarle. El problema era que Simon no quería ayuda. Durante una de nuestras broncas intenté arrebatarle la botella de whisky y enloqueció —Gina tragó con dificultad—. Me golpeó y, al caer, se me cayó la botella al suelo. Un trozo de cristal roto me cortó, con tan mala suerte que me atravesó una arteria del cuello. Había mucha sangre y confusión. Me tuvieron que dar muchos puntos y me quedé con este eterno recuerdo de mi matrimonio.

—No me extraña que te pusieras tan pálida cuando Finn O'Connell empujó a su mujer esta noche —asintió Lanzo que sentía unas inmensas ganas de encontrar al ex de Gina para propinarle una paliza.

Pero ceder a sus violentos deseos de venganza no le serviría de nada a Gina. Había necesitado mucho valor para contárselo todo y lo que necesitaba era apoyo. Conteniendo la rabia que sentía hacia Simon, la tomó en sus brazos.

—Tú no tuviste la culpa de los problemas de tu marido con la bebida, igual que Miranda no es responsable del comportamiento de O'Connell —le aseguró él con firmeza.

Lanzo agachó la cabeza y deslizó los labios a lo largo de la cicatriz, provocándole a Gina una extraña sensación en el corazón. «Solo está siendo amable», se dijo. «No le busques otra explicación». Sabía que debía apartarse, asegurarle que se había recuperado de la pesadilla y que no tendría problemas para dormir. Lo cual era mentira, pero no por los malos recuerdos de Simon, que empezaban a esfumarse como la propia pesadilla, sino por otros recuerdos. Recuerdos de Lanzo tumbándola sobre la suave hierba en aquel claro del bosque años atrás para hacerle el amor con exquisita ternura.

Gina tragó nerviosamente cuando Lanzo la miró. El deseo era evidente en los ojos verdes, pero suavizado por la compasión y la comprensión.

Suspiró y sintió que la tensión abandonaba su cuerpo y pudo relajarse en sus fuertes brazos. Quizás se debía a la seguridad de que Lanzo jamás le haría daño del modo en que se lo había hecho Simon, o quizás fuera por el recuerdo de la tiernas caricias la primera vez que

le había hecho el amor años atrás. O quizás, simplemente, era incapaz de negar su deseo por él. En cualquier caso, cuando él volvió a agachar la cabeza sobre ella, Gina supo que se moría de ganas de que la besara y, en lugar de apartarse, entreabrió los labios con el corazón martilleando de anticipación, que no de miedo.

Lanzo sintió el estremecimiento que recorrió el cuerpo de Gina y se sobresaltó al comprobar que ella no era la única que temblaba. La tensión y el deseo habían ido en aumento desde que la había reconocido en Poole, Gina, su amante de diez años atrás, y el deseo no había hecho más que intensificarse.

No quería meterle prisa. Quería saborear cada segundo, cada suspiro que escapaba de los labios de Gina mientras la atraía hacia sí y el beso se volvía más apasionado, sensual, evocador y erótico.

Gina era muy consciente de la excitación de Lanzo que presionaba contra su pelvis, y sintió una oleada de deseo concentrarse entre los muslos. No había mantenido una relación física con ningún hombre desde el final de su matrimonio por decisión propia, pero en esos momentos deseaba que Lanzo le hiciera el amor y borrara de su mente los oscuros recuerdos de Simon que aún la atormentaban.

Sabía que estaba poniendo en peligro su corazón. Lanzo había dado por concluida su relación diez años atrás y, por lo que había leído sobre él, era un hombre alérgico al compromiso. Sin embargo, nada alteraba el hecho de que lo deseaba. Deseaba sentir sus fuertes manos acariciarle todo el cuerpo, sentir los muslos cubiertos de espeso vello apretarse contra su piel, la sensual presión de los labios sobre su pecho.

Era imposible expresar tanta necesidad con palabras, de modo que tomó el rostro de Lanzo entre sus manos y capturó sus labios para besarlo con tal pasión que le arrancó un profundo gemido.

Y la pasión estalló entre ellos, salvaje, casi brutal en su intensidad. Sin despegar los labios, Lanzo la tomó en brazos y la llevó por la terraza hasta su dormitorio. Allí la contempló largo rato, cuestionándola con la mirada, antes de tumbarla con delicadeza sobre la cama.

—Eres tan hermosa, *tesoro* —exclamó con un fuerte acento—. Te juro que jamás te haré daño.

Lanzo se tumbó junto a ella y hundió los dedos en sus cabellos. Unos diminutos botones cerraban el camisón y Gina dio un respingo cuando él, hábilmente, los desabrochó antes de deslizar las mangas por los hombros hasta dejar al descubierto los pechos.

El aire era fresco contra la ardiente piel y Gina sintió un nudo en el estómago cuando Lanzo se detuvo para contemplar fijamente los pechos que había dejado expuestos.

Inclinándose sobre ella, Lanzo volvió a besarla en los labios con una

lenta determinación que no era capaz de ocultar su deseo. Después, deslizó su boca hacia el cuello hasta los pechos. Los pezones se tensaron de inmediato, expectantes ante las caricias que llegarían. El corazón galopaba con fuerza y al sentir la caricia de la lengua sobre un rosado pezón, y luego el otro, Gina gimió y hundió los dedos en los cabellos de Lanzo para sujetar su cabeza contra el pecho. Cuando él aumentó la presión con la lengua, ella respondió con un suspiro ante la explosión de sensaciones que se dirigieron directamente hacia la pelvis.

Eso era exactamente lo que quería, pensó Gina mientras observaba con los ojos entornados a Lanzo desnudarse, exponiendo un torso de bronce pulido donde se marcaban los músculos abdominales. Cuando se levantó para quitarse los pantalones, sintió una mezcla de excitación y trepidación al verlo desnudo, glorioso y desvergonzadamente excitado.

—Me deseas, *cara* —Lanzo malinterpretó la expresión en el rostro de Gina—. Tu cuerpo revela lo que tu mente desea negar. ¿Lo ves? —murmuró mientras acariciaba los rosados pezones hasta que ella arqueó las caderas en una frenética invitación.

—No intento negarlo —exclamó ella casi sin aliento, mirándolo con ojos muy abiertos cuando Lanzo continuó deslizando los labios por su estómago hasta que se detuvo para separarle los muslos—. Lanzo...

Todas las dudas de Gina se disiparon cuando empezó a acariciarle el sexo con la lengua. La sensación era tan exquisita que separó instintivamente las piernas y gimió cuando él descubrió la tensa protuberancia del clítoris.

El placer aumentaba dentro de ella, enroscándose, tensándose, hasta que se estremeció, desesperada por sentir la posesión final.

—Lo sé, *cara* —gruñó Lanzo mientras se acomodaba sobre ella.

Con una mano, deslizó el camisón hasta las caderas mientras se colocaba entre sus muslos. Gina deslizó las manos por su espalda y lo urgió a que la penetrara, desesperada por sentirlo dentro. Sin embargo, Lanzo, de repente, se detuvo y soltó un juramento.

—¿Qué sucede? —preguntó ella inquieta.

—No llevo nada —Lanzo soltó otro juramento y sacudió la cabeza al tiempo que hacía un supremo esfuerzo por controlar la necesidad de hundirse dentro de ella—. Preservativos —aclaró al ver la expresión en el rostro de Gina—. No lo había planeado, al menos no esta noche —añadió con amargura—. Lo siento, *cara*, pero, incluso ciego de pasión estoy seguro de que ninguno de los dos está preparado para afrontar un embarazo no deseado.

Gina sintió una enorme frustración. Le había costado mucho llegar a dar ese paso después de cómo la había tratado Simon. Pero la ternura de Lanzo le proporcionó la confianza necesaria para rendirse y estaba

desesperada por hacer el amor con él y demostrarse a sí misma que ya había superado su matrimonio. Se aferró a los hombros de Lanzo para evitar que se apartara de ella.

—No hay ningún riesgo —murmuró.

—¿Quieres decir que estás protegida? —Lanzo frunció el ceño mientras el corazón golpeaba salvajemente contra sus costillas. Debía estar tomando la píldora.

Nunca había roto la regla de oro y practicado el sexo sin hacerse responsable de la contracepción, pero la píldora estaba considerado el método más seguro y no soportaría pasar otra noche de agonía. No era solo sexo. Quería que Gina olvidara los malos recuerdos de su exmarido, y recordarle que la pasión compartida años atrás seguía viva.

—¿Gina...? —Lanzo temblaba. Deseaba darle placer. Presentía que hacía mucho tiempo que no disfrutaba haciendo el amor, entendiéndolo como una experiencia sensual compartida por dos personas totalmente en sintonía con las necesidades del otro.

Gina se preguntó si debería tranquilizar a Lanzo explicándole que sus posibilidades de quedar embarazada eran casi nulas. No solo había empeorado de la endometriosis, acababa de terminar de tener la regla y, por todos los meses que había dedicado a estudiar sus gráficos de ovulación, sabía que la única posibilidad que tenía de concebir se producía hacia la mitad del ciclo.

Sin embargo, no tenía ganas de hablar de su esterilidad. No quería perder tiempo hablando cuando su cuerpo se estremecía con un intenso deseo por sentirlo dentro de ella. La pétrea erección que palpitaba contra su estómago solo le permitía pensar en su necesidad de saciar el doloroso y agonizante deseo de ser poseída por él.

—Quiero que me hagas el amor, Lanzo —susurró mientras le acariciaba la barbilla y Lanzo soltaba un gemido animal y tomaba sus labios en un apasionado beso. Sintió su mano deslizarse entre los muslos y dio un respingo cuando la acarició hasta casi hacerle llegar —. Por favor...

La súplica surgió del corazón y Lanzo soltó una tensa carcajada.

—Quiero darte placer, *cara* —le aseguró mientras se acomodaba sobre ella.

Sabía que le faltaba poco para llegar, pero haciendo un impresionante esfuerzo, se controló lo suficiente para penetrarla suavemente, despacio, parándose hasta sentir que los músculos de Gina se estiraban para acogerlo. Sujetó el bonito trasero con las manos ahuecadas para posicionarla de manera que le fuera más fácil recibir su masculinidad y sonriendo al ver la perpleja expresión en los azules ojos.

—¿Te gusta?

El término «gustar», ni siquiera se aproximaba a lo que sentía. No había palabras para describir la intensidad del placer que se acumulaba en su interior cada vez que Lanzo se retiraba un poco para luego hundirse otro poco más dentro de ella, estableciendo un ritmo ansiosamente correspondido. Gina seguía agarrándose a sus hombros, cerrando los ojos y dejándose llevar. A medida que él aumentaba el ritmo, ella sintió unos pequeños espasmos recorrer su estómago. Sintiendo la urgencia de Lanzo, susurró su nombre, deseando que el viaje no terminara jamás. Pero, de repente, el cataclismo se desató y los gritos de placer de Gina fueron sofocados por la boca de Lanzo que hundió la lengua entre sus labios, en una erótica mímica de las fuertes embestidas de su cuerpo.

Lanzo no aguantaba más. El placer de ver el cuerpo de Gina convulsionarse alrededor de su palpitante masculinidad era demasiado exquisito para soportarlo y, escasos segundos después que ella, alcanzó su propio clímax, tensándose durante unos segundos mientras intentaba contener el inevitable desbordamiento y cediendo finalmente a la enloquecedora liberación.

Durante largo rato se quedaron tumbados en silencio, deleitándose en las dulces postrimerías del sexo. Con Simon nunca había sido así, ni siquiera durante la primera fase del matrimonio, cuando había estado convencida de amarlo. Solo había sentido una unión tan completa, como si sus almas y cuerpos fueran una, con Lanzo. Sin embargo, no iba a caer en la trampa de pensar que él sentía lo mismo. Era un amante considerado y experimentado que la había llevado a la cima del éxtasis, pero mientras se retiraba a un lado de la cama, sintió que esa retirada no era solo física.

¿Debería marcharse a su dormitorio? El silencio entre ellos solo fue roto por la intensa lluvia que golpeaba las ventanas. En algún momento, mientras hacían el amor, debía haberse desatado la tormenta, pero había estado tan absorta por la pasión que ni siquiera se había dado cuenta. Retiró la sábana, pero, al incorporarse ligeramente, Lanzo le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Adónde vas? —gruñó.

—Iba a volver a mi habitación.

La respuesta debería haberle agradado, reflexionó Lanzo. Casi nunca pasaba la noche con sus amantes pues, una vez satisfechas sus necesidades sexuales, ya no las necesitaba.

El cielo se iluminó de repente, desgarrado por un relámpago y, segundos después, el fuerte rugido del trueno retumbó por toda la habitación. La tormenta había amainado un poco, pero regresaba con toda su furia.

El fuego que había destruido la villa de sus padres se había

descontrolado mucho antes de que la lluvia al fin comenzara a caer. Quizás si hubiera llovido como lo hacía en esos momentos, las llamas se habrían apagado y sus padres y Cristina se habrían salvado.

No quería quedarse solo con sus pensamientos toda la noche. Diez años atrás había encontrado la paz durante unas pocas semanas de inesperada felicidad con una tímida y joven camarera inglesa. Jamás le había hablado a Gina del pasado, pero su naturaleza cariñosa había calmado sus atormentadas emociones y, al hacer el amor, se había deleitado en darle placer. Gina le había hecho olvidar brevemente el dolor que albergaba en su interior, y esa noche deseaba yacer en esos brazos y concentrarse únicamente en la pálida y sedosa piel, el cuerpo generoso en curvas.

Gina también tenía sus propios demonios. Al pensar en su brutal exmarido, Lanzo sintió que la sangre le hervía. El hecho de que Simon hubiera sido un alcohólico no excusaba su comportamiento. No lograba olvidar la imagen del rostro aterrorizado de Gina al tropezar con él en la terraza con los horrores de la pesadilla aún evidentes en la mirada. No podía permitir que regresara a su habitación para, quizás, volver a experimentar el mismo sueño.

—Quédate —murmuró sujetándole la pierna con su propio muslo.

El delicioso trasero era suave y redondo. Deslizó las manos hasta sus pechos y percibió el leve respingo al juguetear con los pezones. Después bajó la mano por el estómago y la detuvo entre sus muslos.

—¿Lanzo?

Ignorando la perplejidad de Gina, deslizó cuidadosamente los dedos entre los pliegues de su feminidad, propiciándole delicadas caricias que le hicieron respirar entrecortadamente y retorcerse contra él.

—Esto es para ti, *cara* —le susurró al oído cuando ella intentó facilitarle la penetración.

Gina soltó un grito de placer cuando los hábiles dedos de Lanzo encontraron el ultrasensible clítoris. Deseaba hacerle partícipe de la experiencia, pero él parecía decidido a proporcionarle todo el disfrute sexual sin recibir nada a cambio. El placer se volvió demasiado intenso para poderlo soportar y gimió su nombre al sentirse al borde del precipicio donde Lanzo la sostuvo antes de lanzarla al vacío con una última caricia.

—Supongo que la experiencia con Simon te habrá vuelto alérgica al matrimonio ¿no? —murmuró Lanzo, incapaz de quitarse a ese hombre de la cabeza.

Gina no contestó de inmediato. Reflexionó sobre la observación de Lanzo y descubrió que sus sueños y esperanzas seguían siendo los mismos que a los dieciocho años.

—No —contestó—. Mi relación con Simon fue un desastre, pero sigo creyendo en el matrimonio. Sigo esperando que, algún día, conozca a

la persona adecuada, como hizo *nonna* Ginevra, de la que me enamoraré y con quien me casaré —su voz se quebró ligeramente—. Con quien tendré una familia.

Aunque no pudiera concebir hijos, eso no le impediría adoptar uno. Había muchos niños que necesitaban unos padres.

—Opino que el que te haya salido mal una vez no es motivo para no volver a intentarlo.

—¿Entonces no temes que te vuelvan a romper el corazón?

Al abandonar a Simon la única emoción que había sentido era la de alivio por haber dado por terminado el matrimonio. Solo había habido un hombre que le hubiera roto el corazón, pero jamás admitiría que había sido Lanzo.

—Por supuesto que hay un riesgo, pero ¿cuál es la alternativa? ¿No unirme a nadie nunca más? ¿Nunca conocer la felicidad de amar a alguien por temor a que acabe en un mar de lágrimas? Puede que así mantenga mi corazón a salvo, pero no sería una gran vida.

Tras una pausa, se volvió a Lanzo un poco insegura.

—¿Estás realmente contento con tu vida, Lanzo? Ya sé que mantienes muchas relaciones y, técnicamente, nunca estás solo porque siempre llevas a alguna preciosa rubia colgada del brazo, pero no parece que exista nadie que te importe realmente.

Lanzo estaba tenso. Había un buen motivo por el que se negaba a acercarse demasiado a nadie. Aún no había olvidado el desgarrador dolor que lo había atravesado al saber que Cristina había muerto, la incredulidad que se había transformado en agonía al contemplar los restos calcinados de la casa de sus padres, y comprender que nadie podría haber sobrevivido allí dentro. No quería volver a sentir un dolor igual, jamás, ni hundirse en el profundo pozo de la desesperación, como le había sucedido durante meses tras el fuego, cuando se preguntaba si la vida merecía ser vivida sin la mujer amada. Se había construido una vida nueva, y era bastante buena, pero no quería volver a enamorarse.

—Me gusta mi vida —admitió—. Voy adonde quiero y cuando quiero, y no tengo que dar explicaciones a nadie.

Todo eso ya lo sabía Gina, que intentó ignorar la pequeña punzada de dolor que le habían provocado sus palabras.

¿Cuánto iba a durar lo suyo? ¿Una semana? ¿Meses? Lo único seguro era que no sería para siempre.

Necesitaba recuperar el control. En cuanto Luisa regresara al trabajo, su relación debía terminar, tanto la personal como la profesional. Esa aventura no sería más que un breve paréntesis y, siempre y cuando mantuviera el corazón protegido contra Lanzo, sería feliz. De momento, disfrutaría cada instante a su lado.

Capítulo 7

Prolongaron unos días más la estancia en St. Tropez. De día, pasaban largas horas en la playa y, de noche, largas horas haciendo el amor hasta quedarse dormidos. Ni siquiera en los primeros días de su matrimonio se había sentido Gina tan saciada. Una mañana se despertó antes que Lanzo y se quedó tumbada, estudiando sus facciones. Cuando dormía se suavizaban notablemente y le recordaban a aquel muchacho que había conocido diez años antes. Incapaz de resistirse, depositó un dulce beso sobre sus labios. Sin embargo, la cruda realidad no tardó mucho en interrumpir sus vidas. La intención de Lanzo de dirigirse a su residencia de Positano quedó drásticamente truncada al saberse que el restaurante Di Cosimo de Nueva York había sido arrasado por un incendio.

—Organízalo todo para que el avión nos recoja en el aeropuerto Toulon-Hyres y nos lleve directamente al JFK —ordenó a Gina tras hablar por teléfono con el gerente del restaurante.

—¿Los daños han sido importantes? —preguntó ella.

—Al parecer, está destrozado —Lanzo se encogió de hombros—, pero lo importante es que nadie ha resultado herido.

Veinticuatro horas después del incendio, Gina contemplaba las paredes negras y el techo roto del restaurante y, a pesar del calor que hacía en Nueva York, sintió un escalofrío.

—Daniel Carter dijo que no podía creerse lo rápido que se había propagado —le informó a Lanzo después de haber hablado con el gerente del restaurante, todavía conmocionado.

Gina miró perpleja a Lanzo. Su expresión era inescrutable, pero, cuando se quitó las gafas de sol, se estremeció ante la desolación que reflejaba su mirada.

—El fuego es impresionantemente destructivo —observó él al fin—. Lo devora todo y no muestra clemencia alguna —dio una patada a un montón de ceniza negra.

—Es una lástima —Gina apoyó una mano en su brazo—, pero uno de los bomberos me ha confirmado que apenas hay daño estructural y que el restaurante podrá ser arreglado.

—Claro —él soltó una extraña carcajada—. Todo quedará nuevamente limpio y brillante, y nos comportaremos como si el fuego no se hubiera producido jamás.

—Pues no estaría mal ¿no? —preguntó ella con cautela—. Dentro de seis meses el incendio se habrá olvidado.

—Algunas cosas no pueden olvidarse nunca —Lanzo sacudió la

cabeza y se apartó de ella—. Algunos recuerdos te atormentan para siempre.

—¿A qué te refieres?

—Da igual —Lanzo se volvió hacia ella. Parecía haberse sacudido mentalmente y sonrió, aunque a Gina le pareció que la sonrisa no había alcanzado a sus ojos—. Volvamos al hotel. Debes estar sufriendo jet lag.

Quizás fuera Lanzo el que estuviera acusando el precipitado viaje y las seis horas de diferencia, pensó Gina aquella noche, la primera, desde que se habían convertido en amantes, que no la había buscado.

Durante los días que siguieron, se mostró distante y preocupado. Y cuando volvió a hacerle el amor, fue de manera urgente, impresionante como siempre, pero sin la complicidad que había habido entre ellos en St. Tropez.

Tardó poco en volver a su ser carismático habitual, pero había un trasfondo oscuro que Gina recordaba haber percibido en él durante su visita a Poole diez años atrás. Y no por primera vez, sospechó que había sucesos de su pasado de los que no deseaba hablar.

El domingo anterior a su regreso a Italia, Gina despertó y vio a Lanzo vestido y arreglado.

—Voy a pasar el día fuera de la ciudad, en un pequeño lugar a unos noventa y ocho kilómetros de aquí, cerca de la costa. ¿Te apetece acompañarme?

—Claro —Gina lo miró perpleja. ¿Cómo podía tener ese buen aspecto después de una noche de mucho sexo y poco sueño?—. ¿Cuándo quieres que nos marchemos?

—En veinte minutos —él sonrió ante la expresión de Gina—. Aunque, dado que te mantuve ocupada durante casi toda la noche, puedo darte media hora.

—¿En serio has venido aquí para practicar paracaidismo? —preguntó ella dos horas después.

—Desde luego, *cara* —contestó él con expresión divertida—. No hay nada como lanzarse desde un avión a tres mil metros de altura. Soy un experto paracaidista, y, si te apetece, puedo llevarte conmigo.

—Creo que paso, gracias. Yo valoro mi vida —Gina se quitó las gafas de sol y lo estudió atentamente—. Fueraborda, paracaidismo, esa potente moto que dices que guardas en Positano. Tengo la impresión de que tú no valoras excesivamente la tuya, Lanzo.

—La vida es más divertida con riesgo —él se encogió de hombros—. No temo a la muerte.

—No —ella presentía que no había exagerado—. Lo que temes es permitir que alguien se acerque a ti —le frustraba saber que solo

conocía al hombre que él le permitía ver, y que jamás le revelaba sus pensamientos íntimos—. No te importa arriesgar tu seguridad física, pero te niegas a poner en peligro tu seguridad emocional.

—Tú no sabes lo que siento —Lanzo encajó la mandíbula y Gina supo que había ido demasiado lejos—. Hazme un favor y guarda tu jerga de psicólogos para ti misma, Gina.

Las siguientes semanas fueron un constante ir y venir en aviones, hoteles y algún lugar emblemático del mundo en su gira por todos los restaurantes Di Cosimo y las nuevas escuelas de cocina que habían resultado ser un proyecto de gran éxito.

Los Angeles, Dubai, Hong Kong y Sídney acabaron mezclándose en la mente de Gina. Había acompañado a Lanzo a fiestas de alto postín, cenas benéficas y la inauguración del último restaurante en París. Gracias a su antiguo trabajo en Meyers, los viajes y las reuniones sociales no le eran ajenos, y se felicitó por haberse provisto de un buen ropero de diseño que le estaba resultando muy útil como secretaria personal de Lanzo.

Sin embargo, la lencería y camisones eran todos regalos de Lanzo. Delicados saltos de cama, camisones de seda, bonitos sujetadores y tangas a juego... Lanzo no tenía ningún inconveniente en ir de compras en busca de alguna prenda exótica, y erótica, que le pedía se pusiera, antes de quitársela personalmente. El deseo que sentían, lejos de amainar, no hacía más que aumentar, y hacían el amor con unas ansias que, en el fondo, asustaban a Gina, que jamás hubiera pensado que respondería así ante ningún hombre.

Se encontraban en Positano, en la impresionante costa Amalfi. El chófer de Lanzo les llevaba por estrechas carreteras llenas de curvas que ofrecían una espectacular vista del mar azul y el paisaje rocoso.

Gina agradeció que Lanzo no estuviera al volante. El borde de la carretera se asomaba a un impresionante vacío que acababa en el mar. El amor de Lanzo por el peligro no había amainado ni un ápice, pero su relación sí era diferente del breve romance vivido a los dieciocho años. Ella había cambiado, era más mayor, más sabia, o eso esperaba, y decidida a ignorar el clamor de su corazón que le instaba a enamorarse nuevamente de él.

—Qué bonito es esto —murmuró, impresionada por el pintoresco pueblo. Docenas de casas con tejado de terracota colgaban de los acantilados que se alzaban majestuosos a sus espaldas. Y, frente a la casa, el mar en calma se extendía hacia el horizonte.

—Es el lugar más hermoso del mundo —asintió Lanzo. Sus afilados rasgos se suavizaban al contemplar los lugares familiares en los que había crecido—. Después de la siguiente curva se ve mi casa, Villa di

Sussurri.

—La villa del susurro —tradujo Gina—. ¿Por qué ese nombre?

Lanzo desvió la mirada, sorprendido por el impulso que había sentido de confesarle que, en ocasiones, le parecía oír el susurro de las voces de sus padres y de Cristina.

—Por ninguna razón en particular. Me gustaba ese nombre —se encogió de hombros.

—No me lo esperaba así —admitió Gina unos minutos más tarde, cuando el coche avanzó por un camino de grava y se paró frente a la villa.

—¿No te gusta?

—Al contrario. Es impresionante —se apresuró a asegurarle a Lanzo—. Es que había pensado que sería una casa vieja, construida con la piedra local, como las de Positano.

La Villa di Sussurri era un edificio cuadrado y ultramoderno, construido a varios niveles. Sus brillantes muros blancos contrastaban con el vívido cielo azul y el mar color zafiro.

Lanzo la guio a través de un fresco vestíbulo con suelos de mármol y Gina se quedó sin aliento cuando la hizo entrar en un enorme salón en el que tres de las cuatro paredes eran de cristal y ofrecían una espectacular vista de la bahía.

—¡Madre mía! Esto es impresionante —murmuró ella.

Elegante y sofisticada, la villa conseguía aunar estilo y confort, y resultaba mucho más hogareña que el apartamento de Roma.

—Este es mi hogar —le explicó él cuando ella verbalizó sus pensamientos—. Te enseñaré el resto.

Una amplia escalera de caracol conducía a las plantas superiores. Numerosas ventanas proporcionaban una impresionante luz y desde casi cualquier parte, se veía el mar.

—Esto es enorme. He contado cinco dormitorios y aún queda otra planta —observó Gina—. ¿No es un poco grande para una sola persona?

—No suelo estar solo —contestó él en tono casual.

—No, supongo que no —atacada por los celos que ardían en la boca del estómago, Gina pensó en todas las mujeres a las que Lanzo habría llevado allí, y en las que llegarían, cuando ella hubiera sido relegada al metafórico cementerio de las examantes.

Lanzo se preguntó si Gina tendría la menor idea de lo expresivo que era su rostro. Seguramente no. Se notaba que hacía grandes esfuerzos por conducirse con frialdad ante él, salvo en la cama. Recorrió el bonito cuerpo con la mirada y, de inmediato, sintió el tirón de la anticipación sexual en la entrepierna.

—Daphne suele estar aquí la mayor parte del tiempo —le explicó—. Luisa se alojó durante un par de fines de semana antes de casarse, en

momentos en que había mucho trabajo atrasado, pero, aparte de ellas, tú eres la única mujer a la que he invitado a la villa, y la única en compartir mi cama —admitió.

Abrió una puerta y se hizo a un lado para permitirle la entrada a lo que, a todas luces, era el dormitorio principal. Decorado en los mismos tonos neutros que el resto de la casa, la habitación era espaciosa y llena de una luz que entraba a raudales por las ventanas. Pero, lo que llamó la atención de Gina fue la enorme cama en el centro de la habitación, y sintió un escalofrío cuando Lanzo cerró la puerta y la tomó en sus brazos.

—*Cara* —su voz era cálida y sensual.

Y cuando tomó sus labios, ella se fundió en el beso. No había lugar a dudas, allí era donde quería estar, en sus brazos y, pronto, pensó con un estremecimiento, en su cama.

—¿Cómo te encuentras después del mareo de esta mañana? —murmuró Lanzo al percibir unas oscuras sombras bajo los ojos azules.

Desde hacía un par de días, Gina parecía cansada, incluso un poco decaída. Sin embargo, en esos momentos sonreía y se humedecía los labios en un gesto deliberadamente provocativo que prendió la llama del deseo dentro de él.

—Estoy bien. Esta mañana… —se encogió de hombros—. No ha sido nada —desabrochó la camisa de Lanzo y apoyó las manos sobre el brillante torso—. Aunque quizás debería tumbarme… —sugirió mientras le bajaba la cremallera del pantalón.

—Bruja —Lanzo soltó una carcajada y le desabrochó a Gina los botones de la chaqueta—. Llevo todo el día preguntándome si llevabas sujetador bajo la chaqueta. Y ahora… —entornó los ojos, el urgente deseo un torrente en sus venas—. Veo que no.

Dio, cómo lo excitaba esa mujer. Dejó caer la chaqueta al suelo para luego sopesar los rotundos pechos con las manos ahuecadas, acariciándolos antes de agachar la cabeza y tomar un rosado pezón con la boca. El gemido de placer de Gina acabó con lo que le quedaba de autocontrol y ambos cayeron sobre la cama. Lanzo hundió la mano en el interior de las braguitas hasta encontrar la delatadora humedad entre sus piernas.

No conseguía saciarse de ella, pensó mientras la desnudaba y luego se arrancaba su propia ropa, haciendo solo una breve pausa para colocarse la protección. Incluso empezaba a pensar que no sería tan malo si Luisa decidiera regresar al trabajo solo a tiempo parcial, tras su baja por maternidad. Estaba seguro de que no haría falta mucha persuasión para que Gina aceptara el puesto de secretaria a tiempo parcial y amante. Era un acuerdo que no le importaría mantener indefinidamente, pensó sonriente mientras se hundía dentro de ella de una única embestida, ahogando el grito de placer con la presión de su

boca.

Cuando al fin se hizo a un lado, la atrajo hacia sí y le acarició los cabellos. Sentía una felicidad que no había conocido desde... Espantado ante sus propios pensamientos, comprendió que no se había sentido así desde que le hiciera el amor a Cristina.

Gina estaba profundamente dormida. Las largas pestañas rozaban las sonrojadas mejillas y los labios estaban ligeramente entreabiertos. Su aspecto era juvenil y, curiosamente, vulnerable. Lanzo se juró que los sentimientos no eran los mismos, pero ya no se sentía relajado y, saltando de la cama con cuidado de no despertarla, se dirigió a la ducha.

—*Buongiorno* —Daphne sonrió cálidamente a Gina—. ¿Le apetece desayunar en la terraza?

La mera idea de comer hizo que a Gina se le revolviera el estómago.

—Ahora no, gracias —sacudió la cabeza e intentó despejar su mente —. No me puedo creer que haya dormido quince horas seguidas.

—Lanzo dijo que había estado trabajando mucho y que lo mejor sería dejarla dormir todo lo que necesitara —explicó Daphne—. Por eso no la despertó para cenar anoche. ¿Está segura de que no le apetece nada? Debe tener hambre.

—Dentro de un rato —Gina sentía de todo menos hambre—. ¿Dónde está Lanzo?

—En el jardín —la sonrisa de la asistenta palideció—. Pasa muchas horas allí, y no le gusta que le molesten —miró fijamente a Gina—. Aunque quizás no le importe que vaya en su busca. Salga por la puerta del muro junto a la casa.

—Gracias —Gina siguió a Daphne por el pasillo, parándose ante dos retratos que colgaban de la pared—. ¿Son los padres de Lanzo? —se trataba de una pareja de mediana edad y le impresionó el gran parecido entre el hombre y Lanzo.

—*Si* —asintió Daphne sin ofrecer más información.

—Y esa joven del otro retrato de ahí ¿quién es? —insistió ella.

—Era la *fidanzato* de Lanzo —contestó Daphne al fin, el rostro desprovisto de emoción.

¡La prometida de Lanzo! Durante un segundo a Gina le pareció que las paredes y el suelo de la casa se bamboleaban peligrosamente. Afortunadamente duró poco, pero lo que sí permaneció fue un agudo dolor al conocer la noticia. Lanzo, alérgico a cualquier clase de compromiso emocional, había estado prometido en una ocasión.

Contempló el retrato de la joven, apreciando la enorme hermosura de los exquisitos rasgos, unos enormes ojos almendrados, una tímida sonrisa, brillantes rizos negros que caían sobre unos finos hombros.

Una cría, apenas una adulta. Y sintió una aguda punzada mientras se preguntaba si Lanzo alguna vez la habría amado.

—¿Dónde está ella? —frunció el ceño y se volvió hacia Daphne—. ¿Por qué no se casaron?

—Está muerta —contestó al fin la otra mujer—. Todos están muertos. A Lanzo no le gusta hablar de eso —añadió con amargura.

Al atravesar la puerta en el muro junto a la villa, Gina se encontró en un jardín de una belleza tal que quedó completamente maravillada. Diversas porciones de césped verde estaban delimitadas por una profusión de flores de todos los colores. Junto a los largos paseos se alzaban rosales trepadores y en los diversos estanques nadaban peces de colores.

De existir el paraíso, sin duda tendría ese aspecto, pensó ella sobrecogida por el dulce aroma de la lavanda sobre la que se afanaban las abejas. El único ruido que se escuchaba era el de las fuentes, y Gina se descubrió respirando con mucho cuidado para no alterar la paz y serenidad que parecía envolverlo todo.

Tardó diez minutos en encontrar a Lanzo. Estaba sentado en una piedra que rodeaba un estanque y observaba nadar a los peces entre los lirios acuáticos.

—Daphne me dijo que estarías aquí —lo saludó ella junto a un arco de jazmines y naranjos—. También me dijo que quizás no te gustaría ser molestado. Si quieres que me vaya...

Imposible adivinar sus pensamientos pues, como de costumbre, ocultaba los ojos tras las gafas de sol. Sin embargo, se notaba que su mente estaba muy lejos de allí. ¿Estaría pensando en su hermosa prometida? El corazón de Gina volvió a encogerse de celos.

—Claro que no quiero que te marches —Lanzo sonrió mientras parecía regresar de un lugar muy lejano—. ¿Qué te parece mi jardín?

—No tengo palabras —susurró Gina—. Es como un pedacito de Cielo en la Tierra —se sonrojó, segura de que él se burlaría.

—Esa era la intención —asintió él lentamente—. Un hermoso paraíso apartado del caótico mundo. Un lugar en el que poder reflexionar y, quizás, hallar la paz.

Gina contuvo inconscientemente la respiración mientras se preguntaba si iría a hablarle de la chica del retrato, y quizás revelarle cómo ella y sus padres habían muerto. Pero Lanzo no añadió nada más.

—¿Este jardín lo has hecho tú? —preguntó ella, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Imposible —Lanzo soltó una carcajada—. Abarca casi una hectárea y requiere de un equipo de jardineros para su

mantenimiento. Pero, al principio, sí que trabajé mucho aquí —cavar con sus propias manos el suelo que había pisado su familia había resultado extrañamente catártico. Día tras día había regresado a aquel lugar y trabajado hasta agotarse físicamente, pero nada había logrado borrar las pesadillas.

—¿Por qué me miras como si me hubiera crecido otra cabeza?

—No te entiendo —admitió ella con franqueza—. No consigo asociar al playboy amante de los deportes de riesgo con el hombre aficionado a la jardinería.

—Yo no necesito que me entiendas, *cara* —él se encogió de hombros.

Gina sabía que Lanzo no había pretendido hacerle daño deliberadamente, y eso lo empeoraba todo, porque el descuidado comentario resultaba profundamente hiriente. Desde el principio había tenido claro que él solo buscaba una aventura. Únicamente porque, en ocasiones, en las postrimerías del sexo se sintiera más unida a él de lo que se había sentido con nadie no significaba nada.

Lanzo jamás revelaba sus emociones, pero, supuso, debía haberse enamorado alguna vez y por eso el retrato de su prometida colgaba del pasillo de su casa, para que su rostro fuera lo primero que viera al entrar.

Gina se puso de pie, deseando tener el valor de preguntarle por su pasado. Pero ¿por qué iba a confiar en ella si solo la consideraba una más de sus amantes temporales? ¿Y por qué le importaba tanto? Él tampoco significaba nada para ella. En unos pocos meses, Luisa regresaría al trabajo y Gina saldría de su vida.

¡Demonios! ¿Por qué tenía que doler tanto? ¿Y por qué la cabeza le daba vueltas de nuevo? ¿O era el suelo el que se movía?

—¡Gina!

La voz de Lanzo fue lo último que oyó.

—No necesito un médico. No me puedo creer que le hayas hecho venir cuando es evidente que me he desmayado porque llevo muchas horas sin comer —Gina miró furiosa a Lanzo—. Me sorprende que no te rompieras la espalda al llevarme en brazos de regreso a la casa —murmuró—. No soy ningún peso pluma.

—Deja de hablar y túmbate —le aconsejó él—. Hace una semana que no te encuentras bien, y lo mejor es que te echen un vistazo. El médico ya ha llegado —continuó.

Para mayor irritación de Gina, Lanzo no abandonó el dormitorio mientras el médico la examinaba.

—Todo parece estar bien —concluyó el hombre mayor—. ¿Y dice que nunca se había desmayado antes?

—Jamás —le aseguró Gina con firmeza.

—Pero la *signorina* Bailey se ha sentido mareada en varias ocasiones desde hace una semana o así —la interrumpió Lanzo.

—Podría obedecer a distintas causas —musitó el doctor—, una es el embarazo. ¿Existe la posibilidad de que...?

—No —lo interrumpió ella—. Ninguna —las palabras del ginecólogo que la había atendido cuando aún seguía casada con Simon, resonaron en su cabeza:

—«Me temo que las lesiones provocadas por la endometriosis hacen imposible un embarazo sin una fertilización in vitro».

—No hay ninguna posibilidad —insistió ella ante la mirada inquisitiva del doctor.

—Bueno, hay otros motivos de desmayo, por ejemplo la anemia. Le sugiero que acuda a mi consulta para poder hacerle un análisis de sangre.

Gina asintió, escuchando solo a medias al doctor, mientras hacía unos rápidos cálculos mentales. Llevaba una semana de retraso con la regla y ni siquiera se había dado cuenta. En la época en la que había intentado quedarse embarazada de Simon, sabía exactamente qué día debería bajarle la regla y si se retrasaba siquiera un día, corría a la farmacia en busca de un test de embarazo.

Lanzo se excusó para atender una llamada. Gina sonrió al médico, pero la sonrisa se convirtió en un gesto de perplejidad cuando el hombre le entregó un pequeño paquete.

—No necesito un test de embarazo —insistió ella—. Sufro un problema médico que prácticamente me imposibilita para concebir.

—Y aun así lo imposible a veces se hace posible —contestó el doctor con delicadeza—. Hágase la prueba, *signorina*, y así podremos descartar el embarazo.

Era una total pérdida de tiempo. Media hora más tarde, Gina esperaba los dos minutos de rigor, con el test de embarazo en la mano. Por suerte, Lanzo estaba celebrando una videoconferencia con su oficina en Japón y no tenía conocimiento de la prueba.

Era ridículo sentirse tan nerviosa. Supuso que era por la costumbre. En el pasado se había realizado docenas de pruebas como esa, paseando por el cuarto de baño entre emocionada y esperanzada por si sus plegarias habían tenido respuesta. En esa ocasión, por supuesto, lo que esperaba era que la prueba diera negativa. Más que esperarlo, lo daba por hecho. Consultó el reloj, echó una ojeada a la ventanita, y el corazón se le paró.

Embarazada 5+, leyó. Aunque no lo estaba. La prueba estaba mal.

Afortunadamente, el paquete incluía un segundo test. Con manos

temblorosas volvió a esperar el tiempo de rigor. Iba a dar negativo, y sería lo mejor. No era el momento de tener un bebé y, en cuanto a Lanzo ni siquiera se atrevía a imaginarse su reacción. Tanta preocupación era ridícula. No estaba embarazada. El ginecólogo había empleado mucho tacto en explicarle que tenía las dos trompas de Falopio obstruidas.

Los dos minutos habían pasado. Gina respiró hondo y comprobó el resultado.

Lanzo había salido a dar un paseo en la moto, le informó Daphne a Gina cuando al fin logró reunir el valor suficiente para enfrentarse a él. La sensación de alivio al saber que contaba con unos minutos más antes de tener que darle la noticia se convirtió en pánico al imaginarse cómo conduciría esa moto por las estrechas carreteras llenas de curvas.

Con firmeza se obligó a abandonar los lúgubres pensamientos. Lanzo sabía lo que hacía. Pero también le había asegurado que no temía a la muerte.

Contempló el brillante mar azul al otro lado de la ventana y sintió un escalofrío al imaginarse a Lanzo herido, o peor. Tendría que criar sola a su bebé. Aunque, quizás, iba a tener que hacerlo de todos modos. Ella estaba encantada con la idea del bebé, pero había bastantes posibilidades de que él no sintiera lo mismo.

Casi una hora más tarde oyó, por fin, el rugido de la moto. Se secó las manos, húmedas por los nervios, sobre los vaqueros y corrió a la puerta. A pesar de la tensión, no dejó de ver el retrato de la prometida muerta, ni pudo dejar de apreciar lo endemoniadamente sexy que estaba Lanzo con su traje de cuero negro.

—¿Te sientes otra vez mareada? —Lanzo estudió preocupado el pálido rostro de Gina. La notaba extrañamente nerviosa y evitando mirarlo a los ojos—. ¿Qué sucede, *cara*?

—Necesito hablar contigo —Gina miró de nuevo el retrato—. Pero aquí no.

—Ven a mi despacho.

Hubiera preferido el salón. El estudio resultaba demasiado formal para hablar de algo tan personal como el hecho de que fuera a tener un hijo suyo.

Lanzo se sentó tras el escritorio y la invitó con un gesto de la mano a que se sentara también. Sin embargo, Gina permaneció de pie, de repente viéndolo como un hombre prohibido, un hombre que la miraba fijamente con sus fríos ojos verdes.

—¿Qué sucede, Gina? —preguntó él de nuevo.

El corazón de Gina galopaba con fuerza. Aquello no debía ser bueno

para el bebé. ¡Dios santo!, pensó, iba a tener un bebé. Aún no podía creérselo.

—Estoy... embarazada —respiró hondo y lo miró a los ojos—. El médico me dejó un test de embarazo. Dijo que sería buena idea descartar esa posibilidad —hizo una pausa, pero Lanzo no hizo ningún gesto y, rápidamente continuó—. La prueba dio positivo.

Durante unos segundos el cerebro de Lanzo se negó a aceptar que pudiera ser cierto. Sin embargo, el sentido común le recordó que no había motivo alguno para que Gina se lo hubiera inventado. La siguiente reflexión fue la confirmación de que no deseaba que fuera cierto. Pero, al parecer, al destino le importaba un bledo lo que él deseara.

Gina lo miraba, seguramente esperando a que le dijera algo. ¿Qué se suponía que debía decirle? ¿Felicidades? ¿Qué noticia tan maravillosa? *Dio*, tenía la sensación de que su vida había acabado. Y en cierto modo así era. Porque, pasara lo que pasara, jamás volvería a ser la misma. Si Gina esperaba un hijo suyo, él sería responsable de la madre y del bebé.

Se sentía atrapado, a medio camino entre el temor y el pánico. Quince años atrás no había cuidado de su prometida y el bebé. Era consciente de que no habría podido evitar el incendio, pero, si se hubiera quedado con Cristina, tal y como ella le había suplicado, podría haberles salvado a todos. Se habría casado con su amada, sus padres habrían conocido a su nieto, y su hijo sería ya un adolescente.

La familiar sensación de culpa por haberle fallado a Cristina, volvió a surgir. El dolor por su pérdida casi lo había destrozado, y se había jurado que jamás sentiría nada por alguien otra vez. No se permitía a sí mismo sentir emociones, y estaba seguro de que no sentiría nada por el hijo que Gina afirmaba albergar en su seno.

—¿Cómo puede haber sucedido? —preguntó secamente. La única noche que habían hecho el amor sin protección había sido la primera —. Me dijiste que tomabas la píldora.

—Yo... —Gina frunció el ceño—. Yo no dije tal cosa.

—Dijiste que no había ningún riesgo —insistió él.

Gina había esperado que se enfadara. Tenía un carácter típicamente latino y se había preparado para su estallido de furia. Pero nada le había preparado para la ira fría y contenida.

—No quise decir que estuviera tomando la píldora —Gina se mordió el labio—. Al decirte que no había ningún riesgo de que me pudiera quedar embarazada, lo dije en serio. Creía que era estéril. Intenté tener un hijo con Simon durante más de un año y, al no lograrlo, me hice varias pruebas que revelaron que sufro endometriosis. Es una de las causas más habituales de la esterilidad y posteriores análisis revelaron que mis trompas de Falopio estaban tan dañadas que mi

única esperanza para concebir un hijo era a través de una fertilización in vitro.

Con una mano temblorosa, se apartó los cabellos del rostro y contempló a Lanzo.

—Este bebé... —contuvo unas lágrimas que le obstruían la garganta —. El hecho de estar embarazada es lo más parecido a un milagro y, aunque reconozco que las circunstancias no son las ideales, debo ser sincera contigo y admitir que estoy encantada con ser madre.

—Pues yo no lo estoy —Lanzo la miró con expresión acusadora—. No quiero tener un hijo y siempre me he asegurado de no engendrar ninguno. Y el hecho de que te hayas quedado embarazada por accidente, no altera mi manera de pensar.

Un hijo necesitaba amor, pero él no tenía amor que dar. Todas sus emociones habían muerto la noche del incendio, y para el bebé de Gina sería mejor criarse sin él en lugar de sentir la falta del amor de un padre que no se lo podía dar.

Gina se estremeció mientras asimilaba el hecho de que esperaba un hijo de Lanzo, quien insistía en no desear ese hijo. Era normal que la noticia le hubiera impactado, pero había supuesto que, una vez hecho a la idea, hablarían de cómo educarían a la criatura, juntos.

Una feroz ola maternal surgió del interior de Gina. Ella ya adoraba a esa frágil vida que anidaba en su interior, y amaría y cuidaría a ese hijo ella sola. Lanzo no tenía por qué intervenir. Sin embargo, lo justo era dejarle bien claro que, si el destino le concedía tener ese hijo, lo iba a tener.

—Siento mucho que pienses así —habló ella con calma—, pero el hecho es que, por culpa de la endometriosis, seguramente esta va a ser mi única posibilidad de ser madre, y nada logrará convencerme para que interrumpa este embarazo.

—*Dio* —Lanzo la miró como si le hubiera abofeteado—, jamás esperaría tal cosa.

La idea le repugnaba. Pero ¿significaba eso entonces que quería que tuviera ese hijo? Era incapaz de pensar con coherencia. Estaba hecho un lío.

—Admito que soy parcialmente responsable —asintió secamente—. Cuando vuelva, hablaremos del acuerdo económico para el niño.

—¿Cuando vuelvas de dónde? —preguntó ella con voz temblorosa.

—De dar una vuelta en moto —contestó Lanzo mientras salía del despacho, casco en mano.

—Eso es, pon tu vida en peligro —exclamó ella con amargura, temerosa de que fuera a tener un accidente—. Así eres tú, Lanzo. Harías cualquier cosa por evitar una discusión que pudiera implicar a tus emociones.

Lanzo se paró en seco y volvió la cabeza hacia ella. Su rostro

reflejaba tal ira que Gina, instintivamente, dio un paso atrás. Sin embargo, poco a poco, la expresión se volvió casi atormentada. Y sin decir una palabra más, salió de la casa, dando un portazo tan fuerte que seguía retumbando en la cabeza de Gina mucho después de que se hubiera marchado.

Capítulo 8

Richard Melton y su esposa, la hermanastra de Gina, vivían a las afueras de Poole. Lanzo aparcó en el estrecho callejón sin salida y contempló las seis viviendas que formaban un semicírculo. Al acercarse a la puerta vio una cunita de bebé y el corazón le dio un vuelco.

El bebé de los Melton, un niño, tenía dos meses de edad. Se lo había contado Gina durante su única, y breve, conversación telefónica. Aparte de eso le había dejado bien claro que no había contestado a sus llamadas porque no quería hablar con él.

Luego había añadido que podría haberse ahorrado intentar encontrarla a través de su cuñado. Desesperado por localizarla, Lanzo había logrado persuadir a Richard para que le facilitara un número de teléfono, tras prometerle que no alteraría a Gina.

No tenían nada de qué hablar, había concluido ella. Estaba embarazada de ocho semanas, y estaba muy bien, gracias. Agradecería que no volviera a llamarla.

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Esperar impaciente durante siete meses a que le comunicara la llegada del bebé? Seguramente era lo que ella esperaría que hiciera. Lo que no había esperado él era que, al regresar de su paseo en moto, Gina se hubiera marchado. Solo había estado fuera una hora, el tiempo necesario para aceptar la idea de que iba a ser padre. Se sentía menos impactado, pero seguía sin querer tener un hijo.

Una mujer de aspecto agobiado y con un bebé en brazos acudió a la llamada del timbre.

—Sí, Gina está aquí —admitió Sarah Melton con desgana, escudriñándole de arriba abajo cuando él se presentó—. Pero no estoy segura de que quiera verte.

—¿Y por qué no dejamos que sea Gina quien lo decida? —contestó Lanzo en tono amable, aunque decidido. Del piso de arriba llegaba el inconfundible sonido de alguien vomitando.

—Es bastante habitual —le explicó Sarah—. Será mejor que entres y esperes.

Gina se lavó la cara. Temblaba por el esfuerzo de perder la comida ingerida veinte minutos antes. Lo mismo le había sucedido tras el desayuno. Si seguía así, más le valdría tirar directamente la comida, sin molestarse en ingerirla.

—Desgraciadamente, un pequeño porcentaje de embarazadas sufre náuseas matutinas extremas —le había explicado el ginecólogo—. Y, como sin duda sabrá ya, no son exclusivas de las mañanas. Su bebé estará perfectamente bien —le había asegurado al verla al borde de las lágrimas por miedo a perder el bebé—. Le recomiendo que tome abundantes líquidos, coma poca cantidad de una vez y descanse mucho.

De los tres consejos, el único que estaba consiguiendo seguir era el de los líquidos. Cualquier comida que ingiriese salía rebotada de su cuerpo con tediosa regularidad. Y en cuanto al descanso, la preocupación por saberse madre soltera le impedía dormir.

Salió del cuarto de baño y se arrastró hasta la pequeña habitación en la que Sarah y Richard la habían instalado tras huir de la villa de Lanzo y regresar a Poole.

El dorado sol de septiembre entraba por la ventana y la silueta que se dibujaba junto al camastro no resultaba claramente visible. Sin embargo, los anchos hombros y la orgullosa inclinación de la cabeza le volvieron de inmediato reconocible. Impresionada, se quedó parada en la puerta, respirando agitadamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz temblorosa.

—Tenemos que hablar —contestó él con calma.

El fuerte y sensual acento oprimió el corazón de Gina, que se censuró por la debilidad que sentía en las rodillas al verlo tras tres semanas de separación. Tampoco ayudaba el hecho de que estuviera guapísimo con esos vaqueros negros y polo a juego bajo la cazadora de cuero. Llevaba los cabellos más cortos y su rostro parecía más anguloso, suavizado únicamente por la deliciosa boca.

Por la expresión en el rostro de Lanzo, era evidente que no tenía pensado usar esa boca para besarla. El espejo le devolvió a Gina su propio reflejo, macilento y ojeroso.

—Estás horrible —observó él como si no hubiera podido evitar el comentario.

—Si tú vomitaras una docena de veces al día, tampoco tendrías buen aspecto —espetó ella.

—Ya sé que las náuseas son normales al comienzo, pero ¿es normal vomitar tanto?

—¿Acaso te importa? —el orgullo era el único escudo que poseía Gina contra el tono preocupado en la voz de Lanzo. Le había dejado claro que no deseaba ese bebé, recordó.

—*Si*, me preocupa tu bienestar, Gina —Lanzo suspiró—. Por eso estoy aquí, para asegurarme de que tengas todo lo que necesitas —echó una ojeada a la diminuta habitación, al camastro, visiblemente incómodo y a la ropa amontonada sobre una silla, a falta de armario—. Tu cuñado me dijo que vivías aquí.

—Temporalmente —le aclaró ella—. Acuérdate de que alquilé mi piso cuando empecé a trabajar para ti, y el contrato de alquiler no acaba hasta diciembre.

—¿Tienes pensado regresar a tu piso? ¿Cómo vas a hacer frente a las letras de la hipoteca cuando nazca el bebé y no puedas trabajar? —Lanzo disparaba las preguntas que llevaban semanas agolpándose en su mente.

—Voy a vender el piso y comprar algo más… —barato, quiso decir, aunque se negó a revelarle a Lanzo sus apuros económicos—. Algo más adecuado para criar a un bebé.

Lanzo estudió el pálido rostro y el estómago se le encogió. Se la veía tan frágil, tan distinta de la Gina, decidida y confiada, que conocía. Parecía más delgada que nunca, lo cual no era de extrañar si vomitaba tantas veces al día. Se preguntó si se estaría alimentando bien, recibiendo la adecuada cantidad de vitaminas y nutrientes para el desarrollo del bebé.

—¿Estás trabajando? —quizás su evidente cansancio se debía al exceso de actividad.

—En estos momentos no —admitió ella al fin—. Es imposible buscar trabajo cuando se está constantemente vomitando. Pero espero encontrarme mejor en una semana o dos y entonces… —se interrumpió, imaginándose cómo iba a poder trabajar a jornada completa si no tenía nada de energía y se sentía como un trapo.

—¿Te las arreglas económicamente?

—Tengo algunos ahorros —que estaban menguando a toda velocidad—. Escucha —Gina se puso bruscamente de pie y sintió que todo le daba vueltas—. No sé qué haces aquí, pero…

Las rodillas se le doblaron, pero, antes de caer al suelo, Lanzo estaba a su lado, sujetándola por la cintura. El olor de la loción de afeitar despertó en ella un salvaje deseo de apoyar la cabeza en el fuerte torso.

—Estoy aquí porque mi obligación es ayudarte.

—No —Gina rechazó violentamente las palabras de Lanzo—. Yo no soy tu responsabilidad, y mi bebé tampoco. Dejaste muy claro que no querías a tu hijo.

—Siéntate, *cara,* antes de que te caigas —Lanzo percibió el dolor en la mirada azul y suspiró mientras la ayudaba a sentarse en el camastro y se sentaba él mismo a su lado—. Hice algunas averiguaciones sobre tu problema médico y comprendo que estuvieras convencida de no poder tener hijos —concedió lentamente.

—Estuve a punto de iniciar un ciclo de fertilización in vitro cuando vivía con Simon, pero nuestro matrimonio hacía aguas y sus problemas con la bebida empeoraban. No hubiera sido justo traer un hijo al mundo en esas condiciones —explicó ella—. Pensaba que jamás

podría tener un bebé, pero ahora que se me ha presentado la oportunidad, me aterra que algo pueda ir mal —susurró, verbalizando sus peores temores—. Ya sé que no quieres tener un hijo, pero yo no sé si soportaría perderlo.

Una vez más, la vulnerabilidad de Gina provocó una punzada de dolor en Lanzo. No obstante, era muy consciente de sus limitaciones y sabía que no podría darle el apoyo emocional que necesitaba.

—Yo no puedo ser el padre de ese bebé —anunció bruscamente.

—¿A qué te refieres? —ella lo miró perpleja—. Eres el único hombre con el que me he acostado después de Simon, y dejé de hacerlo con él mucho antes de divorciarnos.

—No niego que ese bebé que llevas dentro sea mío.

A Lanzo no se le escapó el detalle de que hubiera sido el único amante de Gina tras terminar la relación con su violento marido. Y, absurdamente, se sintió complacido.

—No soy capaz de amar a un bebé, de amar a nadie, no está en mis genes —insistió él, irritado por el destello de simpatía en los ojos de Gina—. No me supone ningún problema, *cara*. Me gusta que mi vida esté libre de la carga emocional que acompaña a la mayoría de las personas. Pero comprendo que un niño necesita sentirse amado, y estarás de acuerdo en que no sería justo para este bebé crecer careciendo de algo que yo no puedo darle.

—Pero... —ella lo miró perpleja. Había pensado que Lanzo controlaba sus emociones, pero, según él, carecía de ellas y le resultaba imposible amar a alguien, ni siquiera a su propio hijo—. Daphne me contó que en una ocasión estuviste prometido a la chica cuyo retrato cuelga en el pasillo de la villa. ¿A ella tampoco la amaste?

—Eso fue hace mucho tiempo —el rostro de Lanzo reflejaba una fuerte tensión—. Yo era una persona diferente de la que soy ahora.

Lanzo se puso en pie y en dos pasos cruzó la pequeña habitación hasta la ventana.

—Aunque no puedo ser un padre adecuado, tengo el deber de proporcionarle a nuestro hijo la seguridad financiera que necesita, y a ti también —Gina abrió la boca para protestar, pero él la interrumpió —. Sí. Es lo único que puedo daros, el único papel que podré desempeñar en la vida de nuestro hijo. Y tú necesitas que te ayude — contempló el rostro pálido y agotado de Gina. De la planta inferior subía el sonido del llanto de un bebé, mezclado con los gritos de dos niños pequeños, y por encima la voz de la hermanastra de Gina.

—No puedes seguir viviendo aquí. No es bueno para ti ni para tu familia. Quiero que vivas en mi casa de Sandbanks. Dentro de unos meses no podrás dormir en ese camastro —señaló el incómodo colchón—. En Ocean View hay cinco dormitorios, y un enorme jardín

para cuando el bebé empiece a caminar.

—¡Caminar! Para eso aún falta un par de años —Gina se imaginó a ese pequeñín dando sus primeros pasos y sintió una mezcla de alegría y miedo por el futuro.

Aún no acababa de creerse que estuviera embarazada. El ginecólogo estaba de acuerdo en calificarlo casi de milagro. Era muy consciente de que podría ser su única posibilidad de tener un hijo. «Por favor, que el bebé nazca sano y salvo», rezó en silencio.

—No puedo quedarme a vivir en tu casa para siempre.

—No será mi casa. Será tuya y del bebé —contestó Lanzo—. He dado instrucciones a mis abogados para que la pongan a tu nombre y, por supuesto, yo correré con todos los gastos.

—No quiero tu dinero —contestó ella secamente.

—*Cara*... —Lanzo admiraba el obstinado orgullo, pero debía hacerle comprender que lo necesitaba—. Permíteme ayudarte. Hazlo por nuestro hijo. Ya te he explicado por qué me siento mejor si no me implico en su crianza, pero quiero que tú y el bebé viváis con todas las comodidades. Y no me negarás que aquí no estás cómoda.

Muy hábilmente, Lanzo acababa de sacar el tema que más preocupaba a Gina. Pues, aunque siempre se había llevado bien con Sarah, tenía la sensación de estar imponiendo su presencia allí. Y ni siquiera podía ayudar con el bebé y sus otros dos sobrinos porque se pasaba casi todo el día vomitando.

Por otro lado ¿cómo iba a vivir en casa de Lanzo y permitirle correr con todos los gastos? Iba contra todas sus convicciones. Estaba orgullosa de llevar trabajando desde que abandonara los estudios, y siempre se había costeado sus gastos. Sin embargo, de momento le resultaba imposible trabajar.

—Me vendría muy bien vivir en Ocean View al menos hasta que nazca el bebé —asintió lentamente—. Pero en cuanto se me quiten las náuseas, pienso buscarme un trabajo.

—No te hace falta trabajar —Lanzo frunció el ceño.

—Sí me hace falta. No entiendo por qué te crees incapaz de ser un padre para el bebé —admitió Gina—, pero yo lo amaré por los dos. Si deseas apoyarle económicamente, de ti depende, pero a mí nunca me ha interesado tu dinero, Lanzo.

No mencionó que le importaba demasiado él como para importarle su dinero. Si no podía amar a su hijo, era poco probable que se enamorara de ella. Por algún motivo, y Gina sospechaba que tenía mucho que ver con la pérdida de su prometida, Lanzo se creía incapaz de amar a nadie, y eso era algo que iba a tener que aceptar.

Para sorpresa de Gina, todo resultó más sencillo de lo que había

esperado. El mismo día de su visita a la casa de Sarah, Lanzo la ayudó a recoger su ropa y la llevó a su casa de Sandbanks. Desconocía qué les había dicho a Sarah y a Richard, pero cuando bajó las escaleras con una bolsa repleta de sus enseres personales, se los encontró charlando con Lanzo como si tal cosa, y no se le escapó el gesto de alivio de Sarah al verla partir.

—Daphne se quedará aquí para llevar la casa —le explicó Lanzo cuando fueron saludados por la asistenta que les condujo al salón para servirles el té acompañado de unos deliciosos bollos con crema y mermelada.

—Quizás tres bollos fueron demasiados —observó Gina con amargura poco después tras regresar del baño donde había vomitado casi toda la comida.

—No puedes seguir así —él la miró preocupado—. No puede ser bueno para ti, o para el bebé.

—Mi ginecólogo dice que el bebé estará bien, por mucho que yo vomite. Saca los nutrientes que necesita de lo poco que consigo retener en el estómago. Mientras el bebé esté bien, no me preocupa mi propio estado —concluyó ella alegremente.

—Daphne te preparará muchas pequeñas comidas, y tiene órdenes estrictas de asegurarse de que descanses lo suficiente —le informó Lanzo a la mañana siguiente a punto de marcharse de viaje—. Me marcho a Nueva York para supervisar la reconstrucción del restaurante, y de allí partiré hacia Florida, y después a Moscú. Pero te llamaré.

Gina estuvo a punto de asegurarle de que no era necesario que la llamara. Si no quería intervenir en la vida de su bebé, no había motivo para llamar. Sin embargo, una parte de ella, esa parte tonta y emotiva, se alegraba de que mantuviera el contacto, aunque fuera por teléfono y de vez en cuando.

—¿Vas a abrir un restaurante Di Cosimo en Florida? —preguntó con curiosidad.

—No, voy a competir en una carrera de lanchas motoras.

Gina se mordió el labio. Hacía poco que el hijo de un famoso multimillonario inglés se había matado durante una carrera. La noticia había sido portada en la prensa y ella se había alterado mucho al leerla. Era irrisorio desear que Lanzo se quedara con ella, en la hermosa casa con vistas al puerto, a esperar el nacimiento del bebé. Se moriría de aburrimiento. Era una persona adicta a los deportes de riesgo, no a los bebés.

—Que te diviertas —lo despidió, aunque le hubiera gustado pedirle que tuviera cuidado.

Lanzo asintió y se colocó al volante del coche, extrañado ante el repentino impulso de enviar a algún empleado a Nueva York en su

lugar. Gina estaría muy bien cuidada por Daphne. Ocean View, como el resto de sus casas, contaba con el más sofisticado sistema contra incendios. Nada malo le iba a pasar. Sin embargo, tenía un aspecto tan triste mientras lo despedía agitando una mano, que no pudo evitar recordar su mirada diez años atrás cuando, tras dejarla en la granja, le había comunicado que regresaba a Italia.

Recordó el horror en su mirada, las lágrimas que ferozmente había retenido, y el mismo vacío en el estómago que sentía en esos momentos. No se le había escapado que aquella jovencita se había enamorado de él. Era uno de los motivos por los que había decidido abandonar Poole, para no hacerle daño. Únicamente al rozar sus dulces labios para un último beso, y sentir el temblor, había comprendido que seguramente le había roto el corazón. Tampoco le preocupó mucho. Era joven, se había dicho. Lo superaría.

Y era evidente que lo había superado. Se había construido una buena carrera, se había casado... Encajó la mandíbula al recordar la cicatriz del bonito cuello, cortesía de su brutal exmarido. Gina era una persona hermosa, por dentro y por fuera, y se merecía una vida mejor de la que había tenido con Simon. Había concebido a su hijo y él le había dicho que no le iba a proporcionar ningún apoyo emocional. Le había regalado una casa y asignado una pensión, para acallar su mala conciencia, y estaba a punto de marcharse y dejar que se las apañara ella sola con el embarazo.

¿Qué otra cosa podía hacer? En el lugar antes ocupado por un corazón, solo quedaba un inmenso vacío, y lo mejor para todos sería mantenerse alejado de las vidas de Gina y el bebé. Quizás, con el tiempo, conocería a alguien, un tipo que la amaría tal y como ella se merecía. A fin de cuentas, no esperaba que se recluyera como una monja.

Ciego de ira ante el último pensamiento, pisó a fondo el acelerador y se marchó.

Gina se quedó mirando cómo desaparecía el coche de Lanzo y regresó a la casa, reprimiendo la estúpida necesidad de echarse a llorar. Tras la airada reacción al saber que iba a ser padre, ella había abandonado la villa de Positano en menos de una hora, dando por hecho que jamás volvería a saber de él. Pero lo había hecho, y aún se estaba recuperando de la impresión causada al verlo aparecer en casa de su hermanastra. De nuevo había irrumpido en su vida como un tornado y, antes de haber podido pestañear, se había encontrado viviendo en su casa de Sandbanks.

No iba a negar que era un alivio tener resuelto el tema del alojamiento para ella y el bebé, pero ver de nuevo a Lanzo también le

había obligado a reconocer que, en un último rapto de locura, se había vuelto a enamorar de él. Habían sido amigos además de amantes, y las semanas que había trabajado para él, viajando por todo el mundo, habían sido las más felices de su vida.

Una parte de ella desearía que no la hubiera buscado porque, durante un breve instante había asumido que la quería, y también al bebé, y comprender que el único papel que pensaba jugar en su vida era el de benefactor había hecho añicos todos sus sueños.

Entró en el salón y se quedó mirando un barco que salía del puerto. Minutos después, entró Daphne portando una bandeja.

—Le he traído un tentempié. Espero que lo retenga —sonrió amablemente la otra mujer.

—Gracias —Gina dudó un instante—. Daphne ¿qué le sucedió a la prometida de Lanzo?

—Hubo un terrible accidente —la sonrisa se borró al instante del rostro de la mujer—. Cristina murió, junto a los padres de Lanzo —de repente corrió hacia la puerta—. Discúlpeme, me he dejado algo en el horno —murmuró antes de desaparecer.

¿Por qué se mostraba Daphne tan reticente a la hora de hablar de lo sucedido? ¿Y por qué no mencionaba Lanzo nunca su pasado? Debía haber sido horrible perder a la mujer con la que pensaba casarse, y a sus padres, todos en el mismo accidente. Gina estaba segura de que ahí estaba la clave de por qué Lanzo no se permitía ninguna emoción. Pero las únicas dos personas que lo sabían, se negaban a hablar.

Lanzo la telefoneó desde Nueva York y le informó de que el restaurante había sido reconstruido y que abriría a la semana siguiente. Volvió a telefonear desde Miami para comunicarle que había ganado la carrera y, pocos días más tarde, lo hizo desde Moscú.

A medida que transcurrieron los días, se estableció una rutina de dos o tres llamadas a la semana, momento que Gina esperaba con ansia. Lanzo se encontraba bajo el sol del Caribe cuando las tormentas de octubre empezaron a azotar las costas de Inglaterra. Gina espetó que no esperara simpatías por su parte.

La carcajada de Lanzo despertaron tiernos recuerdos que, en cierto modo, consiguieron mitigar el frío otoñal. Le resultaba más fácil hablar con él cuando se encontraba a miles de kilómetros de distancia. Liberada de la intensa proximidad física, se sentía capaz de relajarse y charlar como los amigos que habían sido.

Las náuseas fueron desapareciendo poco a poco y, cuando se encontró con más fuerzas, consiguió un trabajo a media jornada como secretaria de un concejal de la localidad.

—No me estoy pasando —tranquilizó a Lanzo, poco entusiasta con

la noticia—. Lo más agotador de mi trabajo consiste en cruzar el despacho hasta el archivador.

—No necesitas trabajar —protestó él desde el hotel de Bangkok luchando contra el impulso de tomar el primer avión y regresar a Inglaterra para verificar el estado de Gina—. ¿Por qué no gastas el dinero que he ingresado en la cuenta que te he abierto?

—Prefiero ganarme mi dinero —espetó ella. Estaba decidido a no tocar el dinero de Lanzo y, por suerte, volvía a tener un sueldo. Estaba de casi cinco meses y lucía una prominente barriga. Le encantaba recorrer las tiendas premamá y elegir ropa para ella, y también para el bebé, ropa que guardaba en la habitación que le iba a destinar cuando naciera.

Le parecía increíble lo rápido que se le estaba pasando el embarazo, pensó al despertar el día de Navidad. Salía de cuentas a finales de abril, y empezaba a creerse que el milagro se haría realidad y que pronto tendría a su bebé en brazos.

Daba por hecho que Lanzo llamaría aquella mañana y, por ese motivo, retrasó el momento de ir a comer con su familia. Lanzo le había dicho que pasaría las fiestas en Roma, sobre todo porque la nueva secretaria personal, que cubriría la baja de Luisa, vivía en esa ciudad. Tenía muchísimo trabajo y Raphaella se había brindado a acudir a su apartamento para echarle una mano con el papeleo.

Gina se mordió el labio. Quizás la nueva secretaria, que por teléfono tenía una voz muy sexy, lo estaría ayudando con algo más que con el papeleo. Lanzo tenía una fuerte libido y era imposible que hubiera pasado tantos meses célibe.

El estómago le dio un vuelco al imaginárselo haciendo el amor con otra mujer. Se puso el abrigo y corrió hacia la puerta.

—Feliz Navidad, *cara*.

—¿Lanzo? —la incredulidad de Gina dibujó una sonrisa en el rostro de Lanzo.

—Bueno, desde luego no soy Papá Noel.

—Ya me lo he imaginado, por la falta del traje rojo y la barba blanca —murmuró ella con el corazón acelerado—. ¿Qué haces aquí? —los pensamientos que había tenido sobre la secretaria le hicieron sonrojarse—. Pensaba que estarías en Roma.

Lanzo se había inventado docenas de excusas para viajar a Inglaterra, pero al mirar a Gina, impresionado por lo hermosa que estaba con el vestido de lana color vino que abrazaba sus generosos pechos y rotunda barriga, no pudo ocultar la verdad.

—Me apetecía pasar la Navidad contigo.

La impresión dejó muda a Gina, pero enseguida se formó en su interior una pequeña burbuja de esperanza que no paró de crecer hasta que pareció llenarla por completo. Quería lanzarse en sus brazos

y besarlo, hasta que él le devolviera el beso y luego la llevara en brazos a la cama. Pero no lo hizo. Llevarla en brazos no iba a ser tarea fácil con el peso que había ganado y, además, temía que él no la encontrara atractiva con su nuevo cuerpo.

—Había quedado para comer con papá y Linda —la realidad se impuso bruscamente—. Aquí no hay gran cosa. Daphne se ha ido a casa de su hermana y yo no iba a estar aquí.

—No quiero que alteres tus planes por mí —Lanzo se encogió de hombros—. Vete con tu familia. Ya te veré más tarde.

—No puedes pasar el día de Navidad solo —Gina sacudió la cabeza —. Si quieres puedes venir conmigo. A mi madrastra no le importará, siempre cocina para un regimiento. Sarah y Hazel también estarán allí con sus familias —sonrió con timidez—. Aquello será un caos, pero divertido. Aunque si prefieres no…

Hacía más de quince años que Lanzo había celebrado la Navidad con sus padres y Cristina. Y se alegró de que, en su momento, no hubiera sabido que sería la última que pasaría con ellos.

—Me encantaría acompañarte —relegó los lúgubres pensamientos al fondo de su mente y sonrió—. ¿Tu padre bebe vino? He traído seis botellas de un excelente borgoña.

Capítulo 9

Tras comer copiosamente y pasar una ruidosa tarde jugando con sus sobrinos, Gina se había quedado dormida en el sofá. La Navidad con su familia había sido tan caótica como le había advertido, pero, tras unos minutos iniciales de incomodidad, por parte de todos, Lanzo se había sorprendido por el trato tan amable que había recibido por parte de todos.

Estiró las largas piernas y contempló las parpadeantes luces del árbol que Gina había instalado en el salón de Ocean View. Nunca le habían atraído las lucecitas y demás elementos decorativos de la ocasión. Ya fuera en Positano o en Roma, el día de Navidad no significaba nada para él. Era un día para celebrar en familia. Y él no tenía familia.

Para las siguientes Navidades, el bebé ya estaría con ellos, pero él no acudiría a Inglaterra a pasar esos días con su hijo. No sería justo para el niño. Al ver cómo Richard Melton acunaba a su bebé se había sentido culpable porque él jamás podría amar a su hijo. Desde la pérdida de Cristina su corazón se había endurecido y rechazaba cualquier relación que implicara una emoción y le gustaba lo poco complicada que era su vida.

Gina se volvió hacia Lanzo, aunque seguía dormida. Su pecho subía y bajaba al ritmo de la respiración. Siempre había sido deliciosamente curvilínea, pero el embarazo le había hinchado los pechos, que se marcaban grandes y redondos bajo el vestido de lana. La tentación de tocarlos fue tan fuerte que Lanzo tuvo que respirar hondo.

Llevaba demasiado tiempo sin sexo, pensó amargamente. Hacía meses que no le había hecho el amor a Gina y, desde entonces, no había buscado otra amante. No le parecía correcto acostarse con otra mujer cuando Gina albergaba a su hijo en su seno. Sin embargo, solo podía pensar en arrancarle el vestido y dejar al descubierto esos grandes y firmes pechos. Se preguntó si los pezones también estarían más grandes, y cambió de postura para intentar aliviar la incomodidad de la rocosa erección.

—Lanzo, lo siento. Debo haberme quedado dormida —Gina abrió los ojos y se sonrojó al comprobar que se había ido resbalando sobre el sofá hasta casi apoyar la cabeza sobre el hombro de Lanzo—. Debes estar muerto de aburrimiento aquí a oscuras —murmuró.

—No estoy aburrido, *cara* —protestó él. Gina parecía un gatito enroscado contra su cuerpo y Lanzo sintió una extraña sensación—. Resulta muy pacífico.

Después de que Gina se hubiera marchado de Positano, él se había sumergido en el trabajo para no pensar en ella ni en el bebé. Las jornadas de trabajo de quince horas y los continuos viajes alrededor del mundo le habían dejado poco tiempo para pensar en ellos. Pero, a pesar de las draconianas jornadas laborales que se imponía, ella siempre había ocupado su mente. Y las largas conversaciones telefónicas se habían vuelto adictivas.

El deseo que sentía por ella no había disminuido durante los meses que habían estado separados. Los recuerdos del delicioso cuerpo plagaban sus sueños y el embarazo la había vuelto aún más voluptuosa y deseable.

Los ojos de Lanzo brillaban de deseo y Gina contuvo el aliento cuando agachó la cabeza. Sabía que iba a besarla. Sabía que no debería permitírselo. Pero fue incapaz de moverse.

—*Cara* —el aliento de Lanzo le acarició la piel.

El suave roce fue de tal ternura que Gina sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Era incapaz de resistirse. A los dieciocho años se había enamorado de él y, en el fondo, sabía que nunca había dejado de estarlo.

La había echado de menos, reconoció Lanzo para sus adentros mientras deslizaba una mano bajo el cuello de Gina para poder besarla mejor. Sus labios, carnosos y suaves, se abrieron obedientemente al primer contacto con la lengua de Lanzo en cuyo interior se prendió una hoguera que le arrancó un gemido y le hizo temblar de placer. Tomó un pecho con la mano ahuecada y acarició el pezón, sonriendo al sentir el respingo de Gina.

El deseo de Gina era tan fuerte como el suyo. Nunca había podido ocultarle su apasionada naturaleza, y su ávida respuesta aumentó la impaciencia de Lanzo por hundir su palpitante masculinidad entre sus suaves muslos. Deslizó la mano por su cuerpo hasta la barriga, y se quedó paralizado al sentir un temblor bajo los dedos.

—El bebé te está saludando —murmuró Gina. La sensación de las patadas del bebé era increíblemente hermosa y sujetó la mano de Lanzo para que pudiera sentirlo de nuevo—. A lo mejor ha reconocido a su papá —susurró, aunque su sonrisa se esfumó rápidamente al percibir la tensión en el masculino rostro—. No pasa nada. Las patadas son algo normal.

Lanzo se apartó bruscamente de ella. La esperanza reflejada en los azules ojos le había devuelto de golpe a la realidad y se mesó los cabellos, maldiciéndose por permitir que la situación se le fuera de las manos. No debería haberla besado.

—No puedo ser la clase de padre que tú quieres que sea —espetó—. Me fijé en cómo mirabas a tu cuñado con su bebé, y supe lo que estabas pensando, pero yo nunca sentiré algo por ese bebé. Del mismo

modo que no siento nada por nadie.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —exclamó Gina—. Puede que cuando nazca te sientas de otra manera.

—No lo haré —Lanzo se levantó del sofá y encendió una de las lámparas del salón. Veía claramente el dolor en los ojos de Gina y se sintió enormemente culpable. Sin embargo, no serviría de nada darle falsas esperanzas—. No quiero sentir nada por nadie —admitió.

—¿Por qué? —preguntó ella ignorando la punzada de dolor en el corazón.

En el fondo nunca había esperado que Lanzo se enamorara de ella, pero su bebé iba a necesitar un padre. Agarró a Lanzo por los brazos y tiró de él.

—Sé que tus sentimientos tienen algo que ver con la pérdida de tu prometida y de tus padres —se apresuró—. Daphne me contó que hubo un accidente, pero no quiso hablar de ello.

Lo miró fijamente, animándole a hablar, a explicarle por qué estaba tan seguro de no poder amar a su hijo. Pero tras unos tensos segundos, lo soltó.

—Tengo que irme —se excusó él bruscamente.

Con la estupefacción reflejada en sus ojos, Gina lo vio dirigirse hacia la puerta. Cuando se colgó la cazadora del hombro, comprendió que se marchaba de verdad.

—¿Adónde vas? Es Navidad —un día que había nacido lleno de alegría y esperanza, pero que terminaba con profunda desolación—. No hay ningún medio de transporte hoy.

—Tengo mi avión privado esperándome. Estaré unos días en Roma antes de volar a Canadá —el trabajo, como siempre, llenaría el vacío. La apertura de un nuevo restaurante en Toronto mantendría su mente ocupada unos días.

Gina lo siguió hasta el recibidor. Lanzo recogió su bolsa de viaje de la entrada y abrió la puerta, permitiendo la entrada de un gélido viento.

Gina no se lo podía creer. Tenía que regresar junto a ella. Pero Lanzo salió al porche y, cuando empezó a cerrar la puerta, ella sintió que los músculos se le ponían en marcha.

—¡Lanzo! —gritó, aunque la expresión en los verdes ojos la detuvo—. Nuestro bebé te necesita —susurró, olvidando su orgullo—. Yo te necesito.

—Lo siento, *cara* —Lanzo sacudió la cabeza y bajó las escaleras sin mirar atrás.

Enero llevó la nieve a Dorset. Una mañana, Gina descorrió las cortinas y encontró el jardín transformado en un campo de nieve

sobre el que saltaba un petirrojo. Y por primera vez en varias semanas, sonrió.

Lanzo telefoneó aquella noche y ella le habló de la nieve. Era la tercera vez que llamaba desde Navidad y, aparte de una advertencia para que no condujera si las carreteras estaban heladas, la conversación transcurrió sobre derroteros dolorosamente formales.

Le asustaba mucho lo distantes que se habían vuelto. La amistad que habían compartido tiempo atrás ya no existía y parecían más bien dos extraños, no dos personas que iban a ser padres en unos meses. Lanzo había sido muy claro: no quería ser el padre de ese niño. Su única aportación sería la económica, seguramente para tranquilizar la conciencia.

La nieve desapareció en pocos días y el invierno continuó, triste y gris como el ánimo de Gina. Y de repente, una mañana despertó y descubrió que la cama estaba mojada. Perpleja, retiró la sábana y el corazón se le paralizó antes de gritar el nombre de Daphne.

—Explíqueme exactamente qué significa eso de placenta previa —exigió Lanzo al doctor en el pasillo del hospital al que Gina había sido llevada en ambulancia el día anterior.

—¿Es usted el compañero sentimental de la señorita Bailey?

—*Si* —Lanzo no se molestó en ocultar su impaciencia—. Soy el padre del bebé —un padre que se encontraba en Roma cuando había recibido la llamada urgente de Daphne que le había informado de la fuerte hemorragia que sufría Gina—. ¿Hay peligro de que pierda al bebé?

—Afortunadamente, la hemorragia se ha detenido. Pero una ecografía ha revelado que la placenta obstruye parcialmente el cuello del útero, por lo que le será imposible dar a luz de manera natural. Habrá que realizarle una cesárea —explicó el doctor—. Si no se repite la hemorragia, y si la señorita Bailey guarda reposo durante las siguientes semanas, confío en que aguantaremos hasta la semana treinta y siete o treinta y ocho.

—Entiendo —Lanzo hizo una pausa—. ¿Podría viajar a Italia en un avión privado, acompañada de un equipo médico? Me gustaría llevarla a Roma para asegurarme de que reposa adecuadamente, y he dispuesto que reciba tratamiento en un hospital privado de Roma, de manos de uno de los mejores obstetras de Italia.

—Sí —asintió el doctor, algo perplejo—. Normalmente, no le permitiría volar, pero con los cuidados que ha dispuesto, creo que estará bien. Podrá recibir el alta por la mañana.

—Entonces, mañana mismo viajaremos a Italia —concluyó Lanzo con decisión.

Gina tenía los ojos hinchados de tanto llorar y la inesperada aparición de Lanzo provocó una nueva oleada de lágrimas.

—*Tesoro* —susurró él emocionado mientras la abrazaba sentado en el borde de la cama.

—Tenía tanto miedo de perder al bebé —sollozó en brazos de Lanzo —. El doctor pensó que tendrían que provocar el parto, pero es demasiado pronto y el bebé demasiado pequeño.

—Tranquilízate, *cara* —Lanzo le acarició la cabeza—. Debes estar tranquila por el bien del bebé. Mañana te llevaré a Roma para que te atienda el mejor obstetra de Italia.

—No es necesario que hagas eso —Gina se apartó de él y se sonó ruidosamente la nariz—. Mi cara se hincha como un sapo cada vez que lloro —se disculpó.

Lanzo nunca la había visto llorar de esa manera. Ver desmoronarse a la fuerte, orgullosa y hermosa Gina había despertado un profundo dolor en su interior.

—Siempre me han gustado los sapos.

Solo Lanzo era capaz de hacerle sonreír en una circunstancia como esa.

—Estaré bien. No hace falta que me cuides movido por un equivocado sentido del deber.

—No lo hago por ningún sentido del deber —Lanzo dio un respingo —, sino porque quiero hacerlo. Sé lo mucho que deseas este bebé, *cara*, y haré todo lo que pueda para asegurar que nazca bien —le prometió.

La última vez que Gina había estado en Roma había hecho muchísimo calor, pero en febrero, aunque el sol brillaba, el cielo era de un frío azul y hacía veinte grados menos que en verano. Las dos primeras noches las pasó en una maternidad privada.

—Reposo absoluto en cama y, me temo, nada de sexo —había murmurado *signor* Bartolli al informarle de que podía ser trasladada al apartamento.

Gina se había sonrojado y, cuidadosamente, evitado mirar a Lanzo. También había sentido una punzada de tristeza al comprender que, seguramente, ya no volvería a hacer el amor con él jamás. Cualquier relación con él terminaría con el nacimiento del bebé.

—No creo que el doctor quisiera decir que deba pasar cada minuto tumbada en la cama —había protestado al día siguiente cuando Lanzo la había llevado en brazos hasta el dormitorio y tumbado con mucho cuidado en la cama de invitados.

—Eso es exactamente lo que ha querido decir, y yo también — contestó él—. No te moverás de esta habitación, *cara*. Trabajaré en

casa para asegurarme de que cumples sus órdenes.

—¿Y qué pasa con tus viajes de negocios? —preguntó Gina.

—He delegado en mis ejecutivos —Lanzo suspiró—. Vuelvo a estar sin secretaria personal. Luisa ha decidido no volver a trabajar después de tener a su hijo —explicó—, y Raphaella solo trabaja a media jornada porque cuida de su nieta dos días por semana.

¡Nieta! La mujer de la voz sensual no era ninguna jovencita, pensó Gina más animada.

—¿Y por qué no sustituyo yo a Raphaella cuando ella cuide de su nieta? —sugirió—. Puedo sentarme en la cama con un portátil, eso no me agotará —al ver que Lanzo sacudía la cabeza, insistió—. No haría nada que pusiera en peligro la vida del bebé, pero me volveré loca si tengo que pasarme el día leyendo revistas y viendo la televisión.

—Hay un par de informes que necesito sean transcritos —contestó él lentamente—. Supongo que no habría ningún problema, si me prometes dejar de trabajar en cuanto te canses.

Lanzo hizo varios viajes del despacho al dormitorio transportando archivos, y al final llevó el portátil a la cama donde trabajaron en silencio.

—¿Vas a seguir adelante con el nuevo restaurante en Toronto? —comentó Gina.

—Sí, pero habrá que hacer algunos cambios en el menú. El chef quiere servir más hamburguesas de alce.

—¿En serio? —ella lo miró con recelo—. ¿Es una broma? —ambos soltaron una carcajada.

Era bueno reír juntos de nuevo, pensó ella mientras devolvía su atención a la pantalla del ordenador. Desde Navidad, había echado de menos la amistad que habían mantenido.

El recuerdo de la frialdad con la que se había marchado de Sandbanks hizo que se le borrara la sonrisa, y optó por centrarse en el trabajo.

Con los constantes cuidados de Daphne y Lanzo, Gina empezó a relajarse. Sin embargo, dos semanas después se despertó y descubrió que sangraba de nuevo. El grito con el que llamó a Lanzo lo llevó en volandas a la habitación y después de aquello todo fue un ir y venir de enfermeros, sirenas de ambulancia y enfermeras.

—Aún me quedan seis semanas para dar a luz. Puede que se corte la hemorragia como la última vez y pueda llevar al bebé dentro un poquito más —suplicó cuando el médico le informó de que iban a practicarle una cesárea de urgencia.

El doctor sacudió la cabeza y lo último que recordó Gina fue a Lanzo apretándole la mano antes de que la llevaran al quirófano.

—Todo va a salir bien, *cara*.

—Gina…

La voz de Lanzo sonaba distante y extrañamente apagada. Gina intentó abrir los ojos, pero los párpados parecían estar pegados. Al fin lo consiguió y, lo primero que vio, fue el rostro tenso del hombre que amaba.

—¡El bebé! —su cerebro despertó de golpe.

—Una niña. Tienes una hija, Gina.

A pesar de lo aturdida que estaba, no se le escapó el detalle de que había dicho «tienes».

—¿Está bien? —Gina se humedeció los resecos labios, sintiéndose muy mareada—. ¿Lanzo?

—Está bien —Lanzo percibió el miedo en su voz—, pero es muy pequeña… diminuta.

Increíblemente diminuta. La imagen del trocito de humanidad que le había mostrado una enfermera antes de llevársela a la incubadora, se le había grabado en la mente.

—Está en la incubadora —hizo una nueva pausa—, con respiración asistida porque sus pulmones son inmaduros.

—Quiero verla —la alegría inicial de Gina se había tornado en enloquecedora preocupación.

—Pronto, *cara*. Pero primero el médico tiene que hacerte una revisión.

Una hora más tarde, Lanzo empujaba la silla de ruedas, en la que iba sentada Gina, hasta la unidad de cuidados intensivos de neonatos.

—¿Por qué hay tantos cables? —preguntó ella con voz temblorosa.

Al ver a su hija se había sentido sobrecogida por la emoción. Una oleada de amor la había inundado y, en esos momentos, posaba una mano temblorosa en un lado de la incubadora. Deseaba tomar a su bebé en brazos, pero, tal y como había dicho Lanzo, era diminuta. El pañal casi la cubría entera y estaba rodeada de tubos que la mantenían con vida.

—Pero estás aquí, mi pequeño ángel —susurró Gina con la mirada fija en el frágil cuerpecito de su niña cuya cabecita estaba cubierta de una sedosa mata de pelo negro—. Eres mi pequeño milagro, y sé que saldrás adelante.

El pediatra le había explicado los riesgos potenciales a los que se enfrentaba un bebé nacido a las treinta y cuatro semanas de gestación, y pesando menos de dos kilos. Había un riesgo elevado de que sufriera alguna infección y problemas respiratorios. Lo cierto era que su hija era incapaz de respirar por sí misma. Durante los primeros días, su vida estaría pendiente de un hilo, pero Gina se negaba a considerar lo

peor. Se negaba a llorar.

Lanzo era incapaz de mirar al bebé. La única ocasión en que la había visto, le había reafirmado en su creencia de que ese pellejo arrugado tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir. Se mantuvo silencioso junto a Gina, sufriendo por los evidentes esfuerzos de esa mujer por ocultar su preocupación. Y sintió la necesidad de aliviarle el dolor.

—Procura no encariñarte demasiado con ella, *cara* —le aconsejó en un susurro.

—¿Que no me encariñe? ¡Es mi hija! Sangre de mi sangre, y también de la tuya, a pesar de que no tienes las agallas suficientes para enfrentarte a la paternidad —espetó ella con rencor—. ¿De verdad piensas que si la amase menos, dolería menos si ella al final...? —le costaba seguir hablando—. ¿Si no lo consigue? Ya sé que tu prometida falleció al mismo tiempo que tus padres, y no dudo que debió ser demoledor para ti, pero no puedes eliminar las emociones de tu vida como si extirparas un cáncer.

Gina respiró hondo.

—Eres un cobarde. Te comportas como un temerario, porque no temes arriesgar tu seguridad personal. Pero el verdadero peligro es sentir emociones, poner tu corazón sobre la mesa y arriesgarte a volver a resultar herido, como lo fuiste al perder a tu familia. Tu bebé lucha por su vida, y tú te niegas a «encariñarte demasiado con ella», porque no quieres tener que tratar con esas incómodas emociones, como el amor y quizás... —su voz se quebró—, la pérdida.

El rostro de Lanzo parecía esculpido en granito, pero antes de que pudiera responder, una enfermera anunció que Gina debía regresar a la cama.

—Debo ponerle algún calmante tras la cesárea —aseguró con una sonrisa—. Después la ayudaré a sacarse la leche para que podamos alimentar a su bebé con ella hasta que esté lo bastante fuerte para mamar directamente de su pecho.

—No quiero dejarla —contestó Gina, decidida a ignorar el dolor de los puntos.

—Necesita descansar —insistió la enfermera con firmeza—. Además, su papá está aquí.

—Él ya se iba —le aseguró Gina sin dirigirle siquiera una mirada mientras la enfermera empujaba la silla de ruedas fuera de la unidad de cuidados intensivos.

Capítulo 10

Lanzo se mesó los cabellos, espantado al comprobar que temblaba. El estallido de Gina le había obligado a aceptar algunas verdades y se sentía expuesto, desnudo.

No podía negar ninguna de las acusaciones. ¿Cobarde? Desde luego que lo era. Le había dado la espalda durante casi todo el embarazo e insistido en no querer ser padre.

Lentamente se volvió hacia la incubadora y el corazón se le encogió al descubrir a su diminuta hija mirándolo con sus enormes ojos azules, idénticos a los de su madre. Sin aliento, dio un paso al frente y, temblando cada vez más, estudió los rasgos en miniatura.

—Puede tocarla —la inesperada aparición de la enfermera sobresaltó a Lanzo—. Introduzca sus manos a través de la ventana de la incubadora. ¿Lo ve?

Era tan pequeña que le cabía en una mano. La piel, tan frágil que parecía casi traslúcida, al tacto resultó caliente y suave, y su pecho se movía con cada soplo de vida que aspiraba.

Una indescriptible sensación nació en el interior de Lanzo. Suavemente, acarició la minúscula manita que, en un acto reflejo, se abrió para enroscarse alrededor del dedo de su padre, sin que la niña dejara de mirarlo.

¡Santa Madre!, estaba a punto de desmoronarse. Le ardía la garganta como si hubiera tragado ácido, y los labios tenían un sabor salado. Las lágrimas rodaron hasta su boca.

—Tome —la enfermera sonrió y le ofreció un pañuelo de papel.

Lanzo era incapaz de detener el torrente de lágrimas y se frotó los ojos con el pañuelo.

Había llorado tras el incendio, y durante el entierro de Cristina y de sus padres. Pero el dolor había sido agónico y había aprendido a enterrarlo profundamente en su interior. Durante quince años había mantenido a raya sus emociones, pero al contemplar a su frágil niñita, las compuertas se habían abierto, liberando los sentimientos tanto tiempo negados.

Gina se había referido al bebé como a su milagro, pero también era el suyo, reflexionó. No podía elegir entre amarla o no, porque cada poro de su piel exudaba amor por ella. Y supo, sin necesidad de reflexionar sobre ello, que daría la vida por su hija.

—¿Cuáles son sus probabilidades de supervivencia? —preguntó a la enfermera con voz ronca—. ¿Cree que saldrá adelante?

—Estoy segura —la mujer asintió—. Esta pequeñaja es una

luchadora.

—Lo ha sacado de su madre —murmuró Lanzo mientras pronunciaba una silenciosa plegaria de agradecimiento por esa herencia.

Gina logró controlarse hasta regresar a la habitación y tomarse el analgésico que la enfermera le entregó. Pero en cuanto estuvo sola, las lágrimas afloraron acompañadas de unos fuertes sollozos que intentó sofocar contra la almohada.

Eran las hormonas, se dijo a sí misma cuando la tormenta finalmente amainó, dejándole un inmenso dolor de cabeza y un ataque de hipo. Una de las cosas que la vida le había enseñado era que llorar nunca resolvía nada, de manera que se sonó la nariz y se recostó sobre la almohada. Necesitaba dormir y recuperar fuerzas para poder cuidar de su bebé, porque estaban solas en el mundo. Sin duda, Lanzo había abandonado el hospital después de las horribles cosas que le había dicho. En el fondo, siempre había sabido que sería madre soltera, y por el bien de su bebé tenía que dejar de sentir lástima por sí misma.

Ya era prácticamente de noche cuando despertó. Sufrir una cesárea era como ser arrollada por un camión, y casi sintió alivio cuando la enfermera sentenció que era demasiado pronto para que intentara caminar y la llevó en silla de ruedas hasta la unidad de cuidados intensivos de neonatos.

Lo último que se había esperado era encontrar allí a Lanzo, sentado junto a la incubadora, con la mirada fija en el bebé. Seguía vestido con los mismos vaqueros y sudadera negra que se había puesto doce horas antes para acompañarla al hospital, y Gina tuvo la extraña sensación de que no se había movido de allí. Lanzo levantó la vista cuando la enfermera detuvo la silla de ruedas junto a la incubadora, y miró a Gina con una expresión indescriptible. Ella se mordió el labio, sin saber qué decir y él pareció compartir su incomodidad, pues desvió la mirada hacia el libro de nombres que había llevado con ella.

—Creía que ya habías elegido varios nombres —murmuró.

—Ninguno encaja con ella —el bostezo de la pequeña enterneció a su madre—. No podemos seguir llamándola «el bebé».

—¿Qué te parece Andria? —sugirió él dudando un instante—. Significa amor y felicidad.

—Andria… —Gina lo miró detenidamente, pero los ojos verdes estaban centrados en su hija. Introdujo una mano temblorosa en la incubadora y acarició los sedosos cabellos—, es perfecto —susurró—. ¿Cómo se llamaba tu madre?

—Rosa.

—¡Vaya! Ese era el segundo nombre de *nonna* Ginevra —sus

miradas se cruzaron.

—Bienvenida al mundo, Andria Rosa —anunció Lanzo con voz grave y, para sorpresa de Gina, introdujo una mano en la incubadora y la posó sobre la de ella.

El corazón de Gina dio un brinco. No acababa de entender qué hacía allí tras insistir en que no podía ser padre. ¿Podía atreverse a soñar que sus sentimientos habían cambiado? Le daba demasiado miedo preguntar, pero sintió una inmensa paz de espíritu y permanecieron sentados en silencio. Dos padres vigilando a su hija recién nacida.

Tal y como había vaticinado la enfermera, Andria Rosa era toda una luchadora. Día a día se iba haciendo más fuerte y su débil lloriqueo se convirtió pronto en un estridente chirrido que a Gina le llenaba de dicha y agradecimiento por el milagro.

Cada nuevo día alcanzaban un hito: el día en que Andria se liberó del respirador, la primera vez que Gina consiguió caminar hasta la unidad de cuidados intensivos de neonatos sin agonizar de dolor, la primera vez que pudo sostener a su bebé en brazos sin todos los tubos que la mantenían viva, y la primera vez que le dio el pecho.

Gina se recuperó rápidamente y recibió el alta diez días después del nacimiento. Regresar al apartamento sin el bebé fue el único motivo de llanto, pero Lanzo la llevaba al hospital cada día y se quedaba con ella y su hija en una habitación privada.

—Debes tener mucho trabajo —un día, Gina al fin abordó el tema. Aún estaba confusa ante la presencia de Lanzo en la vida de Andria—. No hace falta que sigas aquí. Dejaste bien claro que no querías ejercer de padre.

—Y lo dije en serio. Pensaba que no quería tener hijos —Lanzo encajó la mandíbula y contempló a su hija que dormía plácidamente en sus brazos—. Tuviste razón al acusarme de ser un cobarde. Elegí vivir mi vida egoístamente, pensando solo en mi propio placer porque era lo más sencillo, lo menos complicado y sin peligro de resultar herido.

Respiró hondo y continuó.

—Pero entonces concebiste a mi bebé, y para ti fue el milagro que no pensaste ocurriría. Al principio me enfadé, decidido a no formar parte de su vida, más allá de cumplir con mi responsabilidad financiera. Y entonces, nació Andria —suspiró—. Un diminuto pellejo que luchaba tanto por vivir… Temí que si la amabas, te partiría el corazón si no lo lograba.

Su voz encerraba una súplica para ser comprendido.

—Me pusiste en evidencia. Me acorralaste como una tigresa

defendiendo a su cachorro, negándote a no amarla. Sabías que a lo mejor no sobreviviría, pero la seguiste amando igual. No temiste arriesgar tu corazón. Me humillaste con tu valentía, *cara*.

Aún le quedaban muchas más cosas por decirle, muchas cosas que empezaban a clarificarse en su mente, emociones que ya no podía negar. Pero después de tantos años enterrando sus sentimientos, no le resultaba sencillo.

—No estoy segura de entenderte —Gina se apartó los cabellos del rostro.

—Lo que intento decir es que quiero formar parte de la vida de nuestra hija. Soy su padre y tengo la intención de entregarme plenamente a ese papel, a cuidarla y protegerla —explicó él con voz ronca—. Y sobre todo, tengo la intención de amarla.

Gina se quedó muda. Lanzo esperaba una respuesta, pero no sabía qué decir. Durante todo el embarazo había rezado para que aceptara a su bebé, pero en esos momentos veía muchos problemas. Había que establecer un calendario de visitas y decidir dónde vivirían Andria y ella. Quizás Lanzo pretendía que viviesen en Italia, pero, pensando que iba a ser madre soltera, había previsto regresar a Poole donde contaría con el apoyo de su familia.

Andria se movió y empezó a gimotear, señal inequívoca de que tenía hambre. Gina tenía los pechos cargados de leche y alargó los brazos para que Lanzo le pasara al bebé. El instinto maternal borró todo lo demás de su mente, ocupada íntegramente por el profundo amor que sentía por su hija. Una cosa era segura, jamás consentiría que la apartasen de ella. Si Lanzo deseaba formar parte de la vida de Andria, tendría que formar parte también de la suya.

Cinco semanas después del parto, Lanzo y Gina se llevaron a su hija del hospital. Pesaba casi tres kilos y, aunque muy pequeña de tamaño, su potente llanto demostraba que sus pulmones funcionaban a la perfección y que era una niña sana. Era bonita como una muñeca, con los ojos azules y una espesa mata de cabellos negros.

En lugar de llevar al bebé al apartamento de Roma, se dirigieron al aeropuerto para volar directamente a la villa de Positano.

—Habrá que comprar una cuna y un cochecito —Gina deseó haber hablado antes de esas cosas con Lanzo.

No quería quedarse en ninguna de sus casas durante demasiado tiempo. Andria necesitaba un hogar permanente, pero, de momento ni siquiera sabía en qué país iba a vivir.

—Ya me he ocupado de todo —le aseguró Lanzo—. Daphne espera en la villa y está ansiosa por conocer al nuevo miembro de la familia.

Solo que no eran una familia, quiso puntualizar Gina. Aún no

habían hablado de cómo iban a organizarse como padres de Andria. Además, había surgido otro problema, pensó mientras Lanzo se inclinaba sobre el bebé para comprobar si estaba bien sujeta en la sillita. Durante las últimas semanas, Gina había estado envuelta en una nube de hormonas y la repentina consciencia de la presencia de Lanzo le resultaba inquietante.

Ojalá el médico no hubiera mencionado durante la última revisión que ya podía reanudar las relaciones sexuales cuando se sintiera dispuesta. Aquella misma noche, al ver a Lanzo, desnudo de cintura para arriba, vestido con unos vaqueros que se abrazaban a sus caderas, y con los cabellos húmedos de la ducha, había comprendido horrorizada que no le importaría reanudar esas relaciones sexuales sobre el mismo sofá donde estaba sentada.

Tras murmurar una excusa sobre lo cansada que se sentía, había huido a su habitación, mortificada por el brillo burlón que había asomado a los ojos de Lanzo. En esos momentos, atrapada en un avión que despegaba a toda velocidad, apartó la vista. Lanzo había dejado claro que quería a su hija, pero no había mencionado nada sobre querer reanudar la relación con ella. Conociendo su intensa libido, lo más probable era que en breve tuviera una amante, quizás ya la tenía, pensó devorada por los celos.

Perdida en el laberinto de sus lúgubres pensamientos, dio un respingo cuando Lanzo le tomó una mano. Mirándolo a los ojos, vio un destello de algo que no logró descifrar, aunque sí reconoció el deseo. ¿Pretendía que volvieran a ser amantes? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Y qué sucedería cuando se cansara de ella, pero siguiera queriendo ver a su hija?

El futuro era oscuro e incierto, y Gina no pudo evitar pensar que todo podría haber sido más sencillo si Lanzo se hubiera ratificado en su intención de no ejercer como padre.

Las paredes blancas de Villa di Sussurri brillaban bajo el sol primaveral y, aunque solo estaban en abril, las rosas ya empezaban a florecer alrededor de la puerta. Daphne los saludó con una sonrisa resplandeciente.

—Jamás pensé que vería a Lanzo tan feliz —le confió a Gina más tarde, con lágrimas en los ojos—. Cristina fue el amor de su vida, y el dolor por su muerte casi lo destrozó. Pero usted y el *bambino* han devuelto la alegría a su corazón.

—Me dijiste que había muerto en un accidente. ¿Qué le sucedió? —preguntó Gina.

Sin embargo, Daphne no contestó y se marchó apresuradamente de la habitación. Gina salió al vestíbulo y se detuvo frente al retrato de la

hermosa chica, el amor de la vida de Lanzo. Las palabras de la asistenta habían despertado un profundo dolor en su interior, un anhelo por lo que jamás podría ser. Si Cristina había sido su amor verdadero, no era probable que volviera a enamorarse.

—Ven a ver el cuarto del bebé —la invitó Lanzo tras concluir una llamada de negocios.

Tomó a Andria en brazos y se dirigió al piso superior, deteniéndose en una habitación situada junto al dormitorio principal.

La última vez que se había alojado en la villa, esa habitación se había utilizado como vestidor, pero había sufrido una profunda transformación hasta ser convertida en un universo de color rosa llena de peluches.

—¿No te gusta? —preguntó Lanzo, perplejo ante la expresión de Gina.

—Es preciosa, justo como la habría decorado yo —admitió Gina—. Es que me parece una pena derrochar tanto esfuerzo cuando Andria y yo no nos quedaremos aquí mucho tiempo.

Lanzo acostó con ternura a su hija en la cuna y la contempló durante unos segundos, el corazón henchido de amor. Al pensar que había estado dispuesto a apartarse de su vida, sintió un estremecimiento. Había estado a punto de perder a su niñita por miedo a amarla. Pero gracias a Gina había recuperado el sentido común.

—Claro que os quedaréis aquí, *cara* —Lanzo frunció el ceño—. He decidido que será mejor que viva en Positano. Este es un lugar hermoso y aquí gozará de una libertad que no tendrá en Roma.

—¿Qué quieres decir con que «he decidido»? —preguntó Gina furiosa ante tanta arrogancia—. El lugar de residencia de Andria debemos decidirlo ambos. Lo primero es organizarnos para ver cómo podremos ejercer ambos de padres —continuó—. Si prefieres que yo viva con ella en Italia mejor que en Inglaterra, estoy dispuesta. Querrás verla a menudo y…

—No tengo ninguna intención de «verla» —interrumpió Lanzo—. Ya te lo he dicho, quiero ser el padre de Andria, y eso significa estar siempre a su lado, desayunar con ella cada mañana y arroparla por las noches en la cama —hizo una pausa antes de dejar caer la bomba—. Por eso opino que lo más sensato es que nos casemos.

Gina abrió la boca, pero fue incapaz de producir sonido alguno. La propuesta de matrimonio era totalmente inesperada y, aunque había soñado con algo así desde hacía mucho tiempo, no le provocó ningún sentimiento de felicidad. Lanzo lo había dicho de manera fría, calificándolo como lo más sensato.

—Los dos queremos ejercer de padres a jornada completa —insistió él al percibir su tensión.

—No hace falta estar casados para eso.

—Pero para Andria sería mucho mejor crecer con unos padres entregados el uno al otro.

Eso no podía negarse. Gina siempre había opinado que, lo mejor para un niño era crecer en el seno de una familia estable. El matrimonio y los hijos habían sido su santo grial. Pero así no, pensó. No si solo era lo más sensato.

—No creo que sea buena idea casarnos solo por el bien de Andria —contestó con voz ronca.

—No sería solo por eso, *cara* —Lanzo se acercó a ella mirándola con tórrido deseo.

Gina había recuperado la figura con sorprendente facilidad y, vestida con unos ajustados vaqueros y una camiseta blanca, estaba muy sexy. No era la primera vez que despertaba en él la llamarada del deseo y ya no se sentía capaz de contenerse por más tiempo.

—La química sigue viva entre nosotros —insistió con dulzura—. ¿Creías que serías capaz de ocultarme tu deseo cuando conozco cada milímetro de tu cuerpo y reconozco cada una de tus reacciones ante mí? No puedes engañarme, *cara*, no más de lo que yo puedo fingir que no ardo en deseos por ti.

Las palabras, y el tono de voz, de Lanzo sonaban de lo más persuasivas. Lo más fácil sería ceder al instinto de su corazón e ignorar a su cerebro que no paraba de advertirle que ese hombre le rompería el corazón, tal y como había hecho a los dieciocho años.

—Eso no sería más que sexo —Gina sacudió la cabeza.

—Siempre ha sido más que satisfacer una necesidad física, y ambos lo sabemos.

Lanzo había sido consciente desde el comienzo de su relación de que Gina era la única mujer capaz de hacerle romper la promesa hecha a Cristina.

¿De verdad había alguna posibilidad de que su relación sexual significara algo para él?, se preguntó Gina estupefacta.

—De no haber tenido a tu bebé, jamás habrías considerado casarte conmigo —espetó ella.

No tenía sentido intentar negarlo, pero Lanzo sentía que había cambiado. Gina lo había cambiado, le había hecho ver las cosas de manera diferente.

—Hay muchos motivos para pensar que nuestro matrimonio podría tener éxito. Y a eso habría que añadir nuestro deseo común de hacer lo mejor para nuestra hija —se encogió de hombros—. Y, desde luego, está el sexo. ¿Qué más se podría pedir?

—Bueno, si no se te ocurre nada más, no tiene mucho sentido que te ilustre al respecto —Gina contuvo las lágrimas que habían formado un nudo en su garganta—. Pero hay una cosa que falta en tu lista y que,

seguramente, fue la principal razón por la que le pediste a Cristina que se convirtiera en tu esposa. Daphne me ha contado que fue el amor de tu vida —le aclaró ante la mirada perpleja de Lanzo—. El amor, Lanzo, ese es el ingrediente que falta en nuestra relación, y también el motivo por el que no me casaré contigo.

—¿Gina? —Lanzo la miró perplejo y, poco a poco, fue comprendiendo—. Gina... —insistió.

Ella lo vio dar un paso al frente y, con un sollozo, salió corriendo de la habitación del bebé. Respiraba con dificultad y se detuvo frente al retrato de la hermosa prometida muerta. Su único amor. Oyó las pisadas de Lanzo y salió corriendo de la casa.

La encontró en el jardín, sentada junto al estanque, observando los peces de colores. Mientras huía de Lanzo, dejando a su niña atrás, había comprendido que jamás podría abandonarlo, porque jamás se separaría de su hija.

Gina no era capaz de mirarlo y, tras unos tensos momentos, lo sintió a su lado.

—Este lugar es precioso —los macizos del jardín estallaban de flores amarillas y, a través de los árboles, se veía el azul del mar. Gina se sintió curiosamente en paz.

—El jardín está sobre los restos de la casa familiar —explicó Lanzo con voz ronca—. La casa ardió en un incendio —hizo una pausa—. Mis padres y mi prometida no pudieron escapar.

—¡Dios mío! —Gina estaba conmocionada.

Cuando Daphne había mencionado un accidente, ella había pensado en un accidente de coche. No es que fuera mejor manera de morir, pero quedar atrapados en un incendio...

—¿Qué pasó?

Lanzo se volvió hacia ella. Los ojos verdes destilaban un profundo dolor y Gina supo que ese hombre sí era capaz de sentir.

—Una noche hubo una tormenta y la casa fue alcanzada por un rayo. Era una casa vieja, construida en el siglo XVII, y las vigas de madera del techo prendieron enseguida. En pocos minutos las llamas habían engullido el piso de arriba, donde dormían mis padres —el rostro se contrajo—. Yo les había insistido en que trasladaran el dormitorio a la planta inferior, pero a mi madre le encantaban las vistas desde el último piso. No tuvieron la menor posibilidad —continuó emocionado.

—¿Y tú no quedaste atrapado por el fuego? —murmuró Gina.

—No —la voz de Lanzo se quebró—. Y jamás me he perdonado por ello. Cristina me había suplicado que no acudiera a esa reunión en Suecia —cerró los ojos. Los recuerdos seguían doliendo a pesar de los

años transcurridos—. Acababa de saber que estaba embarazada.

Gina no pudo reprimir un grito de espanto.

—Me avergüenza reconocer que no estuve a la altura. Éramos muy jóvenes, y habíamos acordado esperar unos años antes de formar una familia para que yo pudiera centrarme en hacerme cargo de la empresa familiar cuando mi padre se retirara. No estaba preparado para ser padre —admitió—. Me largué como un niño con rabieta, pero en Suecia recapacité y supe que nos las arreglaríamos, supe que amaría a nuestro hijo. Estaba impaciente por regresar a Positano y decirle a Cristina que estaba encantado con el bebé —Lanzo apretó la mandíbula—. Pero la reunión se alargó, perdí el avión y tuve que quedarme una noche más. Tomé el primer avión a la mañana siguiente, pero ya fue demasiado tarde.

—No podías haber sabido lo que ocurriría —observó Gina con dulzura—. No puedes culparte.

—Y sin embargo lo hago. No supe lo del fuego hasta que el avión aterrizó en el aeropuerto de Nápoles, donde me esperaba el padre de Cristina. Cuando me dio la noticia, supe que había sido culpa mía. Yo podría haberlos salvado —insistió cuando Gina sacudió la cabeza—. Si no me hubiese marchado, les habría sacado de la casa.

—¿Cristina también se encontraba en la planta superior? —Gina se estremeció al imaginarse la escena. Entendía que los padres de Lanzo, ya mayores, hubieran quedado atrapados, pero ¿una mujer joven y fuerte como Cristina?

—Ella estaba durmiendo en mi dormitorio, justo debajo del de mis padres. Daphne se encontraba en los aposentos del servicio en la planta baja y despertó al oír la alarma de incendios. Intentó desesperadamente alcanzar la habitación, pero las escaleras ya estaban en llamas y el humo era demasiado denso —Lanzo suspiró—. Daphne jamás se ha perdonado por escapar y dejarles ahí dentro. Aún no puede hablar de los sucesos de aquella noche.

—Pero ¿por qué no oyó Cristina la alarma? ¿Por qué no intentó escapar?

—Era sorda —él suspiró ruidosamente—. De pequeña sufrió meningitis y perdió el oído.

—¡Oh, Lanzo! —Gina se acercó a él—. Lo siento muchísimo —la disculpa sonaba banal.

Movida por un instinto de consolarlo, abrazó el rígido cuerpo. Durante unos segundos, Lanzo no se movió, y luego levantó una mano y la hundió en los sedosos cabellos.

—Cristina era mi amiga de la infancia —explicó con calma—. Crecimos juntos y yo siempre cuidé de ella. Esperaba poder hacerlo durante el resto de mi vida. A veces se disgustaba y temía que jamás podría convivir con alguien que sí oyese, pero yo le prometía que

nunca amaría a otra mujer. De no haberme marchado, ella no habría muerto —insistió—. No cuidé de ella, ni del hijo que esperaba, pero de pie junto a su tumba, le juré que jamás la reemplazaría en mi corazón.

Gina lo comprendió todo al fin. Sabía por qué Lanzo no podría amarla nunca, pero eso no hizo que el dolor fuera menor. Supuso que él no habría vivido el duelo por sus seres queridos y que se había limitado a enterrar el dolor. Y comprendió por qué se negaba a arriesgarse a sentir. Debía haberle costado mucho abrirse a su pequeña hija, pero amaba sinceramente a Andria y deseaba ser su padre.

Después de todo lo que había sufrido, no podía privarle de su hija, pero ¿cómo iba a casarse con él cuando sabía que su corazón pertenecería siempre a la chica cuyo retrato lo saludaba cada vez que entraba en la casa? sintiéndose repentinamente incómoda, soltó a Lanzo y dio un paso atrás.

—No le fallaste a Cristina. El destino se mostró cruel aquella noche, pero tú no podrías haberlo cambiado. Y no creo que ella hubiera deseado que vivieras el resto de tu vida consumido por la culpa —Gina reprimió las lágrimas que ardían en sus ojos—. Creo que hubiera querido que encontraras nuevamente la felicidad.

Esperaba que Lanzo volviera a negar su capacidad para ser feliz y se sorprendió cuando la atrajo hacia sí para abrazarla contra su pecho.

—Eres una mujer sabia, *cara mia* —susurró él—. Mientras que yo soy un estúpido por haber tardado tanto en aceptar lo que alberga mi corazón. Sé que Cristina no hubiera consentido que la llorara eternamente, pero utilicé la promesa que le hice a modo de escudo protector. No quería volver a sufrir el dolor que sentí tras el incendio, de modo que me aferré a esa promesa y la empleé como excusa para mi incapacidad para enamorarme.

Lanzo se apartó ligeramente y miró a Gina a los ojos, dejándola sin aliento.

—Ya no puedo seguir escondiéndome de la verdad —continuó con voz temblorosa por la emoción—. Te amo, Gina, con toda el alma, con todo el corazón, con todo lo que soy.

Gina no se atrevía a creer que fuera cierto. Lo había visto mirar a Andria con tierna adoración, y había deseado que pudiera mirarla a ella del mismo modo. Y al parecer su deseo había sido concedido, pero temía aceptar que fuera verdad.

—No puedes ser feliz amándome si te sientes culpable por haber traicionado a Cristina.

—Sí puedo —Lanzo sonrió y le secó las lágrimas con una mano—. Amarte me hace el hombre más feliz del mundo, *tesoro mio*.

Miró a su alrededor, al jardín que había construido en memoria de

su primer amor. Siempre tendría un recuerdo especial para Cristina, pero Gina le había enseñado a amar de nuevo. Le había dado una preciosa hija y un futuro que esperaba compartir con ella.

—Eres mi vida, Gina —murmuró—. Tú y Andria sois mi razón para vivir, y jamás volveré a jugarme la vida en ningún deporte de riesgo.

—¿Vas a dejar de practicar el paracaidismo y carreras fueraborda? —Gina consiguió sonreír tímidamente—. ¿Y cómo vas a satisfacer tu gusto por las emociones fuertes?

—Tú eres la única fuente de adrenalina que necesito, *cara* —murmuró mientras la atraía nuevamente hacia sí para que sintiera la dureza de su erección.

—Lanzo... —Gina abrió los ojos desmesuradamente, fijos en esa deliciosa boca que le había sido negada durante demasiado tiempo.

Lanzo se inclinó sobre ella y la besó. Pero Gina quería más, necesitaba sentir la feroz pasión propia de su relación, y sus labios temblaron cuando él interrumpió el beso.

—Quiero que hagas algo por mí. Cásate conmigo, por favor, *amore*. Pero no por Andria —se apresuró a aclarar—, sino porque eres el amor de mi vida y quiero pasar el resto de mis días consagrado a tu felicidad —le acarició suavemente la cicatriz del rostro—. Te mereces ser feliz, Gina, y te prometo que nunca te haré daño.

—Ya me lo hiciste una vez —admitió ella—. A los dieciocho años me enamoré de ti y me rompiste el corazón. Y para empeorarlo todo, te marchaste y me olvidaste.

—No te olvidé —él sacudió la cabeza. Durante años regresé a Poole, aunque no quise reconocer que buscaba a la chica de la sonrisa tímida. Y cuando al fin volvimos a vernos, al principio no caí en que la hermosa y elegante Ginevra Bailey era mi Gina.

—¿Tu Gina? —ella se sobresaltó ante la emoción en la voz de Lanzo.

—Hace diez años empecé a enamorarme de ti —él sonrió—, pero cuando comprendí que amenazabas mi corazón, emprendí la huida. Tenía miedo de amarte —admitió—, pero ya no.

Le acarició los cabellos mientras la miraba con sorprendente inquietud.

—No me importaría saber qué siente ahora por mí esa chiquilla de hace diez años.

—Pues sigue enamorada de ti —Gina sonrió. Quizás los sueños sí pudieran hacerse realidad—. En el fondo nunca ha dejado de estarlo.

—¿Te convertirás en mi esposa, *amore mio*, y te quedarás conmigo para siempre? —Lanzo disfrutó de la emoción que lo embargaba, ya no había motivo para luchar contra ella.

—Sí.

La besó con una exquisita ternura que rápidamente se convirtió en

una desenfrenada pasión. Sus manos acariciaron el delicado cuerpo mientras la lengua se introducía en la húmeda caverna de su boca hasta que ella ¿o era él?, empezó a temblar.

Gina sonrió ante el evidente placer de Lanzo al quitarle la camiseta y contemplar los rotundos pechos que fueron liberados tras soltar el cierre del sujetador. Después deslizó los vaqueros y las braguitas hasta el suelo y hundió una mano entre los muslos para acariciarla con sumo cuidado hasta que ella gimió y le suplicó que le hiciera el amor.

—En cuerpo y alma —le aseguró él mientras procedía a desnudarse y se tumbaban sobre el césped tapizado de camomilas.

La penetró lentamente por miedo a hacerle daño, pero ella lo recibió entusiasmada y alzó las caderas para absorber mejor cada embestida, hasta que Lanzo ya no pudo más y los llevó a ambos hasta el pináculo del placer.

—*Ti amo*, Gina, siempre y para siempre —susurró él jadeante mientras llegaban juntos y caían rendidos sobre el suelo, abrazados.

Gina se incorporó y le besó los húmedos ojos. Habían recorrido un largo camino, pero al fin se habían encontrado, y también habían encontrado un amor que sería eterno.

—Siempre y para siempre, mi amor —repitió ella.

Epílogo

Se casaron un mes más tarde en la iglesia de Positano. Toda la familia de Gina acudió a la boda y la ceremonia fue un evento de alegría, amor y risas. La novia llevaba un sencillo traje de seda color marfil y unas rosas de color rosa adornaban su pelo. La tierna sonrisa dibujada en el rostro de Lanzo cuando procedió a besar a su esposa, arrancó las lágrimas de Daphne, pero fue la invitada más joven la que robó el protagonismo a todos, pues también se celebraba el bautizo de Andria Rosa. El bebé lucía un aspecto angelical y sonreía contenta, siempre que su papá la tuviera en brazos.

—Nuestra pequeña tiene las ideas muy claras —murmuró Lanzo al entregársela a su madre—. Me pregunto de quién lo ha sacado.

La recepción se celebró en el jardín amurallado y, cuando los invitados se hubieron marchado y Daphne se hubo hecho cargo de Andria, Lanzo tomó a Gina en sus brazos y la llevó hasta la villa.

—¿Dónde está el cuadro de Cristina? —preguntó ella al percatarse del hueco en la pared.

—Lo he hecho descolgar. Tú eres mi esposa, *cara*. Villa di Sussurri es tu hogar y no creo que te guste tener ese permanente recordatorio de mi pasado siempre a la vista.

Lanzo la miró con ojos brillantes de emoción. Gina era consciente de no haber sido su primer amor, pero no le cabía duda de que la amaba con toda el alma, tal y como ella lo amaba a él.

—Cristina fue una persona muy especial en tu vida, y sé que jamás la olvidarás, ni querría que lo hicieras —contestó ella con dulzura—. Forma parte de tu pasado y pertenece a este lugar. Vuelve a colgar el cuadro en su sitio, Lanzo.

—¿Te he dicho ya cuánto te quiero, *signora* di Cosimo? —Lanzo la llevó en brazos hasta el dormitorio.

—Muchas veces —ella le ofreció una arrebatadora sonrisa—. Pero no me importa que vuelvas a decírmelo, o demostrármelo —lo animó con voz ronca.

—Esa es mi intención, *cara* —le prometió Lanzo—. Durante el resto de mi vida.